

Rocío Carmona

Robinson Girl

ellas.
montena

www.megustaleerebooks.com

*A todos los que
han naufragado alguna vez*

No tengo que seguir viviendo.

Todo lo que hay se encuentra aquí.

Tiempo atrás, pasé mis noches y días

buscando el mundo que tengo aquí mismo.

«Islands», The XX

PRIMERA PARTE

Despertar

La humedad en los dedos de los pies me arrancó de un espeso y plomizo sueño.

«Maldito perro...», pensé mientras luchaba contra el profundo sopor que me paralizaba. Supuse que era Callie, el bulldog francés de mi madre, la que me estaba lamiendo. Aquella bola de pelo solía reclamar así su paseo matutino, pero yo me sentía demasiado enferma como para pensar en levantarme.

Noté la boca pastosa, el estómago revuelto y un martilleo insistente en las sienes, signos evidentes de una monumental resaca.

Fastidiada, me tapé la cara con las manos y di una patada al aire para espantar al chucho. Mi pie topó con el vacío, y me imaginé que Callie se había marchado a darle la tabarra a otra persona.

Suspiré y me di la vuelta, buscando una postura más cómoda. Me dolía la espalda como si hubiera pasado la noche tumbada sobre una tabla. Al rodar sobre mi propio cuerpo percibí una sensación extraña en el vientre y en la cadera. La cama estaba áspera y húmeda, como si alguien hubiera comido galletas con leche allí mismo y hubiera dejado las migajas. Trocitos minúsculos de... algo me arañaban la piel. Un insólito olor a sal lo impregnaba todo.

Extrañada, rodé hacia al otro lado. Con los ojos aún cerrados traté de encontrar sin éxito la almohada.

Al darme la vuelta volví a notar los pies mojados. «¿Qué diablos...?», murmuré de mal humor, mientras me resistía con todas mis fuerzas a sacudirme la modorra.

El calor era sofocante. Perdida en la frontera entre el sueño y la vigilia, pensé que quizá me habría dejado las persianas abiertas antes de meterme en la cama: el sol caldeaba el ambiente y me hacía sudar. Cerré los ojos aún con más fuerza para que la luz no me arrebatara definitivamente de los brazos de Morfeo.

Pero... ¿qué era aquel ruido?

Mis sentidos se desperezaron de golpe al oír un rumor de agua. Tras incorporarme al fin, me froté los párpados resecos y traté de enfocar la vista.

Al principio no pude distinguir nada. El sol era tan deslumbrante que me cegó durante unos segundos. Volví a abrir los ojos más lentamente y entonces lo vi todo de color blanco y azul.

Una playa inmensa y desconocida se extendía ante mí.

El oleaje me alcanzó hasta lamerme las pantorrillas, y todavía subió más, hasta mojarme los bajos de la minifalda vaquera. Anonadada, me puse en pie de un salto y traté de esquivar la siguiente ola.

¿Dónde estoy?

Mi voz sonó áspera y ahogada, casi metálica.

Mientras volvía la cabeza hacia todos lados, con los pies hundidos en una arena blanquísima, me llevé una mano hacia mi colgante en forma de nube. Trataba de aferrarme a algo conocido ante la aterradora realidad que me rodeaba.

¿Qué lugar era ese? ¿Cómo había ido a parar allí? ¿Por qué no había nadie?

El tacto frío de la plata me serenó lo suficiente para no echar a correr como una loca en cualquier dirección, presa del pánico.

Acabo. De. Despertarme. En. Una. Playa. Desierta.

Construí a trompicones aquella frase, haciendo pausas donde no tocaba para tomar aire. La repetí unas cuantas veces. Intentaba ganar espacio a mis desbocados

pensamientos para encontrar una explicación plausible a aquel sinsentido.

¿Estaba soñando? Tenía que ser eso. Pero el mar turquesa, la arena fina y las palmeras que se combaban hacia la orilla, como para beber de aquella agua salada, parecían muy reales.

Cerré los ojos y me pellizqué el antebrazo, deseando que al volver a abrirlos el mundo recuperara su orden natural y yo despertara nuevamente en casa, en mi cuarto, en la cama. Si volvía Callie incluso estaba dispuesta a darle el paseo de su vida.

Los abrí y comprobé aterrorizada que todo seguía igual. Las olas iban y venían, mansamente, arrastrando en su vaivén los últimos restos de mi serenidad.

Me abofeteé la mejilla, solo por si acaso, pero nada cambió.

Jadeé asustada. No tenía ni idea de qué podía haber pasado ni de cómo había acabado en aquella playa de aires remotos. Lo último que recordaba era que la noche anterior había reunido a mis amigos en una hamburguesería para celebrar que al día siguiente cumplía los dieciocho.

Me había puesto muy pesada. Quería que mi entrada en la mayoría de edad fuera sonada y no había parado hasta arrastrar a todo el grupo a High, una discoteca de mala reputación por su historial de peleas y redadas de la policía. Y yo era la típica adolescente acomodada que, en aquella velada tan especial, había decidido hacer turismo en el lado canalla de la noche.

Al final conseguí que entraran todos, excepto el pobre Álex, que llevaba zapatillas de deporte y había topado con un portero especialmente inflexible.

A partir de ahí mi recuerdo se volvía borroso.

La única explicación medianamente razonable que se me ocurría era que mis amigos me hubieran llevado a aquella playa como regalo de cumpleaños. Quizá habían hecho una colecta para alquilar un yate con patrón y todo, y sorprenderme en un lugar paradisíaco donde continuar la fiesta por todo lo alto.

Pero, entonces, ¿dónde estaba el maldito barco?

Nerviosa, me puse la mano sobre los ojos a modo de visera y oteé el mar. No se veía ningún rastro humano en aquella costa kilométrica. Solo la arena impoluta y

una extensión infinita de agua.

Angustiada, volví la vista hacia la espesura y me pregunté si aquellos idiotas —sería demasiado generoso llamarlos amigos— se ocultaban en el bosque para darme un buen susto. Tras la primera línea de palmeras que asomaban sobre la playa, otras especies más frondosas crecían tierra adentro.

Sin atreverme a entrar en aquella selva cerrada, me dije que la hipótesis del regalo tenía un par de lagunas.

Por una parte, mis amigos estaban demasiado pelados para permitirse alquilar un yate y un capitán que navegara en plena noche. Por otra, el extenso arenal solitario que se extendía ante mí no se parecía en nada a las costas mediterráneas que yo conocía. Recordaba más bien a una playa del Índico, como las que había visto en los documentales, con sus dunas blancas, los cocoteros y el mar turquesa.

Era imposible que hubiera llegado tan lejos en una sola noche. No tenía ningún sentido.

Totalmente desconcertada, caminé unos pasos y me senté en la arena, lejos del alcance de las olas. Detrás de mí se imponía aquel espeso bosque de árboles altísimos y amenazadores. Crecían tan apretados que la luz del sol no penetraba más allá de las ramas más altas.

¿Cómo podía haber un bosque de aspecto alpino junto a una cálida playa tropical?

Aquella espesura parecía propia de un paisaje de Nueva Zelanda, me dije, recordando los paisajes que habían servido a Peter Jackson para filmar la Tierra Media.

Cada vez más confusa, acaricié mi colgante con la punta de los dedos, y el tacto frío de la plata me produjo una nostalgia dolorosa. Echaba de menos a Tomás, mi novio desde hacía tres años. Con su espíritu práctico seguro que habría sabido qué hacer.

En aquel momento un pájaro trinó, y su gorjeo, más parecido a una voz humana que a la de un animal, me asustó tanto que me levanté de nuevo.

Tenía que largarme de allí. Encontrar algún teléfono desde el que llamar a

casa para que fueran a buscarme, puesto que mi móvil había desaparecido.

Eché a andar con los zapatos en la mano en dirección a lo que me parecía el oeste. La arena quemaba tanto que intenté ponérmelos de nuevo, pero era imposible caminar por allí con aquellos tacones. Seguí el litoral espumoso de la orilla con la esperanza de dar con el puerto. No podía estar lejos. De otro modo, ¿cómo había llegado hasta allí?

Asimismo, antes o después tendría que aparecer algún hotel o un grupo de bungalós.

No sé durante cuánto rato anduve por aquella playa, pero fue mucho. El sol cambió de posición, y el color del cielo viró del azul brillante al naranja.

De vez en cuando me paraba para mirar hacia atrás. Mis huellas se extendían por la arena como una hilera interminable de hormigas grises. Luego seguía caminando con la esperanza de encontrar un vestigio humano, aunque solo fuera una sombrilla.

Poco a poco se fue apoderando de mí una extraña sensación. En aquella costa paradisíaca se respiraban una tristeza y una melancolía tan hondas que parecían gritar que allí jamás había vivido nadie.

Al límite del agotamiento y de un ataque de angustia, caminé y caminé con la vista baja, arrastrando los pies hasta que estos toparon con algo familiar. Era una prenda azul, de cuero, con una etiqueta amarilla que sobresalía por la parte de atrás.

El corazón se me paró al reconocer mi cazadora. Muerta de calor, la había abandonado allí al empezar a caminar por la orilla. Un grito ahogado escapó de mi garganta reseca, y caí de rodillas sobre la arena. Aquello significaba que había caminado durante horas para volver al punto de partida.

Preso del pánico, me arrastré hacia la orilla sin importarme que las olas me mojaran la falda y la camiseta ceñida. Aquel atuendo que con tanto cuidado había escogido la noche anterior me parecía en ese momento fuera de lugar.

Luego empecé a pedir auxilio a gritos, pero lo único que obtuve como respuesta fue el rumor monótono del mar.

Una lágrima de impotencia empezó a deslizarse por mi mejilla. Enseguida siguieron otras, que desembocaban sobre mi ropa y se confundían con el agua salada que me empapaba. Con un sollozo que salió de lo más profundo de mi pecho, lloré hasta caer de bruces sobre la arena mojada.

Unos pájaros que sobrevolaban la costa se alejaron hacia el interior del bosque al oír mis quejidos.

El sol empezaba a hundirse en el horizonte marino. Abrazándome con fuerza las rodillas, tuve que rendirme a la evidencia. Incomprensiblemente, el día de mi cumpleaños, había naufragado.

Rodeada de mar

Desconcertada en aquella orilla, noté un cambio en la temperatura del aire. Se estaba haciendo de noche, quizá no faltara ni una hora. La amenaza de la oscuridad en un lugar salvaje y desconocido despertó mi instinto de supervivencia.

«Tengo que beber y comer algo —pensé un tanto ansiosa—, y encontrar un lugar donde pasar la noche.»

La idea de estar sola en aquella playa interminable toda la noche me paralizaba de terror.

Con un fuerte dolor de cabeza y las piernas temblando, me encaminé hacia los cocoteros que se inclinaban sobre el mar turquesa. No pensaba internarme en la espesura, pero había cocos caídos en la frontera donde acababa la playa y empezaba la selva.

Al recoger un fruto del suelo me di cuenta de que nunca antes había tenido un coco en la mano. Era mucho más pesado de lo que imaginaba. Lo golpeé suavemente con la palma ahuecada, tal como me había enseñado mi madre que se hacía para evaluar la madurez de los melones y sandías.

Aquel recuerdo fugaz de mi casa me hirió tan hondamente que me tambaleé como si estuviera aún borracha. Volví a sentarme para no caer, me abracé las rodillas y respiré. Sentía que la cabeza me iba a explotar en cualquier momento. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Estaba muy asustada. El azul eléctrico del cielo y el blanco, ya más apagado, de la arena se mezclaban con las lágrimas de mis ojos, y me cegaban. Me masajeeé las sienes y también la nuca, que empezaba a sentir agarrotada a causa de la tensión. Mientras lo hacía reparé en una hilera de hormigas que, junto a mis pies, se afanaba en recolectar los restos de un coco medio podrido. Algún animal debía de haberlo abandonado a medio comer sobre la arena. Aquello me hizo reaccionar: yo también necesitaba comer.

Cuando logré levantarme, observé el fruto que había recogido con una dolorosa sensación de irrealidad. Tenía sed, pero en el suelo no encontré ninguna piedra para partir aquella cáscara tan dura.

Me palpé los bolsillos buscando algo que pudiera servirme. Solo encontré un mechero de plástico que ni siquiera era mío.

Cada vez más confundida, buscaba respuestas en vano. Ya había comprobado hacía un momento, con el pellizco y la bofetada que me había propinado a mí misma, que lo que estaba viviendo no era una pesadilla extremadamente realista. ¿Entonces qué diablos hacía en una playa? No recordaba haberme metido en un barco con dirección a ninguna parte. Ni siquiera tenía constancia de haberme acercado al mar antes de... El dolor de cabeza tomó forma de pinchazos en las sienes, impidiéndome pensar.

Nada de lo que estaba sucediendo desde que había despertado tenía sentido.

Luchando contra el pánico, tomé otro coco del suelo y bordeé la selva hasta llegar a un montículo de piedra negra. Brillaba como la piel de un extraño reptil.

Estrellé contra la roca el primer coco, que se abrió con un crujido, esparciendo su preciosa agua por el suelo. Me pareció que contemplaba el estropicio desde muy lejos, a cámara lenta. Me hallaba en estado de shock y era incapaz de centrarme. Como una autómatas, di varios mordiscos a la pulpa jugosa.

A continuación llevé el otro coco hasta un contorno afilado de la roca. Con varios golpes secos empecé a quebrar la cáscara hasta que pude abrirla con mis manos. Sedienta, tragué el contenido a pequeños sorbos. Sabía dulce, y la frescura vegetal del líquido me hizo desear más. Me comí la pulpa de ese segundo fruto aderezada con las lágrimas que no cesaban de escapar de mis ojos.

Luego me invadió un extraño sopor. Me senté unos minutos sobre la arena, incapaz de moverme ni de decidir cuál sería mi próximo paso. Quería creer que en

cualquier momento mis amigos saldrían del bosque y, riendo, pondrían fin a aquella broma pesada.

Pero algo me decía que eso no iba a pasar.

De nuevo desesperada, me asaltó la necesidad de encontrar un lugar donde pasar la noche, que ya acechaba. Levanté mi aturdida y dolorida cabeza y miré a mi alrededor.

El bosque selvático estaba descartado. Podía haber animales peligrosos ocultos en la espesura. Además, debía permanecer cerca del agua por si el mismo barco que me había dejado tirada regresaba a por mí.

Antes de que se extinguiera la poca luz que quedaba, subí por el pequeño promontorio de piedra para hacerme una idea del lugar donde me encontraba. Quizá desde arriba divisase un refugio.

Ascendí a cuatro patas por la roca resbaladiza. El rumor de las olas iba quedando atrás al tiempo que el sonido de mis jadeos ganaba protagonismo. Una vez en la cima, a unos treinta metros sobre la arena, estuve a punto de rodar hacia abajo por la impresión. Efectivamente, me encontraba en una lengua de tierra, rodeada de agua por todas partes.

Pese a que una elevación rocosa mayor me ocultaba parte de la isla, no vi ninguna señal de civilización.

Sin aliento, agarré con fuerza el colgante-nube que me había regalado Tomás. El corazón se me aceleró y empecé a sentir una angustia incontrolable. Quería correr y gritar, pero estaba paralizada. Tenía los pies pegados al suelo como en una de esas pesadillas aterradoras en las que las piernas no responden.

Frenética, concentré mis sentidos en la playa de arena blanca que contorneaba el litoral. Aquí y allá se distinguían escollos que emergían del mar y volvían a hundirse bajo la espuma.

Ningún puerto, ningún edificio, nada que recordara a la presencia humana.

En la retaguardia de la playa, la selva escalaba a través de colinas y pendientes hasta el punto más elevado de la isla. Distinguí varias montañas de piedra negra, como tótems que se fundían con el ocaso. Una de ellas era mucho mayor que las demás, y su cima achatada estaba cubierta por una inquietante

neblina blanca y gris.

Bajé del promontorio exhausta y derrotada, envuelta en una terrible sensación de fatalidad. Tenía tanto miedo que tropezaba constantemente, hiriéndome los pies.

Una vez abajo, siguiendo una lógica algo absurda, tomé del suelo dos cocos más. Hacer acopio de víveres era lo único que se me ocurría en aquel momento.

Al dejarme caer sobre la arena sentí el fogonazo de un recuerdo y me vino a la memoria la cena en la hamburguesería de la noche anterior. Apenas había comido, «más preocupada por impresionar a Guim que por las patatas fritas», pensé mientras buscaba un lugar donde refugiarme en la oscuridad.

Guim era el primo de Tomás. «Un primo lejano», me había aclarado él mismo con una sonrisa pícaro cuando nos presentaron. Había llegado a la ciudad para estudiar ingeniería y se alojaba temporalmente con los padres de mi novio. Me había gustado desde el minuto menos uno, como le gustaba decir a mi amiga Sandra. Su físico era exactamente el del chico de mis sueños: muy alto, delgado sin parecer enclenque, brazos fuertes, manos anchas y morenas, y unos preciosos ojos verdes.

Antes de la noche de la hamburguesería, nos habíamos visto un par de veces en casa de Tomás, siempre acompañados de otros amigos. En cuanto lo veía llegar, yo me erguía sin darme cuenta y me atusaba la melena. Reía más fuerte todas las bromas y exageraba mis gestos solo por llamar su atención.

Él me buscaba con la mirada, igual que yo a él. Sus ojos me hacían cosquillas en la piel al pasearse por mi escote. Tomás no parecía darse cuenta del juego y de la reacción que yo despertaba en su primo, pero la emoción de lo prohibido me arrebatava tanto que, tras aquellos encuentros, me costaba mucho dormirme.

Un día antes de mi fiesta de cumpleaños, Tomás me había llamado para decirme que no podría ir. Trabajaba todos los veranos, desde los dieciséis años, en una heladería de la próspera cadena que tenía su familia. Estaba al cargo de la caja y no había logrado convencer a su padre, un viejo avaro, de que traspasara esa responsabilidad a otro empleado para tener la noche libre.

—Te mandaré a Guim para escoltarte —dijo fastidiado, y luego añadió con pesar—: Me quedo más tranquilo si mi primo cuida de ti cuando yo no estoy.

Recuerdo que me quedé un par de segundos sin habla. Luego quise pedirle que no lo hiciera. No era necesario que me mandara a nadie. Las chicas me cuidarían, y también vendrían un par de amigos del instituto: Álex y Alberto. Pero no dije nada. Las palabras murieron en mi garganta antes de que fuera capaz de pronunciarlas.

Al llegar la noche señalada me peiné y me vestí lo más sexy posible. Mientras escogía con cuidado los zapatos, unos tacones altos que alargaban mis piernas hasta hacerlas parecer kilométricas, me sentí un poco culpable. Por Tomás. Cualquiera otra en mi lugar pensaría que era un verdadero tonto por servirme en bandeja a su primo. Pero los escrúpulos me duraron poco, porque me convencí de que, en el último momento, mi novio aparecería y no habría lugar para coqueteos con Guim. No era propio de Tomás quedarse fuera de ninguna de mis salidas nocturnas, por más que su padre fuera un cabezota y un tacaño.

Al llegar a la hamburguesería busqué la mesa reservada a mi nombre y solo encontré a mi amiga Sandra.

—Esta noche vas a triunfar —me dijo, observando mi camiseta ceñida y la falda corta.

—Puede —contesté, sintiéndome fuera de lugar—. A veces creo que soy una mala persona —declaré bajando la vista.

Sandra entornó los ojos, como si no me hubiera entendido bien. Mis palabras se perdieron entre el barullo del resto de amigos que en ese momento entraban por la puerta.

Álex y Alberto enarbolaban una pancarta con una foto mía impresa en blanco y negro y las palabras: ONA CUMPLE 18 AÑOS, FELICÍTALA.

Tras ellos venía Guim, vestido con una camiseta blanca que dejaba a la vista sus brazos morenos y unos pantalones que le sentaban de escándalo. Le caían más abajo de la cintura, dejando adivinar los huesos de sus caderas y parte de su ropa interior.

Me sonrió, le devolví la sonrisa con coquetería y enseguida recuperé el aplomo. Levantando los brazos al aire, grité: «¡Que empiece la fiesta!». Y me olvidé de Tomás, de la culpa y de cualquier otra cosa.

Me parecía insólito que todo eso hubiera sucedido la noche anterior.

Mientras caminaba, tratando de ordenar aquellos borrosos recuerdos, me encontré otra vez junto a mi cazadora de cuero azul. Empezaba a notar algo de fresco, así que me la puse. Justo entonces, a la luz del crepúsculo, sucedió algo extraordinario: una mariposa de enormes alas moteadas apareció de la nada. Nunca había visto una tan grande.

Revoloteó muy cerca de mi cara y de mi pelo, como si quisiera saludarme. Extendí la mano para tocarla, y la mariposa se posó mansamente sobre mi dedo índice. Esperanzada, me dije que si en la isla vivía una criatura tan bella y efímera como esa, no podía ser un lugar tan terrible.

Pronto comprobaría lo equivocada que estaba.

Robinson Girl

La noche cayó de repente. El crepúsculo había sido tan prolongado que me había hecho la ilusión de que la oscuridad no llegaría nunca. Aquella súbita falta de luz pareció asustar a la mariposa, que se alejó con un revoloteo elegante.

Observé como se marchaba con lágrimas en los ojos. Me sentía tan agotada que cualquier cosa me hacía llorar.

La seguí con la mirada e intenté distinguirla entre los árboles, y entonces me vino a la cabeza. *Robinson Crusoe*. Lo había devorado seis o siete años atrás. «Cuando todavía leía libros», pensé esbozando una sonrisa triste.

Con once años había sido una preadolescente muy friki. Tenía la costumbre de confeccionar un fichero minucioso con todas las novelas que pasaban por mis manos. Tras leer cada obra escribía un resumen, unas pinceladas biográficas sobre el autor y mi ridícula opinión personal sobre la novela. También anotaba un fragmento escogido. No contenta con aquello, al finalizar memorizaba uno o dos párrafos del libro en cuestión, a veces una página entera, en función del impacto que me hubiera causado la lectura.

Lo hacía inspirada en la peripecia de los «hombres-libro» de *Fahrenheit 451*.* Como no era capaz de aprenderme un volumen completo de memoria, estudiaba mi fragmento favorito hasta que lograba recitarlo de corrido. Me había convencido de que, si alguna vez llegaba el apocalipsis y yo sobrevivía, conmigo lo haría una parte de aquellos tesoros literarios.

Gracias a aquella afición extravagante de otros tiempos, fui capaz de recordar en aquel momento la novela de Daniel Defoe, cuando Robinson Crusoe naufraga en una isla desierta y, completamente solo, decide pasar su primera noche subido a un árbol. Entorné los ojos, evaluando los que me podían estar observando en la oscuridad, y me llevé una mano a la sien dispuesta a recordar:

«Al acercarse la noche, empecé a angustiarme por lo que sería de mí si en esa tierra había bestias hambrientas, sabiendo que durante la noche suelen salir en busca de presas».

Mientras recitaba aquellas palabras, que iban saliendo de mi boca con sorprendente facilidad, pensé en la clase de animales que podían estar ocultos en la espesura cercana a la orilla. Seguro que no serían tan pacíficos como la mariposa, me dije, temblando. Asustada, caminé deprisa hacia lo que parecía el rumor de un torrente o un riachuelo entre las rocas. Era importante quedarse cerca de donde hubiera agua dulce para beber.

Mientras avanzaba por la linde del bosque, recuperé la continuación del párrafo de Defoe y lo recité para darme ánimos. Iba a necesitarlos para emprender mi siguiente objetivo.

«La única solución que se me ocurrió fue subirme a un árbol frondoso, parecido a un abeto pero con espinas, que se erguía cerca de mí y donde decidí pasar la noche, pensando en el tipo de muerte que me aguardaba al día siguiente, ya que no veía cómo iba a poder sobrevivir allí.»

Aquellas palabras, lejos de tranquilizarme, me sumieron en una profunda angustia. ¿Iba a ser aquel mi destino? ¿Morir sola en un lugar desconocido, sin poder despedirme de mis padres o de Tomás?

No quería volver a llorar, aunque estaba terriblemente impactada por lo que me sucedía. Necesitaba dormir, olvidarme de todo hasta que fueran a recogerme. Agarré con fuerza la nube de plata que colgaba sobre mi pecho y erguí la cabeza, dispuesta a no dejarme arrastrar por el pánico.

Siguiendo los pasos de Robinson, antes de buscar un árbol al que encaramarme tenía que hacer algo: fabricarme una bandera. Cuando volvieran a por mí, el barco necesitaba divisar una señal, algo que avisara a los tripulantes de que en la isla perdida había alguien esperando ser rescatado.

Tomé del suelo dos ramas largas y clavé una en la orilla, lo bastante lejos del

agua para que las olas no la arrastraran. A su lado clavé la otra de manera que cayera en diagonal sobre la primera. Entre las dos ensarté las mangas de mi cazadora, sin la cual me sentí algo desnuda.

El viento agitó los bajos de la prenda y pensé que tendría suerte si mi precaria obra aguantaba en pie una sola noche. Además, parecía demasiado pequeña como para cumplir su propósito.

Entonces me acordé del mechero y, aprovechando que apenas soplaba el viento, me propuse encender una hoguera para que se viera desde el mar durante la noche. Recorrí la franja fronteriza entre la playa y el bosque, donde crecían los cocoteros y algunos matojos, que arranqué para utilizar como combustible. También encontré ramas secas y cáscaras de coco. Las recolecté y las llevé hacia la orilla. Allí, junto a mi bandera, hice una montañita de hojas secas y ramas pequeñas. Luego me entretuve en separar los troncos más grandes, que apilé en otro montón. Mis brazos estaban entumecidos, y las heridas de los pies me escocían, así que necesité un buen rato para juntar todo lo necesario.

Acerqué la llama del encendedor a las hojas secas y, para mi alegría, el fuego prendió con rapidez. Poco a poco fui agregando las ramas grandes y, en menos de media hora, una gran hoguera ardía junto a la orilla. A su lado, mi pequeña bandera azul ondeaba con poco brío.

Me quedé mirando las llamas, hipnotizada, y por un momento estuve tentada de echarme allí mismo, en la arena. Estaba exhausta. Pero sabía que era más seguro emular a Robinson. Incluso había escogido mi árbol.

Con miedo a caerme, trepé por un arbusto, hiriéndome aún más los pies y las manos. A su lado, tan cerca que los troncos casi se tocaban, crecía un árbol mucho más alto. Las ramas de ambos se enredaban formando una maraña oscura que me ocultaría de las posibles amenazas que hubiera allí abajo.

A medida que subía con dificultad, el vértigo me hacía temblar de la cabeza a los pies. Finalmente me senté a horcajadas sobre una rama gruesa, que estaba flanqueada por otras dos, y apoyé la espalda en el tronco áspero.

Un cansancio infinito empezó a ganarle la partida al miedo. Los ojos se me cerraban, y tuve pánico a caerme del árbol. No podía hacer nada para evitarlo, pues no tenía ninguna cuerda ni nada que sirviera para aferrarme a mi cama improvisada. Al menos había tenido suerte al encontrar un punto donde las ramas

de dos árboles se cruzaban. Estaban tan juntas que bien podían pasar por una cama estrecha. Dura, pero cama al fin.

Justo entonces oí un rumor de hojas, como si algo se moviera peligrosamente cerca de mí. Empapada en sudor frío, temí que se tratara de algún animal. Tras escrutar las tinieblas un buen rato, me di cuenta de que aquel jaleo era organizado por un grupo de pájaros en una rama próxima. Tenían las alas muy grandes y parecían molestos por mi presencia.

Me eché a llorar otra vez, incapaz de soportar un sobresalto más.

Entonces me acordé de nuevo. No era un día cualquiera. Aquella jornada extraña e interminable era, además, mi cumpleaños. Sacudida por oleadas de irrealidad y añoranza, tuve que agarrarme más fuerte a las ramas para no caer.

Las preguntas se agolpaban en mi cabeza haciendo más ruido que aquellas aves nocturnas. ¿Qué harían ahora mis padres? ¿Estarían buscándome... o creerían quizá que su hija malcriada la había armado gorda para celebrar su mayoría de edad? Les había amenazado tantas veces con largarme de casa que tal vez pensarán que no había esperado un día más a hacerlo.

Desde mi atalaya observé las llamas anaranjadas de la hoguera y me sequé las lágrimas con el dorso sucio de la mano. Era irónico que yo, que siempre me había sentido aislada, acabara yendo a parar a un lugar tan desolado como aquel.

Traté de no pensar más en eso. Deseaba que el sueño narcotizante me arrancara de aquel lugar y de mí misma, aunque el precio que tuviera que pagar por la bendita inconsciencia fuera no despertar nunca más. Inspiré profundamente mientras mi corazón golpeaba como un tambor oculto en la selva. «Por favor, que termine cuanto antes todo esto», supliqué en silencio.

Las olas que rompían mansamente en la orilla me acunaron como una dulce nana hasta que, exhausta, me dormí por fin.

Señales de vida

El sonido del mar me arrancó de un sueño pesado y opaco. Abrí los ojos y, durante unos segundos, reviví la sensación de estupor y sorpresa de la mañana anterior, cuando me había despertado tumbada en la arena. Luego me acordé de todo lo vivido, y pude sentir como un peso muerto se iba alojando gramo a gramo en mi pecho. Me costaba respirar.

El sol todavía no asomaba pero, detrás del horizonte, la luz empezaba a mutar en un azul cada vez más pálido.

Estiré los brazos hacia el cielo y giré mis tobillos anquilosados. Me dolían los hombros y el cuello, y sentía la espalda entumecida. A pesar de todo, había descansado un poco. Miré hacia abajo y me pareció un milagro haber sido capaz de pegar ojo a semejante altura. Y no era menos prodigioso que no hubiera dado con mis huesos en el suelo en algún momento de la noche. Pero lo cierto era que había dormido y estaba un poco más animada.

La luz del nuevo día me infundió cierto optimismo. Quería creer firmemente en la posibilidad de mi rescate.

Aunque yo fuera para mis padres una chica problemática, por decirlo de un modo amable, no iban a quedarse de brazos cruzados ante mi desaparición. Había pasado un día, y seguro que ya me estaban buscando. Lo único que tenía que hacer era mantenerme de una pieza hasta que dieran conmigo. Seguro que entonces alguien tendría una explicación razonable de cómo había ido a parar a aquella isla. Y cuando me lo contaran me reiría. Reiría tan fuerte que me dolerían la barriga y el

pecho. Mi risa contagiaría a mis rescatadores, y el barco de regreso se convertiría en un carnaval de alegría. Y una vez en casa, con el tiempo, recordaría como una anécdota graciosa la broma pesada que mis amigos me habían gastado el día de mi decimoctavo cumpleaños.

Un hormigueo en el estómago me advirtió de que aquella fantasía no tenía ni pies ni cabeza, pero me esforcé en ignorarlo.

Aferrada a aquel resto de serenidad, aunque fuera precaria, bajé del árbol y me dirigí a la playa para retirar los restos de la hoguera y revisar mi bandera.

Al llegar al lugar donde había dejado mis señales de naufraga topé con la primera sorpresa del día. ¿Adónde habían ido a parar mis cosas? Del fuego no quedaba nada, apenas un montoncito de cenizas negras. No encontré el resto de la leña quemada, ni los troncos que había apilado para alimentar el fuego más tarde. También habían desaparecido las cáscaras vacías de los cocos que me había comido. Comprobé asombrada que los postes que había clavado en la arena y mi cazadora azul tampoco estaban allí.

¿Cómo era posible?

Entonces oí un ruido procedente del bosque. Algo grande se agitaba entre el follaje. Paralizada, pensé que se trataba de algún tipo de bestia salvaje que se ocultaba en la espesura. Mi imaginación se desbocó, y creí adivinar que era la misma bestia que me había quitado mis cosas y ahora me acechaba, esperando su oportunidad para saltarme encima.

El pánico se apoderó de mí y eché a correr en dirección a la orilla. Cuando la espuma me mojó los pies, me di cuenta de que el mar era un inmenso muro que me retenía cautiva.

Algo en la atmósfera de la isla parecía haber cambiado. Se seguía respirando tristeza y soledad, pero una sensación inconcreta de peligro me decía que la tormenta estaba a punto de estallar. Miré hacia el cielo, sin rastro de nubes y con un sol refulgente que anunciaba otro día de calor. Traté de convencerme de que mi mente estaba jugándome una mala pasada. Siempre me pasaba en momentos de estrés.

Sin dejar de espiar la franja donde empezaba la selva, me refresqué la frente con un poco de agua de mar. Tenía los labios resecos.

A pesar de mi inquietud creciente, el estómago también me rugía, pero no me atrevía a volver a la zona de los cocoteros. Pescar estaba descartado, porque no tenía la destreza ni los medios para capturar ni un triste pez.

Finalmente decidí explorar los escollos por si podía encontrar algún tipo de molusco. No me molesté en quitarme la falda, puesto que no quería perder otra prenda y el agua no cubría demasiado en aquella zona. Caminé con cuidado entre las rocas y encontré algunos mejillones adheridos a ellas. Logré arrancar unos cuantos, aunque no tenía ni idea de cómo iba a abrirlos sin un cuchillo.

Observé, eso sí, que en el mar había multitud de peces de todos los tamaños y colores. Nadaban cerca de mis pies sin ningún temor. Era mi segundo encuentro con animales que me trataban como si fuera la primera vez que se topaban con una persona. Tanto la mariposa como aquellos peces parecían inconscientes del potencial humano para la maldad.

Bien pensado, resultaba muy inquietante.

Estaba hipnotizada observando aquellos peces que me hacían cosquillas en los pies cuando de repente noté un golpe punzante en la cabeza. Era como si me hubieran arrojado una piedra afilada. Aturdida por el dolor, me agaché justo a tiempo para esquivar el segundo ataque, precedido de un horrible graznido que me heló la sangre. La tercera gaviota apareció por mi flanco derecho, y en esa ocasión no tuve tiempo de apartarme. Me asestó un picotazo en la mejilla que me hizo gritar de dolor.

Me aparté de las rocas y corrí como pude mar adentro, protegiéndome la cabeza con las manos. Las gaviotas me persiguieron implacables, agitando sus enormes alas y lanzando chillidos agudos y sincopados. Consiguieron picarme en las manos dos veces más, hasta que me zambullí para librarme de ellas.

Buceé durante unos segundos, internándome todavía más en el mar, con la esperanza de que se cansaran y dieran media vuelta, pero siguieron acosándome.

Cada vez que salía a la superficie para respirar, una de ellas me atacaba entre gritos, totalmente enloquecida. Aunque yo nadaba cada vez más adentro, las gaviotas seguían volando en círculos alrededor de mi cabeza.

Había oído decir que eran animales territoriales, pero no podía entender por qué la habían tomado conmigo. Estaba extenuada y totalmente aterrorizada.

Tras dar unas cuantas brazadas más, al sacar la cabeza del agua vi que una de ellas se alejaba volando en dirección a las rocas. Una vez allí se sentó, y deduje que estaba incubando. Entonces entendí mi torpeza. Me había acercado a los nidos de las gaviotas en período de cría.

Aquello explicaba su agresividad.

Seguí nadando y sumergiéndome intermitentemente hasta dejar atrás a aquellos demonios voladores. Para ello tuve que meterme tan mar adentro que la playa quedaba ya muy lejos. Demasiado lejos. Me sentía agotada después de nadar y bucear durante tanto rato para escapar de los pájaros. Y el pánico volvió a apoderarse de mí. ¿Tendría fuerzas para volver hasta la orilla?

Miré ansiosa hacia tierra firme, y de pronto mi cuerpo se paralizó. Casi me ahogo al advertir que había una figura en la costa.

No pude contener el grito que escapó de mi boca. Se trataba de una persona, y no de un animal salvaje, pero tuve más miedo que nunca en mi vida.

Era un hombre. Y me había visto.

Desde aquella distancia no podía distinguir sus rasgos, pero vi que llevaba el torso desnudo y unos pantalones cortos. ¿Qué clase de persona podía vivir en aquella isla dejada de la mano de Dios? La intuición me decía que solo podía ser un monstruo, más aún cuando seguramente me había quitado mis señales de náufraga. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Es que acaso no quería que nadie me encontrase?

Aquella duda disparó todas mis alertas a la vez que me debatía entre dos soluciones fatales. Mi vida corría peligro tanto en medio del mar, donde no resistiría mucho más, como si decidía volver nadando a la playa.

Me esforcé por respirar mientras trataba de relajar los músculos, rezando interiormente para que aquel salvaje se marchara antes de sufrir un calambre.

Estiré el cuello para verlo mejor. Distinguí su cabello, que llevaba largo y enmarañado, y se agitaba con el viento en contra. Intenté verle el rostro, pero solo alcancé a atisbar unos rasgos marcados y un par de ojos penetrantes. Parecía vigilarme desde la orilla con el cuerpo muy tenso. Yo no sabía cuáles eran sus intenciones, pero no podían ser buenas. Mi corazón se puso a bombear furiosamente mientras por mi mente fatigada pasaban escenas terribles de violencia y secuestros.

Sollocé, aterrorizada, mientras seguía moviendo los brazos. Cada vez me costaba más mantenerme a flote.

Con el fin de preservar mi último aliento de energía, me tumbé para hacer el muerto. Había decidido que, pasara lo que pasara, no volvería a la playa.

El salvaje

Finalmente, las temidas rampas aparecieron. Primero me atacó una en la pantorrilla derecha. Traté de masajearme el músculo agarrotado, aunque era imposible hacerlo sin hundirme. Empecé a tragar agua y tuve que desistir.

Me encontraba al límite de mis fuerzas.

Gimiendo de dolor y de miedo, miré nuevamente hacia la orilla, donde el extraño me hacía señales desde la playa. Estaba muy bronceado, y sus pantalones, al menos desde aquella distancia, se veían muy andrajosos.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Seguro que aquel salvaje intentaba atraerme hacia la orilla para tenerme a su merced y entonces... ¿qué iba a hacerme? Mi intuición me gritaba que debía mantenerme alejada de él a toda costa.

Tratando de domar el sufrimiento que me atenazaba, volví a hacer el muerto, pero otra rampa paralizó mi pierna izquierda. Aullé de dolor y desesperación, y maldije a unos cuantos antepasados de los arameos.

Justo entonces oí a lo lejos un chapoteo regular. Me di cuenta, horrorizada, de que el salvaje se había zambullido en el mar y nadaba hacia mí.

Me agité dentro del agua y empecé a respirar con dificultad. Presa del pánico, me hundí un par de veces. Cada vez me costaba más volver a subir a la superficie. Estaba segura de que cuando me alcanzara aquel animal mi vida habría acabado.

El salvaje nadaba con amenazadora rapidez. Su cuerpo parecía muy delgado, casi escuálido. ¿Cómo podía moverse tan deprisa? Sus brazos morenos y alargados sobresalían del agua en perfecta y peligrosa sincronía. Brazada a brazada, ya solo le separaban unos metros de su presa. De mí.

Cuando finalmente me alcanzó, no pude verle la cara, puesto que, ya sin fuerzas, volví a hundirme. Y supe que no iba a ser capaz de regresar a la superficie.

Mientras me hundía sin remedio en las profundidades, unos dedos afilados como garras se me clavaron en la espalda. Un instante después sentí que era arrancada fuera del agua.

Tosí varias veces antes de respirar con fuerza y me abandoné a mi suerte. Había estado a punto de ahogarme y era incapaz de seguir luchando. El salvaje me arrastraba hacia la orilla con la serenidad de quien sabe que su víctima está a buen recaudo.

Tardamos un buen rato en llegar a tierra. Sus manos me sostenían con firmeza por el cuello, inmovilizándome, y yo me dejaba llevar sin parar de llorar. Me sentía impotente, convencida de que me dirigía hacia un destino terrible. No sabía si iba a ser capaz de soportarlo.

Por fin mis pies tocaron la arena.

Quise dejarme caer para que me matara allí mismo, pero el salvaje me puso en pie con rudeza. Paralizada por las rampas, no tuve más remedio que aceptar la ayuda silenciosa de mi captor, que me apoyó en su hombro para obligarme a caminar.

Al hacerlo, pude contemplar su rostro. Era un chico joven, más o menos de mi edad. Desde la orilla, quizá porque estaba extremadamente bronceado, me había parecido mayor. De vez en cuando me observaba a través de sus profundos ojos verdes, serenos y algo ausentes.

No parecía la mirada de un salvaje.

El cabello castaño oscuro, aclarado por el sol en algunos mechones, le caía enredado sobre las mejillas. Se lo apartó de un manotazo, y advertí que sus facciones eran delicadas. Tenía una nariz pequeña y recta, y la frente despejada. Su boca grande, pero de labios finos, estaba contraída en una mueca de concentración. Por lo armonioso del conjunto, parecía haber sido un joven de buena familia.

Se me escapó un suspiro de alivio y entonces lo supe. Aquel chico era inofensivo. Quizá se trataba de alguien que, como yo, había naufragado en aquella isla solitaria... Lo cierto era que se había tirado al agua para impedir que me ahogara.

Excitada, lo cosí a preguntas:

—¿Cómo te llamas? ¿Adónde me llevas? ¿Sabes dónde estamos?

El chico dejó de caminar y me miró con gravedad. Por toda respuesta, me soltó y me señaló la selva. Quería que lo siguiera.

Sin esperar a que yo aceptara, me agarró con fuerza de la mano y tiró de mí. Yo quería saber quién era él, pero no quería internarme en el bosque.

Me detuve en seco, clavando los pies en la arena.

Él me miró con sus enormes ojos verdes. Negó con la cabeza y luego empezó a mover las manos con vehemencia, apremiándome a seguirle.

Desalentada, entendí que aquel guapo náufrago no podía o no sabía hablar. Le seguí un poco más, pero me negué a caminar más allá de la primera hilera de árboles.

El chico se encogió de hombros y esperó.

No entendí qué se proponía, pero empezaba a pensar que había topado con un loco. Debía de haber perdido la razón después de vivir demasiado tiempo solo en aquella isla.

«Qué lástima», me dije. Lo imaginé bien vestido, aseado y con el cabello bien cortado. Con aquel cuerpo de bailarín era un joven muy atractivo.

Estábamos en la frontera entre la playa y la selva, y él seguía haciéndome señas para que guardara silencio. Luego volvió a cogerme la mano para asegurarse de que no me marchaba. Me pareció que vigilaba la orilla con temor.

Un miedo diferente se agitó entonces en mi interior. ¿Era aquel el futuro que me esperaba? ¿Acabaría convertida yo también en una salvaje, olvidando todos los hábitos que me hacían un ser humano?

Unos gritos repentinos interrumpieron mis pensamientos. Sentí la mano del salvaje sobre mi boca para que no gritara yo también del sobresalto. Volvió a llevarse un dedo a los labios, pidiendo silencio, y yo asentí lentamente, sin saber a qué atenerme.

Cuatro jóvenes, dos chicos y dos chicas completamente desnudos, corrían por la orilla. Jugaban a agarrarse desde atrás, reían y se lanzaban agua con los pies y con las manos.

Los contemplé sin salir de mi asombro; mi corazón latía desbocado. Mi acompañante me soltó la mano. Me lanzó una intensa mirada antes de hablar por primera vez:

—No te fíes de ellos.

Domen

Aquella advertencia, lejos de asustarme, me provocó una oleada de alivio. En primer lugar, porque el hecho de que pudiera hablar hacía las cosas mucho más fáciles. En segundo lugar, porque acababa de comprobar que la isla no estaba totalmente deshabitada. Contando al chico que me había salvado, había cinco náufragos, además de mí, en esa lengua de tierra arenosa.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté sin despegar los ojos de los otros jóvenes, que se empujaban despreocupados hacia el agua.

Sus risas, que espantaban a las gaviotas, me relajaron.

—Domen. ¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre?

—Ona.

Los juegos en la playa de aquella pandilla me tenían hipnotizada. Sus gritos alborozados me hicieron pensar que eran chicos mucho más normales que Domen. Lo único que él había dicho con cierto sentido era su nombre, que por cierto sonaba bastante raro.

Decidí que desoiría su advertencia y me acercaría a aquella gente. Parecían amistosos y quizá me pudieran dar la información que él obstinadamente callaba.

Los cuatro jóvenes salieron del agua jadeando y haciéndose constantes bromas. Los observé con cierto pudor desde mi escondite, no tanto porque fueran

desnudos, sino porque Domen no me quitaba ojo de encima.

Las chicas eran muy distintas entre sí. La más alta tenía una larga melena. Era morena y, como sus compañeros, estaba muy bronceada. Poseía un cuerpo esbelto y voluptuoso, lleno de curvas, y su expresión astuta y feroz hacía pensar en una pantera. De su mano iba una pelirroja de aspecto delicado, con el cabello ondulado y largo hasta los hombros. Me pareció que tenía el rostro y el cuerpo salpicados de pecas. Sus formas eran más bien rectas, casi de niña.

Los chicos eran también muy diferentes. El que gritaba más fuerte era un joven negro, altísimo y esbelto. Su compañero era más ancho y peludo. Tenía vello incluso en los hombros y en la espalda.

Esperé, escondida detrás de una hilera de cocoteros, porque me resultaba embarazoso acercarme hasta ellos mientras estuvieran desnudos. Aun así, los observé con un poco de envidia. Mi ropa, impregnada de sal, empezaba a secarse y me picaba por todas partes. Los bordes de la falda se estaban endureciendo y se me clavaban en los muslos, y la camiseta me estaba provocando rojeces en el escote.

«Ojalá pudiera quitarme la ropa yo también», pensé.

Mi compañero de escondrijo apenas llevaba encima unos harapos, y a los chicos de la playa no parecía importarles la desnudez. Pero yo todavía no me atrevía a salir.

—¿Puedo tocarte el pelo? —dijo Domen de repente—. Es muy bonito. Recuerda al trigo.

—¿Puedes conseguirme algo de ropa? —repliqué, sorprendida por su pregunta—. Aunque sea un pareo.

—¿Me dejarás tocártelo si te la traigo?

—De acuerdo, pero solo un poco.

Acto seguido, desapareció con una sonrisa satisfecha. Su conducta me confundía. Primero me había parecido un salvaje, luego un loco solitario y ahora... Parecía un niño. En él intuía algo blando y vulnerable que despertaba mi simpatía.

En poco rato, Domen reapareció con un pareo enorme de algodón naranja.

—Date la vuelta.

—¿Cómo? —preguntó él desconcertado.

—Que te des la vuelta. Quiero cambiarme de ropa.

Domen obedeció, muy sorprendido, y me arranqué la ropa medio mojada. Aliviada, me até el pareo al cuello e improvisé un vestido con aquel trozo de tela naranja.

—Ya puedes volverte.

Complacido, me agarró la mano de nuevo para que me sentara junto a él en el suelo. Las suyas eran tan grandes que, a su lado, mis manos parecían de una niña pequeña.

Domen se acercó tímidamente y me acarició la melena rizada con delicadeza. Era extraño ver con cuánto cuidado me tocaban los mismos dedos que, un rato antes, habían empleado toda su fuerza para sacarme del agua.

Sin poder evitarlo, sonreí. Él también lo hizo, y fui consciente de lo atractivo que era a pesar de su aspecto desastrado. Parecía muy feliz, como si hubiera logrado algo importante para él.

Entendí que era un buen momento para preguntarle por mis amigos. ¿Estarían escondidos en el bosque? ¿O los había visto quizá cuando me habían abandonado en la isla?

Su respuesta no fue la que yo esperaba. Sin apartar su mano morena de mis cabellos, dijo:

—Solo conozco a esos cuatro.

—Estoy muy asustada, Domen —me sinceré, mirándole muy fijamente—. No tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí. Hace dos noches estaba en una discoteca de mi ciudad, celebrando que al día siguiente cumplía dieciocho años. Luego... No sé cómo, por la mañana desperté aquí. ¿Dónde estamos?

Esperé con ojos suplicantes mientras él apartaba bruscamente la mano de mi pelo. Tras unos segundos de silencio, repuso:

—No lo sé.

—¿Cómo llegaste tú aquí?

—Tampoco lo sé —contestó apesadumbrado—. Hace años que vivo en la isla, pero ni siquiera recuerdo cómo llegué.

—¿Y esos cuatro? —pregunté con ansiedad.

—Cuando llegué ya estaban.

Me quedé callada, cada vez más perdida. Domen se frotó los ojos e inclinó un poco la cabeza, como si quisiera contar los granos de arena que había bajo sus pies. Después de otro largo silencio, añadió:

—No esperes que ellos te ayuden. Están igual que nosotros.

Los otros

Me quedé junto a Domen un rato más. Su estado de ánimo volvía a ser taciturno y algo ausente. Había tenido que arrancarle los nombres de los otros náufragos. Aunque apenas hablaba, me lanzaba miradas tan insistentes que empecé a incomodarme.

Fue un alivio cuando aquellos cuatro por fin se cansaron de jugar y salieron del agua. Eric y Nelson, el chico de piel negra, se palmeaban las espaldas y charlaban mientras Linda, la morena, desenredaba con los dedos el cabello mojado de su amiga.

Me sentí cortada al contemplarlos tan desnudos y expuestos. Los pechos de ellas y los miembros de los chicos se balanceaban al caminar, y mis ojos, poco acostumbrados, se posaban inevitablemente sobre ellos. Parpadeé con fuerza e intenté comportarme con naturalidad.

Eric era muy fuerte. Los bíceps hinchados se le marcaban como si los hubiera trabajado durante años. Su torso era desproporcionadamente ancho respecto a su cintura y al tren inferior de su cuerpo. A su lado, el cuerpo espijado y oscuro de Nelson ofrecía un curioso contraste.

La pelirroja, que se llamaba Anna, dio un beso en la mejilla a Linda cuando acabó de desenredarle el pelo. Luego agarró a Nelson de la mano, y los dos se alejaron corriendo. Ella reía y le gritaba algo que desde mi lugar de observación no pude entender. Se detuvieron jadeando tras una pequeña duna de arena. Allí Nelson empezó a besarla, y Anna se sentó a horcajadas sobre él. Me fascinó

contemplar como su piel blanquísima desaparecía bajo los brazos de color ébano de su compañero. Al poco los dos rodaron por la arena y se tendieron el uno sobre el otro. Dejé de verlos en ese momento, pero entendí, de nuevo azorada, que estaban haciendo el amor.

Eric y Linda, la morena con pinta de gata, se pusieron unos pareos y se sentaron frente al mar. Charlaban y reían despreocupadamente mientras ella hacía dibujos en la arena con un palito de madera.

Me alisé la melena con las manos, intentando recolocarme los rizos, y me acerqué a ellos con la mejor de mis sonrisas. En la nuca sentía los ojos de Domen, que me observaba ceñudo desde lejos.

—¡Hola! —grité desde lejos para no sobresaltarlos.

Los dos se volvieron hacia mí y me saludaron amistosamente con la mano. Luego volvieron a su conversación con toda naturalidad, como si no les extrañara en absoluto que yo estuviera allí. Aquello me gustó y me intranquilizó a partes iguales.

—Hola, chicos —insistí cuando llegué a su altura.

—Hola —repitieron al unísono con una sonrisa.

Vista de cerca, la belleza de Linda era aún más impresionante. Eric parecía muy amable, pese al aspecto feroz que le daban las cejas pobladas y el vello que lo cubría casi por todas partes.

—¿Puedo sentarme con vosotros?

—Claro...

Eric me observaba con tanta intensidad que me sentí desnuda.

—¿Sois de la isla? ¿Dónde vivís?

Necesitaba respuestas y las quería ya.

—Vivimos aquí, en la orilla.

La chica pantera apoyaba la cabeza sobre el hombro de Eric. Me dije que la

sensación debía de ser parecida a apoyarse sobre una piedra o una plancha de acero.

—¿Estáis en un... hotel?

Los dos estallaron en carcajadas, pero yo no me desanimé.

—¿En un bungaló? ¿Tenéis una tienda de campaña, por lo menos?

—No necesitamos nada de eso —respondió Linda con voz apagada, sin emoción—. Aquí siempre hace buen tiempo, y no hay mosquitos. Dormimos en la playa, en el bosque o en cualquier parte. ¿Por qué te interesa tanto dormir?

Su compañero la miró divertido, y los dos se echaron a reír de nuevo. Los chistes privados de aquella pareja me empezaban a poner de los nervios.

Sin perder más tiempo, les expliqué que mi memoria tenía un par de lagunas y que no recordaba cómo había llegado hasta la isla. Luego les confesé que quería volver a casa.

En ese punto los dos empezaron a hablar a la vez, atropellándose e interrumpiéndose el uno al otro. Mencionaron un montón de cosas inconexas: las especies de peces que se podían capturar, las distintas formas de hacer fuego, las frutas y los vegetales que se podían encontrar en la selva, así como dónde estaban las preciadas fuentes de agua subterránea.

Aunque todo aquello era muy interesante, no era lo que yo necesitaba saber.

—Pero... ¿cómo llegasteis hasta aquí?

—Es un buen lugar. Acabará por gustarte —dijo Eric animadamente—. ¿Sabías que más arriba, en la montaña, hay cabras montesas?

—No son cabras montesas, sino domésticas —le corrigió su compañera.

De nuevo se enzarzaron en una discusión estúpida acerca de las cabras y otros pequeños mamíferos que al parecer poblaban el lugar.

Llegué a la conclusión de que, al igual que me pasaba a mí, tampoco ellos sabían cómo habían ido a parar a la isla.

Empezaba a sentirme incómoda. Había algo extraño en el comportamiento despreocupado de aquellos dos y en sus respuestas esquivas. Incluso sus sonrisas parecían cada vez más forzadas. Decidí quemar mi último cartucho con Eric, que me miraba desde hacía rato con evidente deseo.

—¿Cómo se sale de aquí?

Con expresión resignada, los dos levantaron el brazo y señalaron al mar, feroz e infinito.

Escrito en la arena

Aquella conversación, de la que no saqué nada en claro, me sumió en un estado aún más melancólico. Quise ir en busca de Domen, pues a pesar de sus rarezas me inspiraba más confianza que aquellos dos, pero temía que se hubiera enfadado conmigo.

Linda y Eric eran muy raros y, tal como Domen había predicho, no me habían servido de ayuda. Ni siquiera se habían molestado en averiguar nada sobre mí. Tras enzarzarse en aquella discusión sobre plantas y animales comestibles, se habían puesto a hacer el amor sobre la arena como si yo no estuviera.

Me largué de allí, violentada, al escuchar los primeros gemidos de ella. ¿Qué clase de lugar era aquel?

Resultaba insólito y deprimente que ninguna de las tres personas a las que había conocido supiera cómo había llegado hasta la isla. No me atrevía a acercarme al bosque, así que busqué un lugar apartado en la misma orilla para ordenar mis pensamientos, que volaban por mi cabeza a toda velocidad.

El mar me recibió con su azul insultante. Durante un buen rato contemplé el ir y venir de las olas, que arrastraban hojas y ramas muertas en su eterno recorrido. Distraída, salvé de la corriente una rama pequeña y con ella empecé a dibujar en la arena. Primero escribí mi nombre, ONA, en letras mayúsculas, y aunque una ola lo borró enseguida, me sentí algo reconfortada al verlo. Llevaba apenas dos días en la isla y ya estaba empezando a olvidar quién era.

Para combatir la angustia, me propuse seguir un ritual que practicaba desde niña. Siempre que estaba triste o confundida, hacía listas para aclarar mis ideas.

Escribir con un palo en la arena mojada era lento y laborioso, además de un esfuerzo efímero. Antes de haber terminado una frase, las olas se la llevaban. Aun así, seguí adelante...

OCHO COSAS POR LAS QUE VALE LA PENA VIVIR

1. Correr cuesta abajo como si nadie me estuviera mirando, gritando con los brazos extendidos como Heidi.

2. Estrenar una libreta, aunque no sea el primer día de curso.

3. Ayudar a mi abuela a quitar las malas hierbas de su jardín. Al acabar, recoger unas hojas de hierbaluisa y menta, y tomar una infusión juntas en la mesa de la cocina.

4. La risa floja. Esos momentos en clase con Sandra o con Álex, cuando cualquier tontería nos hace gracia y no podemos parar de reír.

5. El aroma de los saquitos de lavanda que mi madre mete entre mi ropa desde que era pequeña.

6. Cerveza con limón un día de verano en una terraza de la parte vieja de la ciudad.

7. Amigos. Aunque sospecho que jamás he tenido uno de verdad, debe de ser genial poder confiar ciegamente en alguien.

8. Tomás. Siempre bromea con mi nombre. Dice que mi humor cambia como las mareas y que nunca se sabe si voy de subida o de bajada. A pesar de eso me quiere, tal vez demasiado, y no parece darse cuenta de mis defectos. Ahora que estoy perdida en una isla, sé que él siempre fue la roca contra la que rompían las olas, su ola: yo. Siempre estuvo ahí para contenerme, esperando firme a que

volviera para abrazarlo. Ojalá pudiera hacerlo ahora.

No podía decirse que aquello último fuera parte de una lista. Más bien era una confesión.

El oleaje se llevó mis ingenuos asideros para vivir y el nombre de Tomás, junto con un trozo de mi tristeza. Me levanté, ya más serena, y fui a buscar a Domen. Deseé que no se hubiera ido.

Por suerte, lo encontré sentado con las piernas cruzadas tras el mismo árbol que nos había servido de escondite.

—¿Ya los has contado todos? —le saludé al ver que su mirada seguía clavada en el suelo.

Él levantó la cabeza y me miró con gesto interrogativo.

—Los granos de arena. Da la impresión de que quieres contarlos.

Tras unos segundos de silencio, Domen estalló en risas. Había sido una broma tontísima, pero a él no parecía importarle. Definitivamente, tenía un raro sentido del humor. A pesar de todo, su risa de niño me levantó el ánimo tras el episodio extraño que acababa de vivir con aquellos dos en la orilla.

Agradecí mucho que no me soltara aquello de «te lo dije», ni hiciera preguntas o comentarios al respecto.

—¿Dónde te refugias por la noche, Domen? —le pregunté al cabo de un rato.

Si Linda y Eric hubieran estado allí se habrían reído de mí a mandíbula batiente, pero lo cierto era que el tema me preocupaba. Yo no quería dormir en la playa, porque el mar era casi negro por la noche y me daba miedo. Tampoco quería volver a subirme a un árbol, porque no me sentía segura y sabía que acabaría con mis huesos en el suelo. Y la selva me daba pavor.

—Ven, te lo enseñaré —respondió Domen, antes de echar a andar entre los árboles con paso elegante.

La idea de entrar en la selva no me gustó, pero tenía que darle una

oportunidad.

Caminé tras él un buen rato, sorprendida por la frondosidad y altura de los árboles. En la espesura hacía más calor que fuera, porque la humedad se condensaba y los rayos del sol llegaban a la tierra muy tamizados. En algunas zonas ni siquiera conseguían traspasar la barrera de las hojas. El pareo empezó a pegárseme al cuerpo sudado.

Vi algunas especies de arañas enormes que me pusieron los pelos de punta, y una rana de un verde irreal que trepaba por un tronco. Por todas partes se oían pájaros y los zumbidos de mil insectos.

Domen andaba sin pausa y sin mirar atrás. Yo estaba empapada y cada vez me costaba más seguirlo.

—¿Adónde me llevas? —pregunté malhumorada.

Mi guía se detuvo y me miró divertido.

—A donde me has pedido.

—Pero nos estamos alejando demasiado de la orilla, Domen. Desde aquí no podremos vigilar el mar.

—¿Y para qué quieres vigilarlo? —preguntó, sorprendido, mientras me pasaba un coco partido para beber.

—Por si viene un barco a rescatarnos.

—Nunca ha venido ningún barco —dijo él bajando la voz.

—Bien tuvo que venir alguno para dejarnos aquí, ¿no?

Domen se encogió de hombros y siguió su camino como si nada.

Me quedé quieta unos instantes y finalmente corrí tras él. No quería quedarme sola en medio de aquella selva ruidosa y plagada de bichos.

Pronto comprobé que habíamos tomado un camino alternativo para subir al promontorio de roca negra de mi primer día.

Domen retiró unas rocas y unos cuantos matojos. No entendí lo que hacía hasta que se apartó para mostrarme una abertura en la roca.

—Suelo dormir aquí, aunque a veces también lo hago en la orilla.

Dicho esto, se escurrió hacia el interior y le imité. Tuve que bajar la cabeza para colarme por el pequeño agujero de entrada. Era una cueva.

Una vez dentro, me sorprendí. Era lo suficientemente grande para cobijar a tres o cuatro personas, aunque desde fuera no lo parecía.

—Vuelve a poner las rocas delante y nadie sabrá que estamos aquí —me explicó muy sereno—. ¿Sabes que desde la entrada se ve el mar?

Antes de tapan la abertura con una roca plana, comprobé alborozada que era cierto lo que me decía. Domen desapareció un momento tras un árbol y volvió poco después con una piel de oveja entre los brazos.

—Puedes dormir sobre ella y abrigarte con el pareo. Mañana te traeré más ropa, ¿de acuerdo?

Acto seguido, se alejó cuesta abajo y me sentí desvalida.

—¿Adónde vas? —grité antes de que desapareciera de mi vista.

—A buscar algo... Volveré enseguida. ¡No te muevas de aquí!

«¿Y adónde diablos quieres que vaya?», pensé mientras lo veía internarse en las profundidades del bosque.

Exilio eterno

Domen reapareció al cabo de un rato que se me hizo eterno. En la espalda acarreaba un hatillo de tela que deshizo frente a mis pies, a la entrada de la cueva. Yo me había quedado fuera para no perder de vista el mar, pues conservaba la esperanza de que el rescate no tardaría en producirse. ¡No podía no producirse!

Del hatillo salió una cantidad de víveres increíble: dos pescados frescos, varias frutas distintas, algunas de las cuales no supe identificar, raíces, hojas y cáscaras de coco vacías. En la cueva había encontrado otras, así que supuse que Domen las usaba como vasijas. Tomó unas cuantas y me pidió que fuera a llenarlas de agua.

Obedeciendo sus indicaciones, caminé un buen trecho siguiendo un rumor de agua fresca. No tardé en hallar un pequeño manantial que brotaba de la montaña. Bebí, ávida, y luego llené los cocos hasta arriba.

Cuando regresé a la entrada de la cueva, Domen había encendido una fogata y estaba cociendo los peces ensartados en dos palos. Se me hizo la boca agua, porque no había comido más que cocos desde hacía dos días. Lo observé admirada mientras cortaba hábilmente la fruta con una piedra afilada. Sus gestos eran muy precisos en comparación con mi torpeza al abrir los cocos.

A continuación se levantó y fue hasta un árbol cercano a arrancar unas hojas grandes y alargadas que utilizó como bandejas para la comida. Sus movimientos eran certeros y elegantes, como los de un bailarín.

—¿Qué hacías antes? —le pregunté, curiosa.

—¿Antes de qué?

—Antes de que llegaras a la isla.

—Casi he olvidado eso —respondió sin levantar la vista de sus tareas.

—¿Tanto tiempo hace que estás aquí?

—Hace mucho.

Sus respuestas eran tan sencillas y escuetas como su forma de moverse. Angustiada por su vaguedad, seguí preguntando:

—Entonces eras casi un niño... ¿Te trajeron tus padres en un barco? ¿Y luego te... dejaron aquí?

Los ojos verdes de Domen se ensombrecieron antes de responder.

—No lo sé.

Hubiera querido hacerle más preguntas, pero la comida ya estaba lista y mi anfitrión no parecía tener ganas de más charla. Decidí esperar a que se diera un momento más propicio. Si alguna cosa tenía en aquella isla era tiempo. Todo el del mundo.

Domen sirvió la cena en silencio. Yo engullí mi ración de pescado y la fruta casi sin respirar. Él me ofreció un poco más de la suya y, aunque no quería hacerlo, acepté. Parecía gustarle el placer con el que yo masticaba, y se rió cuando al acabar me chupé los dedos.

En casa no se me habría ocurrido jamás hacer una cosa así, pero ya no estaba en casa. Si algo bueno tenía aquel extraño exilio era que no pasaba nada por desobedecer las normas.

Domen me alcanzó una hoja húmeda para que me limpiara con ella. La acepté y le sonreí, agradecida y satisfecha.

Había oscurecido sin que me diera cuenta, enfrascada como estaba en llenar mi estómago vacío. Miré hacia el cielo y me quedé boquiabierta ante el espectáculo.

Jamás había visto tantas estrellas juntas, tan grandes y brillantes. En medio de los astros, la luna llena iluminaba el mar en calma, arrancándole vetas de plata.

Tuve ganas de bajar y darme un baño. Domen también parecía excitado y, por primera vez aquella tarde, su silencio me incomodó. «¿Y ahora qué?», pensé al verlo levantarse para sentarse junto a mí.

—¿Puedo tocarte el pelo?

—De acuerdo —concedí por segunda vez aquel día.

Para que no notara que me ponía nerviosa su proximidad, empecé a hablar como una cotorra. De paso aproveché para indagar más acerca de los otros habitantes de la isla.

—¿Cómo son? —le pregunté mientras él me acariciaba con delicadeza el cabello—. ¿Los conoces bien?

Domen olía a sal y al humo de la hoguera. Era cálido. Agradable.

—Eric parece simpático, pero es una bestia. Más de una vez le he visto zurrar a Linda.

—¿Y ella qué hacía? —pregunté horrorizada, aunque no del todo sorprendida; había algo en Eric que me había dado escalofríos desde el principio.

—Defenderse como podía. Una vez le abrió la cabeza con una roca. Si tocas el cráneo de Eric aún puedes notar el hueco. Luego hicieron las paces, como siempre. El problema aquí es que tampoco puedes estar mucho tiempo enfadado, aunque quieras. La isla es pequeña, y no hay nadie más que nosotros. Estamos condenados a tolerarnos.

—Pero tú vas por libre. Te escondes...

—No es verdad. Lo hago solo desde que tú llegaste —confesó con los ojos bajos.

—¿Cómo? Entonces... ¿Tienes relación con ellos? ¿Os bañáis juntos, jugáis y todo eso?

—¡Pues claro! Solo somos cinco. Ahora seis contigo. Pescamos, recolectamos

frutas, confeccionamos algo de ropa... No demasiada, porque apenas hay tela y esos van desnudos casi todo el día. Aunque no te gusten, aquí son mi familia.

—Entonces... ¿por qué me has obligado a esconderme? Tras sacarme del mar me has llevado hasta el bosque, fingiéndote el salvaje mudito, y luego me has dicho que no me acercara a ellos —le recriminé, cada vez más enfadada.

—Lo sé... —contestó Domen, avergonzado—. Ha sido infantil por mi parte, pero te quería solo para mí. Eres la mejor pesca que he hecho en mi vida.

Mantuvo la expresión contrita un segundo más y luego se echó a reír. Irritada y confundida, aparté bruscamente su mano de mi melena.

—No debes tener miedo de mí, Ona. Nunca te haré daño.

Traté de encontrar una respuesta ingeniosa, pero no me salía nada.

—¿Puedo pedirte otra cosa, antes de que te acuestes? —preguntó casi en voz baja.

Seguí en silencio. Me esperaba cualquier cosa de él.

—Me gusta mucho la forma triangular de tu cara. ¿Me dejas que la acaricie? Solo un poco.

—¡No, vete!

Tras esa respuesta tajante, me di la vuelta con los brazos cruzados.

Domen me miró apenado y se separó de mí, obediente. Desde la entrada me sonrió de nuevo antes de volver a hablar.

—Puedes dormir tranquila. Yo vigilaré.

Me metí en la cueva y busqué un buen lugar para colocar la piel de oveja que Domen me había procurado. Luego me tendí sobre ella, sabiendo que me iba a costar mucho dormir.

Al poco oí lo que parecía el rasgueo de una guitarra. Sonaba un poco desafinada, pero aun así era agradable.

Lo último que esperaba en aquel lugar dejado de la mano de Dios era escuchar música. Quizá por eso, o porque su voz sonaba tan grave y triste como la de un prisionero en su celda, o porque sus palabras parecían dirigidas especialmente a mí, quizá por eso, cuando Domen empezó a cantar, las lágrimas escaparon de mis ojos como dos diminutos ríos calientes.

Let me in to your soul

Please let me open your mind

Let me take control

I think I can help you this time

In this outer space, we've been drifting for awhile

You and me in phase, some kind of endless exile

I will always be the last to go

If you let me be the first to know

You can always hang your head and sigh

*But don't you ever turn your back on life**

Linda

Me había dormido mientras Domen susurraba palabras tristes a la noche. Al despertar lo busqué en la cueva y sentí una mezcla de miedo y vacío al descubrir que no estaba.

Había unas cuantas frutas y un pescado ahumado cerca de mi lecho. Deduje que él lo había dejado allí antes de marcharse, y una sonrisa involuntaria se abrió paso en mis labios.

Tras dar buena cuenta del desayuno, salí a inspeccionar los alrededores. Me sentía mal por haberle gritado la noche anterior y quería aclarar las cosas. Él mismo lo había dicho: la isla era pequeña, y sus pobladores, muy pocos. Estábamos condenados a entendernos.

Tomé el camino al manantial, por si estaba recogiendo agua, pero no lo encontré allí. Decepcionada, me quedé un rato merodeando por el lugar. Era realmente bonito. Había un pequeño claro entre los árboles, y el sol entraba a raudales por él, iluminándolo todo con una luz casi sobrenatural. Por todas partes crecían flores enormes y de colores exuberantes.

Cavilaba si sería buena idea recoger algunas para Domen como muestra de agradecimiento, cuando la vi.

Era Linda.

Vestida con un pareo corto anudado a la cintura y los pechos al aire, tapados

solo a medias por su larga melena oscura, parecía la encarnación de Brooke Shields en *El lago azul*.

Llevaba en la mano un cesto tosco hecho con fibras de hojas secas lleno hasta arriba de flores multicolores. Al parecer habíamos tenido la misma idea. Sonrió al verme, pero siguió arrancando flores como si tal cosa.

Me acerqué a ella, dispuesta a sonsacarle alguna información. Linda se detuvo un momento y me miró con sus ojos felinos y una sonrisa pícaro.

Dado que continuaba en silencio, le seguí el juego y me puse a ayudarla en su tarea. Arranqué unas cuantas flores y las deposité en su cesto, ya casi repleto. Trabajamos juntas un rato más y, aunque no quería ser la primera en hablar, al final no tuve más remedio que rendirme y romper el silencio.

—¿De verdad no recuerdas cómo llegaste hasta aquí? —pregunté a bocajarro.

—No lo recuerdo, pero eso no importa. Esto es el paraíso. Aquí tenemos todo lo que necesitamos para ser felices: buen tiempo, espacios abiertos, mar, frutas y vegetales, pescado en abundancia, incluso carne si eres hábil para poner trampas... y sexo. Tanto como quieras y con quien quieras. —Al decir esto, se apartó la melena de la cara, dejando al descubierto su seno derecho—. Aquí nadie te juzgará —añadió guiñándome un ojo.

—Pero tú estás con Eric, ¿no? —pregunté sorprendida.

—Estoy con él ahora... hasta que me canse y cambie. Ya he sido dos veces pareja de Nelson y, cuando me apetezca, volveré con él. Aquí todos somos libres.

—Y... ¿Domen? ¿También él ha sido tu compañero?

Tragué saliva y miré a Linda expectante. Sin saber muy bien por qué, la idea de que hubieran tenido algo me parecía odiosa.

—A ese no le gustan las mujeres... Ni los hombres. Desde que lo conozco nunca se ha acercado a ninguno de nosotros con esas intenciones. De hecho, cada tarde desaparece y nadie sabe adónde va hasta la mañana siguiente... Él es así. ¿Me ayudas a arrancar algunas más?

Mientras yo alcanzaba unos hibiscos de color rojo sangre, ella se recogió el cabello en una coleta. Supuse que quería estar más cómoda, pero como resultado

dejó a la vista sus pechos, erguidos y desafiantes. Luego se acercó a mí por detrás y pude notar su olor a sal y almizcle.

Posó una mano en mi cintura y me volví, sobresaltada.

—Eres muy bonita, Ona —dijo mientras con la mano libre me acariciaba los rizos rubios—. Deberías hacer como nosotros y ponerte menos ropa encima. Hace calor, y así te broncearías.

Había algo paralizante en sus movimientos y en su tono de voz. Sus ojos de gata se fijaron en los míos y me quedé sin habla.

Dejé caer al suelo las flores que tenía en la mano, y un jadeo involuntario se me escapó cuando sus dedos hábiles empezaron a desanudarme el pareo. Me quedé pasmada mientras lo hacía y dejé que me lo anudara de nuevo, esa vez en la cintura.

—¡Pero qué blancos los tienes! —Rió al ver mis pechos.

Su carcajada me sacó del aturdimiento. La aparté de un empujón y volví a taparme.

—¿Qué pasa? ¿También te van las chicas? —pregunté enfadada.

—Pues claro. Aquí hay mucho tiempo y pocas cosas que hacer —respondió sin apartar la vista de mis pechos, ya cubiertos—. Al final acabas probándolo todo.

Le sostuve la mirada hasta que la apartó. Solo entonces le devolví su cesto de flores, que había quedado abandonado detrás de mis pies.

Me pareció que se ponía un poco triste y no pude evitar sentir pena. ¿Cuántos años llevaría ella en aquel lugar apartado de la civilización?

—¿No te entran ganas de volver a casa a veces? —le pregunté con más suavidad.

Sus ojos se oscurecieron antes de contestar:

—Cero. Si las tuviera, estaría loca. Mi madre murió cuando yo era un bebé, así que me crié con mi padre: un monstruo. Me pegaba desde que puedo recordar y empezó a abusar de mí cuando yo tenía doce años.

Linda se interrumpió unos instantes para tomar aire.

—Nunca lo denuncié. No tenía a nadie más y acabé por creer que así funcionaban las cosas. Con trece años empecé a escaparme de casa. Lo hice un montón de veces, aunque siempre me encontraban o acababa volviendo yo misma, porque me quedaba sin dinero. Él entonces me pegaba y me maltrataba aún más. Me decía que era suya, y todo volvía a empezar.

—Lo siento mucho, ¡es horrible! —exclamé, muy impresionada.

Ella dejó caer una mano, quitándole importancia a lo que me acababa de contar, y su gesto me partió el alma.

—Ya hace mucho tiempo de eso... La última vez que me escapé, haciendo autoestop, tuve mala suerte. Me recogió un camionero, y enseguida me dio mala espina. Debería haber confiado en mi instinto. Lo último que recuerdo es que me agarró por el cuello y me llevó a la parte de atrás del camión. No me acuerdo de nada más.

Había narrado aquella parte del relato con una voz tan inexpresiva que me erizó la piel. Parecía estar contando algo que le hubiera sucedido a otra persona.

Cuando ya pensaba que había terminado con su drama, un destello de ira hizo saltar chispas de sus impresionantes ojos azules.

—Ojalá nunca nos encuentren y no tenga que volver con ese cabrón. Ni a su casa ni a ningún otro sitio. Aquí no hay que trabajar ni estudiar. ¡Tenemos todo el tiempo del mundo! Nunca enfermamos, y Eric está seguro de que en la isla tampoco nos hacemos viejos. La prueba es él mismo, que siendo tan peludo no ha tenido que afeitarse jamás desde que está aquí.

Su rostro se animó de nuevo mientras me explicaba todo eso.

Permanecí un rato más con Linda hasta que se marchó a encontrarse con su amante.

Nuevamente sola, caminé sin prisas hasta la orilla. Necesitaba estar cerca del mar, que aquella mañana se mostraba especialmente liso y calmado. Mientras dejaba que las olas tibias mojaran mis pies, me pregunté, intranquila, si de alguna extraña manera había quedado varada en la eternidad.

Nelson

Volví a la cueva caminando despacio para dar tiempo a que Domen regresara. Para mi decepción, no lo encontré allí. Era curioso, pero de repente me sentía más sola que durante mi primer día en la isla, cuando pensaba que estaba deshabitada.

Tras comer medio coco, y sin nada mejor que hacer, me acosté sobre la piel de oveja para echarme una siesta.

Me desperté sudada y con dolor de cabeza, así que me acerqué al manantial para refrescarme.

En aquel rincón apartado y bucólico disfruté de un rato de placidez. Las mariposas que revoloteaban alrededor de las flores ofrecían un vivo espectáculo. Las había grandes y pequeñas, de colores intensos y de suaves tonos empolvados. Distinguí una amarilla y negra muy parecida a la que me había saludado dos días atrás en la orilla.

Me acerqué a ella, a sabiendas de que era imposible que fuera la misma, pero con ánimo de verla más de cerca para asegurarme. La mariposa se alejó un poco y la seguí. Cada vez que se paraba en alguna rama o en alguna flor me aproximaba con sigilo, pero la mariposa alzaba nuevamente el vuelo. Me gustaba cómo encaraba la vida aquel animalillo, tomándose un tiempo para alzar el vuelo y ocuparse de sus cosas y un tiempo para posarse, descansar, tomar el sol... ¿En qué debían de pensar las mariposas, si es que pensaban en algo?

Pronto me aburrí del juego y decidí regresar a la cueva. Me había despistado

un poco y, por un segundo, tuve miedo de no ser capaz de encontrar el camino de vuelta.

Me detuve un momento para orientarme y entonces oí aquel ruido.

Primero me asusté, pensando que se trataba de un animal. Sonaba como si algo o alguien rascara el suelo. Sin embargo, un canturreo humano revelaba que alguien andaba por allí cerca.

Seguí llena de curiosidad aquel tarareo, apenas una melodía entre dientes.

A punto estuve de tropezar con Nelson, que estaba inclinado sobre el suelo.

—¡Vigila por dónde andas! —gritó—. Casi pisas mi tomatera...

Reculé y observé la planta que protegía con los brazos. Era, en efecto, una tomatera, a juzgar por los frutos rojos y verdes que colgaban de sus ramas. A su lado había otras parecidas, sostenidas por cañas cuidadosamente dispuestas en el suelo. A los lados, separadas por varias líneas de piedras blancas, se veían más cultivos que no supe distinguir.

—Vaya.... ¿Tienes un huerto?

De inmediato me arrepentí de haber formulado aquella pregunta tan obvia. Nelson me ponía nerviosa con sus gestos serios y su altura. Debía de medir cerca de los dos metros y solo llevaba encima un pareo corto.

—Hace ya tiempo que empecé a cultivarlo. El clima es tan bueno que tengo tomates cuatro veces al año. Eso de ahí son unos tubérculos que cocinamos como si fueran patatas, aquellas plantas de flores amarillas dan algo parecido a los calabacines, y en esas hileras que ves crecen vainas de guisantes —explicó orgulloso.

—Tomates y guisantes... ¡es increíble!

También lamenté aquella réplica tan *brillante*. Nelson me hacía sentir como la protagonista de *Dirty Dancing* diciéndole a Patrick Swayze, en el colmo de la originalidad: «He traído una sandía».

—En realidad no me da mucho trabajo... Lo más difícil es controlar las plagas de insectos, pero he ido haciendo pruebas hasta encontrar la manera de

ponérselo más difícil: rotando los cultivos. También he aprendido a fabricar compost, porque las verduras crecen mejor si lo usas.

Acto seguido me mostró unos hoyos excavados en el suelo que desprendían un fuerte olor orgánico.

A pesar de su aspecto intimidatorio, Nelson parecía un chico dulce. Me gustaba el cariño y reverencia con los que hablaba de sus plantas y de los frutos que tan generosamente le daban. Quizá por ello finalmente me atreví a preguntarle por la isla. Sus explicaciones me inquietaron tanto que luego deseé no haberlo interrogado.

—Aunque esta isla es de un tamaño considerable, no tiene nombre. Eric tiene unos mapas, y he comprobado que no sale en ninguno. Por fuerza debemos de encontrarnos en algún sitio del Índico, muy lejos de otros territorios. De otro modo, alguien habría dado cuenta de ella en algún momento —razonó con el mismo tono pausado que había empleado para instruirme sobre sus cultivos—. Quizá sea la última isla perdida que queda en el mundo. Lo que es una suerte... y también una desgracia.

—¿Por qué una desgracia? Aquí tienes todo lo que necesitas para vivir: alimentos, sol, aire fresco, agua, tu huerto, un clima perfecto, sexo... Incluso quizá la eterna juventud —continué, recordando las palabras de Linda.

—Ya... Pero quiero volver a ver a mi hermano. Él me necesita. Soy consciente de eso cada día que pasa y no puedo disfrutar de la isla. Si él no está bien yo tampoco puedo estarlo —declaró, apesadumbrado.

Hacía mucho calor y nos habíamos sentado a la sombra de un árbol, cerca de las composteras. Nelson me contó a continuación que provenía de una familia de clase obrera y que había estudiado en una escuela profesional para convertirse en carpintero. Al terminar las clases, trabajaba unas horas en el taller que sus padres tenían en el barrio.

Su hermano pequeño padecía un retraso intelectual importante y, aunque era de buena pasta, a veces se obstinaba en hacer lo que no debía. Solo le hacía caso a él. Si bien sus padres consideraban que era inútil intentarlo, Nelson le había ido enseñando con mucha paciencia algunas tareas sencillas en el taller.

—Tengo miedo por él —reconoció—. Vivimos en un barrio complicado, y temo que acabe juntándose con malas compañías. La mayoría de los hijos de

nuestros vecinos son delincuentes.

—¿Recuerdas cómo llegaste a la isla? —le pregunté, conmovida por su relato—. ¿Qué hacías justo antes de llegar aquí?

—No recuerdo nada de eso —respondió, negando con la cabeza.

—Es un poco raro que ninguno de nosotros se acuerde, ¿no te parece?

Nelson dejó caer una mano, como si aquello no le importara.

—Solo sé que quiero volver a casa. De hecho, tengo un plan para escapar de aquí...

La llegada de Anna, su amiga pelirroja, interrumpió bruscamente nuestra conversación justo cuando empezaba a ponerse interesante.

—Escúchame bien, perra... —dijo, plantándose ante mí con los puños apretados; su aspecto frágil no cuadraba en absoluto con aquellos malos modos—. Si estás en celo vete a remojarte las vergüenzas a la playa. Nelson es mío hasta que uno de los dos decida lo contrario. ¿Lo has oído? Y ahora ¡lárgate!

Su lenguaje corporal traslucía tanta ira que me levanté de inmediato y me marché sin decir nada más. Vi claro que si no la obedecía iba a salir de aquella situación muy malparada.

Impresionada por lo que acababa de descubrir y por el numerito de Anna, caminé hasta la playa para serenarme.

De nuevo en la orilla, recogí una rama abandonada y me puse a escribir con paciencia —si algo tenía, era tiempo— otra de mis listas:

10 COSAS QUE QUIERO HACER EL DÍA QUE VUELVA A CASA

1. Darme una ducha bien caliente. Con jabón y toallas de verdad. Que dure al menos media hora.

2. Leer. Echo de menos los ratos que pasaba enterrada en las páginas de una buena novela. Ahora daría todo lo que tengo por poder leer solo unas páginas.

3. Pedir una hamburguesa con patatas en el Meat Market. Sin ketchup, por supuesto.

4. Abrazos. Nunca he necesitado tanto uno como ahora.

5. Acariciar a Callie. Siempre odié a ese chuchó, con su ladrido agudo y esa manía estúpida de perseguirse la cola durante horas, pero ahora lo echo de menos.

6. Decir siempre la verdad. Algunas veces me quedo embobada contemplando el cielo, que se funde con la inmensidad líquida del mar hasta que los dos, cielo y agua, parecen uno. En esos momentos me da por pensar que si he venido a parar a esta isla es por algún motivo. Y no puedo evitar creer que, de algún modo, estoy pagando aquí por mis errores del pasado. El día que vuelva a casa hablaré con mis padres. También con Tomás, con Guim, y quizá con otras personas. Es hora de que me conozcan realmente, aunque no les guste lo que soy.

7. Comerme un plato enorme de espaguetis al pesto. ¿Por qué diablos no puedo dejar de pensar en comida?

8. Ir sola al cine.

9. Escuchar música en directo al menos una vez al mes.

10. Hacer el amor con alguien a quien ame. Mirarlo a los ojos todo el tiempo.

Abraham

Pasé el resto de la tarde sola. La lista que había empezado a escribir —con algún punto demasiado extenso— para distraerme de mi insólita situación acabó por deprimirme del todo.

No veía la manera de salir de aquella isla maldita que hechizaba a algunos mientras que otros la vivían como una condena. Yo estaba más cerca de esto último, pero a diferencia de los demás no tenía a nadie con quien compartir mis penas. Anna me odiaba, a Nelson no podía ni acercarme, Eric y Linda no eran de fiar, y Domen vivía su vida al margen de todo y de todos.

Me senté cerca de la orilla, a la sombra de un cocotero, y lloré amargamente hasta que se me secaron las lágrimas. Las olas mansas cantaban su eterna canción y el agua resplandecía más azul que nunca. A pesar de la belleza salvaje de aquella playa, cada vez estaba más convencida de que mi soledad era un castigo por mis acciones del pasado. Por haber engañado a Tomás, por no haber sido la hija que esperaban mis padres, por haberme dedicado a vivir una existencia superficial y vacía.

En ese estado de desesperanza me encontraba cuando Domen apareció en la playa. Traté de ocultar el rostro para que no viera las huellas de mi llanto reciente, pero no lo conseguí.

—¿Qué te ha pasado?

Se agachó junto a mí, muy preocupado. Después de tanto llorar, todavía me

quedaba una lágrima, solo una, que se deslizó por mi mejilla derecha sin que pudiera hacer nada por detenerla.

Domen me sostuvo la barbilla con suavidad y me miró a los ojos. Los suyos irradiaban ternura, y por primera vez aquel día me sentí un poco mejor.

—Es solo que... —empecé a confesar, a punto de derrumbarme— esto es demasiado para mí... Todos me cuentan historias terribles, pero nadie sabe nada de la isla ni de cómo ha llegado hasta aquí. Ahora mismo me siento la persona más desgraciada de la tierra —dije entre sollozos.

Domen me acarició el pelo un buen rato para consolarme. Yo lo dejé hacer, pues anhelaba cualquier tipo de contacto con otro ser humano.

Luego se sentó a mi lado con gesto pensativo. Me daba cuenta de que era una persona muy distinta a todas las que había conocido hasta el momento. Ya casi había olvidado la impresión que me había causado la primera vez que lo había visto. Me había parecido un salvaje, un loco, alguien totalmente fuera de este mundo. Y, en cierto modo, así era.

Pero empezaba a sospechar que Domen tenía una vida interior muy compleja. No le afectaban las mismas cosas que a los demás. Aunque lo que más me gustaba de él era la serenidad y la bondad que desprendían todos sus gestos.

Estuvimos en silencio un buen rato hasta que él finalmente dijo:

—Si tan importante es para ti, puedo contarte todo lo que sé sobre este lugar.

Asentí rápidamente para alentarle a que siguiera.

—No sé si te has fijado en que solemos movernos en una franja estrecha de la isla, desde la playa hasta la parte más exterior del bosque. Nunca nos adentramos más.

—A mí tampoco me gusta el bosque.

—Lo hacemos así porque Eric, que fue el primero en llegar, nos dijo hace tiempo que era peligroso hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué hay en el bosque? —le pregunté con aprensión.

—Eric dice que hay animales peligrosos, insectos y serpientes venenosas cuya picadura puede matarte en apenas unos minutos.

—¿Y él cómo lo sabe? ¿Ha ido alguna vez?

Domen se quedó unos instantes pensativo, como si cavilara si era bueno para mí conocer lo que estaba a punto de contarme.

—Al parecer, cuando él llegó a la isla encontró a una sola persona viviendo en ella. Era un viejo llamado Abraham. Él fue quien le alertó contra los peligros del bosque y un montón de cosas más.

—¿Y qué pasó con ese Abraham? ¿Sigue en la isla?

Totalmente intrigada, me acerqué a Domen hasta que nuestras rodillas se tocaron.

—Un día fue el viejo quien se internó en la selva. Había tenido un sueño que le ordenaba explorar la cima de la gran montaña de roca negra. Se puso en camino... y no regresó jamás. Eric no tuvo agallas para ir a buscarlo, y ninguno de nosotros lo ha intentado tampoco después de conocer la historia.

—¿Crees que está muerto? —pregunté, tragando saliva.

—Imposible saberlo, a no ser que... —titubeó un instante—. Bueno, debe de haber más de mil metros hasta la cima y, para llegar allí, hay que atravesar esa selva llena de peligros. Puede que Abraham esté muerto, pero mi intuición me dice otra cosa.

Lo miré interrogativa.

—Estoy convencido de que si el viejo no volvió fue porque no quiso regresar a la orilla —declaró, contundente—. Deberíamos ir, Ona. Vamos a internarnos en el bosque para seguir los pasos de ese hombre.

—No puedo, Domen... No sé por qué, pero ese bosque me aterra. Solo de pensar en meterme en la espesura me deja sin respiración.

—¿Y si te llevara yo con los ojos vendados? Así no verías nada y estaría a tu lado todo el tiempo —propuso, tomándome de la mano.

—No lo sé, tengo que pensarlo —respondí, reconfortada por el contacto de sus dedos suaves—. Cuéntame más cosas de ese Abraham.

—Por aquel entonces el viejo debía de tener sesenta años, tal vez más. Antes de marcharse a explorar el interior de la isla, le mostró a Eric un baúl que tenía escondido con un montón de herramientas y algunas semillas. Nelson las usó más tarde para el huerto. Y con las herramientas construyeron también unas tablas de surf. Por eso los demás pasan tanto tiempo en la otra costa de la isla. Allí el viento es más fuerte y se pueden tirar horas cazando olas. En realidad, solo vienen a este lado para hacer el amor.

Hizo una pausa, como si no supiera cómo continuar. Sus ojos castaños me parecieron más grandes que nunca. Me miraban con una mezcla de miedo y anhelo.

—¿Y tú...? ¿No tienes a nadie?

—Sí, aunque hasta ahora eso no ha sido un obstáculo para tener aventuras —confesé algo avergonzada, sin olvidar el buen propósito de mi lista acerca de decir siempre la verdad.

Domen fijó sus ojos en la nube de plata que pendía sobre mi pecho. Mientras le hablaba, había empezado a acariciarla sin darme cuenta. Cogió un guijarro del suelo y lo lanzó lejos antes de contestar.

—Entonces aquí te sentirás como en casa. Todos se lían con todos.

¿Era amargura lo que me pareció descifrar en su tono de voz? Le pregunté, interesada:

—Pero tú no lo haces. ¿Por qué?

—Soy un romántico incorregible —suspiró—. No me acuerdo de casi nada de mi vida de antes, pero tengo un recuerdo muy vivo de cuando tenía once o doce años. Me enamoré como un bobo de una niña de la escuela y sufrí horrores. Desde entonces creo que el amor más puro es aquel en el que no te corresponden. Se vive sin expectativas y se sufre mucho menos.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté anonadada.

—Es un sentimiento de melancolía dulce al que te puedes enganchar siempre que quieras. En realidad no es muy diferente de escuchar un montón de veces una

canción que te encanta, aunque sabes que jamás estarás junto a la persona que la interpreta.

Aquella confesión era sorprendente, aunque de alguna manera no me resultaba tan extraña viniendo de él.

—¿Y en esta isla has encontrado a alguien a quien querer sin que te corresponda? —lo interrogué, pensando quizá en la escultural Linda.

Domen meditó un momento y esbozó mi sonrisa favorita, la de niño, antes de contestar:

—Sí, he encontrado a la persona perfecta: tú.

Sin pensarlo dos veces, acerqué mis manos a su rostro y lo besé lentamente. Él me correspondió, y durante un momento delicioso nuestros labios se fundieron. Los de Domen sabían un poco a sal.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó luego en voz baja.

—Para que tengas algo con lo que alimentar tus sueños.

El tiempo de la isla

I want to rule the islands

and I want to rule the sea

but if you're not coming back

I will sleep eternally

I don't want no heavy diamonds

and pearls crush my teeth

I just want my sailor

to sail back to me

The captain has a treasure

says I hold the key

but old mangroves

and sweet winds blow

songs of you and me

I want to rule the islands

and I want to rule the sea

but if you're not coming back

*I will sleep eternally**

Habíamos cenado pescado, fruta y aquella especie de calabacines que Nelson cultivaba en su huerto. Tras recoger los restos, Domen había sacado su maltrecha guitarra. Le pregunté cómo la había conseguido y me dijo que era otro de los tesoros que Abraham había dejado atrás.

Al entonar las primeras notas de su canción, que hablaba de mares remotos, islas y marineros, su rostro se transformó. Me pareció que cantaba para sí mismo y que, de algún modo, se conectaba con la misteriosa fuente de melancolía de la que me había hablado hacía un rato.

Aquella había sido prácticamente nuestra última conversación, porque desde mi beso apenas habíamos intercambiado las palabras imprescindibles para poner en marcha la cena. No era que pareciera disgustado conmigo ni nada de eso, pero se le veía demasiado... como siempre. Como si el momento en que nuestros labios se habían tocado no hubiera existido.

La luna llena brillaba sobre nuestras cabezas, tan cerca que parecía que quisiera rodar por encima de las copas de los árboles. Era una noche perfecta, excepto por el hecho de que Domen tocaba y tocaba, como si estuviera solo en la entrada de la cueva.

Mi orgullo femenino no tardó en aflorar. Me senté a su lado y me eché hacia atrás hasta quedar semiincorporada sobre la hierba, apoyándome sobre los codos y dejando mi cuello al descubierto.

—Eres el primer chico al que conozco que se conforma con un beso y luego se pone a cocinar y a tocar la guitarra como si nada — comenté con fingida inocencia.

Domen sonrió, no con expresión de niño, sino con otra algo más triste que le

hacía parecer mayor.

—Todavía no eres consciente del tiempo de la isla, ¿verdad? —preguntó sin dejar de tocar.

—No sé a qué te refieres...

—Aquí necesitamos encontrar algo especial para llenar cada día. Si quemamos de una tacada todas las cosas bellas, en lugar de un paraíso esto se convertiría muy pronto en un infierno.

Mientras trataba de asimilar aquellas palabras, un fogonazo iluminó el cielo con varios tonos de azul y rojo. ¿Fuegos artificiales?

Una honda sensación de irrealidad me traspasó. La última vez que había visto cohetes había sido en la noche de San Juan, hacía apenas un mes, con Tomás. Sin embargo, aquel momento no tan lejano parecía pertenecer ya a la vida de otra persona.

Empecé a oír música a lo lejos, un ritmo cálido yailable, y me levanté del suelo, intrigada. Domen hizo lo mismo, sin soltar la guitarra.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté desconcertada—. ¿De dónde viene esa música?

—Hoy se celebra la Full Moon Party. Abraham dejó varios paquetes de salvas de SOS en su baúl y, cada vez que hay luna llena, Eric y los demás lanzan una. Es como un ritual. Luego ponen música de un reproductor de casetes con manivela, una reliquia que aún funciona de milagro, y bailan hasta que caen rendidos en la playa —explicó—. Solo en estas ocasiones Eric saca el ron, un destilado muy fuerte que el viejo dejó de recuerdo. Tiene tres garrafas de cinco litros y las raciona con mucho cuidado.

Sin poder evitarlo, mis pies se movieron al ritmo del calypso que sonaba abajo, en la orilla. Me pareció distinguir risas. De repente, la perspectiva de tomarme una copa y bailar en la playa a la luz de la luna me pareció un plan muy apetecible.

—¡Bajemos, Domen! —dije excitada mientras lo arrastraba por el sendero—. Puede ser divertido, ¿no? Algo diferente con lo que llenar nuestro día.

Domen me siguió sin decir nada.

A medida que nos acercábamos a la fiesta, las risas y la música subían de volumen, y con ellas mi alegría. Había sufrido tanto desde que había naufragado allí que me apetecía olvidarme de todo por un rato.

Una vez en la playa, mis mejores expectativas se confirmaron. Había una hoguera grande sobre la que se asaban unos animales pequeños que parecían conejos y que olían deliciosamente. Había fruta cortada, una gran ensalada decorada con flores y una garrafa de cristal donde supuse que tenían el alcohol.

Eric y Nelson estaban colocando antorchas en el suelo, y Anna y Linda bailaban alrededor del fuego. Al ver a la pelirroja sentí aprensión, puesto que no sabía si seguía enfadada conmigo y temía sus reacciones.

Como si ella me hubiera leído el pensamiento, se separó de Linda y vino caminando hacia mí. Instintivamente busqué la mano de Domen, aunque él ya había encontrado un rincón apartado junto al fuego y miraba las llamas hipnotizado.

Retrocedí, pero Anna, que llevaba el cabello suelto y un pareo blanco muy fino que le daba el aspecto de un hada, me agarró de las manos y sonrió cariñosamente.

—Gracias por venir.

—No sabía que estaba invitada a la fiesta —respondí, desconfiada.

Anna me puso en la mano una cáscara de coco con bebida y declaró:

—¿Cómo no íbamos a invitarte? Se trata de tu fiesta de bienvenida a la isla.

Full moon party

La bebida era muy fuerte, pero no tenía nada que ver con el ron. Al ver mi mueca de repulsión, Anna introdujo en el cuenco unas rodajas de lima. Di un trago largo, y aunque el sabor no mejoró, al menos quedó un poco disimulado por el olor cítrico.

Esperé a que Anna se marchara mientras bebía a sorbitos de mi cáscara de coco. Pese a su máscara de amabilidad y al aspecto etéreo que le daba aquel pareo, yo no olvidaba su furia y la fría determinación que había leído en sus ojos esmeralda. Por algún motivo, sin embargo, seguía pegada a mí. Supuse que quería decirme algo y no sabía cómo empezar.

Para romper el hielo, dije lo primero que me pasó por la cabeza:

—Es muy bonito que celebréis la luna llena todos los meses. La playa está preciosa.

—Tú también lo estás con esa ropa —dijo señalando mi vestido de algodón gris, una de las piezas que Domen me había conseguido—. Esta Full Moon Party es especial, porque ahora somos uno más en la orilla.

—Espero que puedas perdonarme por lo de antes —continuó con una sonrisa nerviosa—. No he debido hablarte así.

—Tranquila, todos perdemos los estribos alguna vez.

—En eso te equivocas. Lo que me pasa a mí no le pasa a nadie más —dijo enigmática.

Me agarró del brazo para conducirme al lado del fuego. Domen bailaba solo cerca de allí en estado de trance. Tenía los ojos cerrados y los brazos levantados hacia el cielo como si quisiera tocar la luna. Me senté junto a Anna, que me sirvió otro trago de aquel brebaje y siguió hablando:

—Cuando era adolescente me peleé con una niña de mi escuela. Ella dijo algo horrible acerca de mi madre, y entonces... no sé qué me pasó. De repente me ofusqué y perdí el control. Al parecer hice mucho daño a aquella idiota, y me encerraron por un tiempo. Los médicos dijeron que tenía problemas para controlar la ira. Eso me sucedió otras veces, así que empecé a entrar y salir del psiquiátrico.

Los ojos verdes de Anna se habían oscurecido, mientras que los míos se abrieron como platos al escuchar su confesión.

—¿Recuerdas cómo llegaste hasta aquí? —pregunté, aprovechando aquel momento de sinceridad.

—Estaba internada en un centro nuevo, en la periferia de mi ciudad. Un equipo de loqueros me obligaba a hacer terapia de grupo y gilipolleces de esas. Una interna que estaba encerrada por pirómana la tomó conmigo. La pillé en mi cuarto con un mechero y le pegué muy fuerte. Después de eso no recuerdo nada más...

Pude leer en su rostro que aquella laguna en su memoria la tenía tan confundida como a mí.

Eric se acercó hasta nosotras con dos cocos repletos de aquella bebida infame. A fuerza de beber, el sabor empezaba a mejorar un poco.

—Déjala en paz, Anna —dijo, mientras me agarraba de la mano para sacarme a bailar—. Esto es una fiesta, no una merienda de chifladas.

Del rústico reproductor de casetes tronaba una pieza de reggae. Aunque aquella no era música para bailar en pareja, a Eric parecía darle igual. Puso una de sus manazas peludas sobre mi espalda y con la otra me agarró por la cintura. Acercó sus caderas a las mías y, aunque yo intenté apartarme, al final su fuerza se impuso.

—No muerdo, ¿sabes? —dijo, clavando sus ojos oscuros en los míos.

Su boca sonreía al hablar, pero sus ojos no. Eran duros como la piedra negra de las montañas de la isla. Llevaba un pareo corto azul oscuro. La tela era más gruesa que la de mi vestido y me rascaba un poco la piel.

Le dejé hacer, incómoda pero resuelta a llevarme bien con todo el mundo.

—¿Qué te parece la vida en la orilla? —preguntó después de danzar un rato junto al fuego.

—Más animada desde que os conozco, aunque aún me siento confundida —respondí mientras observaba cómo evolucionaba la fiesta.

Linda, con los pechos al descubierto y una falda de flores blancas, estaba intentando bailar con Domen. Él no le hacía caso y continuaba con sus pasos solitarios alrededor de la hoguera. Nelson y Anna saltaban por la arena y se empujaban como cachorrillos.

—Te acostumbrarás, créeme. Cuesta un poco al principio, pero aquí estamos más que bien. No te habrá hinchado la cabeza Domen con sus tonterías, ¿no?

Yo negué con la cabeza, sin saber a qué podía referirse. Con el rabillo del ojo observé que Linda se marchaba enfurruñada mientras Domen seguía enfrascado en su baile solitario. Descalzo y danzando a la luz de la luna, parecía un chamán. Eric me hizo girar de repente, con lo que dejé de verlo, y me habló al oído:

—¿Sabes? Me moría de ganas de que llegara alguien nuevo a la isla.

Su boca estaba demasiado cerca de mi cuello, y su mano bajó por mi espalda hasta rozar la base de mi columna. Empecé a sentirme incómoda por aquel gesto y por sus palabras, que me parecían poco naturales, como si las hubiera ensayado varias veces.

—A Anna ya la has conocido —continuó—. Es una psicópata impredecible y la isla le viene como anillo al dedo: no podría vivir como una persona normal en ningún otro sitio. En cuanto a Linda... Esa zorra no es de fiar. Se tiraría a cualquier bicho viviente que respire.

Al decir eso su mano volvió a reptar por mi espalda para posarse, esa vez sin confusión posible, en mi trasero.

Como un resorte me aparté de él y me escurrí de entre sus brazos. Mi

maniobra no le gustó nada y se quedó junto al fuego, vociferando cosas que no quise entender.

Nadie reparó en nuestro breve altercado. Los demás seguían bailando y Nelson apuraba los últimos restos de la garrafa.

Mareada, dirigí mis pasos vacilantes hacia el mar. Respiré hondo y me detuve unos instantes para contemplar la inmensa masa de agua plateada. Más allá de la orilla, la ilusión de placidez desaparecía y se abría paso una negrura que me provocaba escalofríos.

Entonces caí en la cuenta. Nunca me había bañado en aquel mar de noche. Volví la vista hacia la fiesta, donde todos estaban entretenidos bebiendo o bailando, y sin dudarle un momento me deshice del vestido y de la ropa interior, y me interné en el mar.

Al principio noté el agua helada, pero empecé a mover los pies y los brazos con brío hasta que me acostumbré a la temperatura. Nadé un rato, sintiéndome eufórica, en mitad del agua iluminada por aquella luna enorme.

Cuando no pude más, hice el muerto, flotando como si no hubiera nadie más que yo en el mundo. La música, las risas, el fuego... todo parecía quedar muy lejos. Al cabo de unos minutos, empecé a sentirme perdida en medio del mar y de la noche. Me había entrado frío, así que nadé con fuerza de vuelta a la playa.

Para mi desconcierto, al llegar a la orilla no encontré mi ropa donde la había dejado. Un rumor de vítores y risas me hicieron mirar en dirección a la hoguera, donde Linda agitaba mi vestido como si fuera una bandera.

Había caído en la trampa más vieja del mundo.

La brisa me erizó los pechos y me puso la carne de gallina. Temblando, evalué mis posibilidades. Podía regresar a la cueva sin volver a pasar por la fiesta. La ropa con la que había llegado a la isla estaba allí, limpia y seca gracias a la ayuda de Domen. O bien podía enfrentarme a ellos y dejarles claro que no temía nada y que, en adelante, debían tratarme como a una más. Quizá aquella broma pesada no fuera otra cosa que una prueba que debía superar si quería ser admitida en el grupo.

Resuelta, erguí los hombros y me dirigí a la fiesta con paso decidido.

El primero en percibirme fue Eric. Sus ojos, más oscuros que nunca, reseguían los contornos de mi cuerpo con lascivia. Me estremecí, mientras Linda le miraba con odio.

Tuve la tentación de cubrirme con las manos, pero me mantuve firme y seguí aproximándome. La brisa soplaba más fuerte y me alborotaba el cabello mojado. Yo trataba de contener los nervios que me producía presentarme ante ellos completamente desnuda, cuando Nelson y Anna se levantaron.

La pelirroja me sonrió con reconocimiento, o eso me pareció. Nelson silbó y me dirigió una mirada apreciativa. Domen fue el último en ponerse en pie. Había perdido aquella serenidad tan suya y me contemplaba intensamente con los labios entreabiertos.

Di los últimos pasos hacia el grupo, que me aguardaba con un silencio reverente, como si nunca antes hubieran visto un cuerpo desnudo. La música seguía sonando, lo cual no conseguía sino otorgar un aire aún más absurdo a la situación. Tomé aire y me aparté el cabello mojado de la cara. Luego les dediqué una sonrisa desafiante.

—¡Toma, vístete! —me gritó Linda, arrojándome la ropa a la cara y llevándose a Eric de la mano.

Anna y Nelson rieron sin dejar de escrutarme con fascinación. Por su parte, Domen permanecía muy quieto. Me miró hipnotizado mientras, sin prisas, yo introducía el vestido por mi cabeza y lo dejaba caer sobre mi cuerpo.

Fuego

Cuando acabé de vestirme, Domen seguía plantado en la arena, mirándome de hito en hito.

Sin nadie que lo vigilara, el fuego empezaba a apagarse y el casete hacía rato que había dejado de sonar. La escena que acababa de protagonizar junto a la hoguera me había provocado un estado de liberación y ligereza que todavía me duraba.

—Vámonos de aquí. La fiesta ha terminado —dijo Domen con un tono sombrío.

—Pero podríamos... —protesté mientras él ya echaba a andar hacia la cueva—. Domen, ¡espera! ¿A qué viene ahora tanta prisa?

—Es mejor que nos vayamos, Ona. Ha habido demasiado alcohol y, llegados a este punto, las cosas en la orilla suelen ponerse feas. Más después de que te hayas exhibido de esa manera... —me advirtió, clavando en mí sus enormes ojos verdes.

Me pareció detectar en ellos un destello de turbación.

—No he hecho nada que no hagáis vosotros a diario —protesté—. Y tampoco me quedaban muchas opciones... En fin, espero no haberte molestado.

—No hay nada de ti que me moleste —repuso él con una sonrisa traviesa—. Ha sido como un sueño verte así... bajo la luz de la luna.

Domen pronunció esas últimas palabras muy rápido, como si le quemaran. Luego continuó andando hacia la cueva. Apretaba tanto el paso que me costaba seguirlo.

Cuando faltaba poco para llegar se apiadó de mí y se detuvo a esperarme. La caminata me había permitido pensar; en ese momento sabía exactamente lo que quería pedirle.

—Tienes que cumplir tu promesa.

—¿Qué promesa?

—Lo que has dicho acerca de imitar los pasos de Abraham. Necesito saber más acerca de este lugar y, por lo que parece, solo él tenía respuestas. Debemos buscarle. Quiero internarme en el bosque y subir hasta Montaña Negra.

—¡No hablas en serio! —se sorprendió—. Y ese lugar ni siquiera se llama así, por cierto.

—Ahora sí —declaré decidida—. Hablo completamente en serio, Domen... Aunque tengas que vendarme los ojos al final.

—Está bien —aceptó después de un tenso silencio—. Nos prepararemos para hacer el viaje. La cima parece bastante inaccesible, y nos harán falta provisiones. ¿Cuándo quieres que vayamos?

—Cuanto antes.

Domen abrió mucho los ojos, sorprendido ante mi repentino cambio de actitud. Finalmente repuso con tono grave:

—Si vamos a hacerlo no hay tiempo que perder: salgamos mañana. Tendremos que partir de madrugada para evitar las horas de más calor.

Una vez en la cueva, dedicamos un buen rato a juntar provisiones, que repartimos en dos trozos de tela que nos servirían de hatillo. No podíamos llevar agua porque no disponíamos de recipientes adecuados para acarrearla, pero Domen me tranquilizó al respecto:

—He oído que la parte alta de la isla está llena de manantiales.

Trabajamos duro troceando pulpa de cocos y recolectando frutas y raíces. Domen lo hacía muy concentrado, en completo silencio. Yo tenía ganas de preguntarle mil cosas, pero intuí que era mejor dejarlo tranquilo.

Al terminar, la noche había avanzado mucho. Los párpados me pesaban, agotada por las emociones del día y por la perspectiva de aquel viaje temerario en busca de alguien que, muy probablemente, había muerto tiempo atrás.

—Durmamos un poco. Esta vez no vigilaré porque necesito estar fresco para poderte guiar mañana —me advirtió Domen.

Me acomodé sobre mi lecho de piel de oveja. Tenía frío y estaba segura de que, a pesar del cansancio, no iba a poder dormir un solo minuto.

Domen se entretuvo encendiendo un pequeño fuego a la entrada de la cueva. Lo hacía, según me explicó, para ahuyentar a las alimañas.

—Durará lo bastante como para que podamos descansar tranquilos un rato.

Al contemplar cómo sus manos elegantes escogían ramas y hojas secas, recordé su tacto y deseé que se acercara.

—¿Quieres acariciarme el pelo antes de dormir? —le pregunté, siguiendo un impulso que le pilló por sorpresa.

Domen levantó la vista de la hoguera y esbozó mi sonrisa favorita.

—Como deseas...

Se sacudió el polvo de la ropa y se aproximó a mi lecho.

—Entonces ¿tú no lo deseas? —le pregunté, coqueta, al sentir la primera caricia sobre mi cabello—. ¿Lo haces solo por hacerme un favor?

Se había tumbado junto a mí, al borde de la piel de oveja. Me puse de costado, apoyada sobre el codo, para facilitarle el acceso a mi melena. Podía notar el calor que desprendían sus mejillas y la respiración agitada de su pecho. La mía empezó a entrecortarse también.

—Ya sabes que me encanta —respondió con un suspiro.

Su pecho desnudo se hinchaba y se deshinchaba en un movimiento fluido y deliciosamente suave. Sentí ganas de tocarlo, pero me contuve. En su lugar, puse una mano cautelosa sobre su pelo. Era muy suave y me resbalaba entre los dedos.

—*Quid pro quo*, me lo enseñaron en clase de latín. Si tú me tocas yo también.

Domen cerró los ojos para recibir mis caricias. Cuando los abrió, sus labios besaron mi cuello y me quedé sin aliento. Luego fue a echarse sobre su jergón de tela y dijo:

—Será mejor que durmamos, o no podremos empezar la travesía.

Su voz reverberó en todos los rincones de la cueva, al igual que mi decepción.

Me levanté para quitarme la ropa de forma deliberadamente lenta. Lo hice junto al fuego para que Domen no se perdiera ni un detalle.

—Estás enfadada —dijo cuando me di la vuelta, completamente desnuda, para volver a la cama.

Lo estaba. Pero no quería explicarle el motivo, así que me encerré en un obstinado silencio.

—Ona —me llamó con voz queda.

—Ona, ven... —pidió con más apremio.

Me cubrí con el pareo que me servía de sábana y me acerqué hasta su lecho, sin entender qué quería de mí.

—Tumbate a mi lado —dijo, haciéndome sitio en su jergón.

Me tendí junto a él, completamente rígida. No quería su compasión. Era la primera vez que un chico me rechazaba, y no sabía a qué atenerme. Quería volver a mi cama. Me sentía tan estúpida que los ojos se me llenaron de lágrimas y tuve que cerrarlos para que Domen no se diera cuenta.

—Quiero dormir contigo, Ona —susurró.

Abrí los ojos y lo encontré, inclinado sobre mí, con aquellos ojos adorables que irradiaban amor y bondad. Su mirada bastó para hacerme recobrar la

confianza.

—¿Dormir? —pregunté confusa—. Entonces ¿por qué te has ido?

—Porque me da miedo. No estoy acostumbrado a que mis sueños se hagan realidad y temo que, si seguimos adelante, te desvanezcas de un momento a otro.

—No voy a desaparecer —susurré mientras le acariciaba la mejilla—. Mañana vamos juntos hasta esa... Montaña Negra o como se llame.

—Y por eso debemos dormir, para estar atentos y...

Interrumpí su discurso sensato con un beso apasionado e insensato. Sus labios me atraían como un imán. Domen me lo devolvió, primero con dulzura y después con más urgencia.

Le acaricié el cuello, luego el torso, y seguí bajando hasta que gimió. Apartándome las manos, se puso sobre mí. Pesaba un poco, pero me encantaba sentir la gravedad de su cuerpo sobre el mío.

Sus labios se unieron a los míos, y nuestras lenguas se exploraron con exquisita dulzura. Luego Domen se concentró en mi cuello y sentí que me hundía en un mar de deseo.

Siguió bajando hasta llegar a mis pechos erizados, que lamió y mordisqueó hasta hacerme gemir. Luego sus manos se internaron más al sur y con movimientos lentos, primero inseguros y poco a poco más certeros, empezó a tocarme.

Entretanto yo había vuelto a encontrar el camino hasta su sexo. Acompasé las caricias de mis manos con las de las suyas hasta que la cercanía del éxtasis nos hizo perder el mundo de vista.

Creo que grité, porque Domen me puso una mano sobre la boca. En cuanto mi respiración recobró la normalidad, la retiró y llevó sus dedos hacia mis labios para acariciarlos. Yo sonreí, vencida por la languidez, mientras él se dedicaba a repasar el contorno de mi boca una y otra vez.

Finalmente me besó con ternura y luego se acurrucó contra mi espalda.

Y así, estrechamente abrazados, nos dormimos.

Montaña negra

Aún no había amanecido cuando Domen me despertó con besos suaves en la frente y en los párpados. Yo soñaba que perseguía a mi mariposa amarilla y negra, y lo primero que pensé al notar las tenues caricias de sus labios fue que las alas de mi amiga me rozaban la piel.

Abrí los ojos y me encontré con los de mi Robinson, que me miraban radiantes. Sonreí perezosa. Frotó su nariz con la mía, como un esquimal, antes de murmurar:

—Despierta, dormilona.

—Todavía no, por favor... —protesté débilmente—. Es de noche.

—El camino es largo, y la ruta que tomaremos, peligrosa. Está llena de animales que pueden matar con solo tocarnos. Pensándolo bien, quizá este sea nuestro último día en la tierra, princesa —añadió muy serio.

—Esa excusa no te servirá para hacerme el amor antes de que emprendamos la marcha —dije, apartándole cariñosamente de un empujón.

Domen rió y se puso en pie, no sin antes depositar un último beso sobre mis labios.

Mientras recuperaba mi ropa, tirada alrededor de la piel de oveja, en mi interior se alumbró algo parecido a la felicidad. Era la primera vez que me sentía así

desde que había quedado varada en la orilla.

—Toma, ponte eso. Se lo pedí a Anna para ti.

Domen me lanzó unos pantalones cortos, una camiseta de tirantes y unas zapatillas de lona con cordones. La ropa me quedaba un poco grande, sobre todo el calzado, que parecían uno o dos números mayores. En cualquier caso, eran prendas mucho más adecuadas para un trekking que un pareo, o la minifalda y el top con los que había llegado a la isla.

El sol empezó a clarear tenuemente el horizonte cuando, cargados con nuestros hatillos, iniciamos la ascensión hasta la cima.

Antes de empezar la marcha, volví la mirada hacia el mar, que a aquella hora aún se mostraba oscuro y lleno de secretos. Recé por que justamente aquel no fuera el día en que un barco acudiera a rescatarnos.

El camino, tal y como me habían advertido, no era nada fácil. Empezamos bordeando el manantial y luego tomamos un empinado sendero lleno de zanjas. El terreno se elevaba de forma abrupta y estaba cubierto de una espesísima vegetación. El suelo era muy blando, con un barro cenagoso que se pegaba a los zapatos y convertía la marcha en una tortura.

Por si fuera poco, la estrecha senda estaba plagada de ortigas y otras plantas sumamente irritantes. Pronto mis piernas se cubrieron de una urticaria que me hizo aullar de dolor. Las ronchas rojas se empezaron a mezclar con los rasguños que me hacían los arbustos que, junto con las ortigas, se comían el sendero. Parecía que la naturaleza hubiera decidido poner todos los medios a su alcance para que ningún humano se aventurara hasta la cima de la montaña.

Torturada por los obstáculos y las penalidades del camino, no me acordé en ningún momento de mi terror al bosque. Solo más tarde, mucho después de llegar a la cima, me maravillaría de haber sido capaz de completar aquella difícil ascensión.

Llevábamos más de tres horas andando cuando me detuve en seco, completamente agotada. Estaba empapada en sudor y me escocían los pies por culpa de las zapatillas de Anna y lo accidentado del terreno. Mis piernas, llenas de

ampollas y pequeñas heridas, tenían un aspecto tan deplorable que preferí no mirarlas más.

—¿De verdad crees que un hombre de sesenta años pudo subir por aquí?
—pregunté sin resuello.

Una culebra que se deslizaba sobre mi pie interrumpió mi queja.

Domen seguía avanzando por delante de mí, abriendo el camino con la ayuda de un machete y un palo, y no se dio cuenta. Yo me tapé la boca para no gritar y me quedé quieta, como él me había dicho que hiciera si topaba con uno de aquellos reptiles.

Afortunadamente la serpiente pasó de largo, y yo corrí tras Domen, dispuesta a no quedarme atrás de nuevo.

Seguimos escalando el terreno, yo convertida en un apéndice de los talones de mi guía. Mientras él cortaba ramas y arbustos con el cuchillo, yo me agitaba nerviosa entre la maleza, esperando la aparición de un animal venenoso en cualquier momento.

Muerta de miedo, empecé a temer que pronto daríamos con los huesos de Abraham, pues me resultaba inconcebible que una persona mayor hubiera sobrevivido en aquel inhóspito entorno.

Al llegar a un claro en la pendiente selvática, Domen decidió que nos detuviéramos para descansar y beber. Había descubierto un manantial de agua fresca que brotaba directamente de las rocas negras.

Bebimos hasta saciar nuestra sed y comimos carne seca y fruta. Él me lavó las heridas de las piernas mientras me tomaba el pelo un buen rato.

—Eres una chica preciosa, pero de ciudad.

No tardamos en retomar el camino. Domen tenía miedo de que se hiciera de noche antes de alcanzar la cima, y yo sabía que si nos sentábamos demasiado rato no sería capaz de levantarme de nuevo.

Continuamos nuestra penosa marcha, él abriendo camino con pasos aún más cautelosos que antes, ya que decía que en aquella parte de la montaña era donde más habíamos de temer las picaduras venenosas.

Tras otra hora de lenta ascensión, el paisaje empezó a cambiar. Los espesos arbustos comenzaban a escasear, así como las ortigas y los escuálidos árboles con los que nos topábamos. El terreno cenagoso había desaparecido para convertirse, bajo nuestros pies, en una superficie abrupta y seca de piedra negra, como si un incendio la hubiese calcinado tiempo atrás. Parecía que hubiéramos llegado a otro planeta.

Al poco la senda se hizo tan pronunciada que Domen tuvo que darme la mano para que lograra escalar por ella. Ya solo nos separaban de la cima unos pocos metros.

Jadeando, exhaustos, alcanzamos el borde de la montaña. Sin soltar la mano de Domen, contemplé un paisaje para el que no estaba preparada.

La cima estaba hueca.

Montaña Negra era un volcán con un cráter enorme lleno de vegetación frondosa, de un verde más intenso que en ninguna otra parte de la isla. Desde donde estábamos, se podía oír el canto de los pájaros que piaban en los árboles. Eran tantos y emitían cantos tan diversos que nuestros oídos los percibían como una alocada cacofonía.

Una nube de colores se agitaba sobre la vegetación en el fondo del cráter. ¿Qué diablos era aquello? Aprensiva, agarré la mano de Domen un poco más fuerte. Miles de puntos aleteaban de un lado al otro sin chocar entre sí, en una danza armónica y etérea. Tardamos un rato en descubrir de lo que se trataba.

—¡Mariposas! —gritó Domen asombrado—. ¡Son mariposas!

Cada vez más pasmada, bajo aquella nube de flores voladoras distinguí una estructura de cristal.

—¿Has visto eso? —indiqué a Domen sin aliento—. Es un invernadero.

El hombre de las mariposas

Tras unos minutos de absoluta sorpresa, nos aventuramos a bajar al fondo del cráter. Domen lo miraba todo con estupefacción. Por su expresión deduje que, igual que yo, estaba muy sorprendido de que Montaña Negra fuera el cráter de un volcán.

Iniciamos el descenso con cautela, pues la pendiente era muy pronunciada. Los primeros metros eran los más peligrosos, pero pronto encontramos una estrecha vía en la pared de roca negra que serpenteaba en dirección al invernadero.

La lluvia de mariposas no cesaba. Grandes y pequeñas, de todos los colores imaginables, centenares de alas revoloteaban cerca de nuestros cabellos y de nuestras manos. Me pregunté a qué se debía aquel extraño fenómeno. ¿Por qué había tantas? ¿Habían llegado hasta allí atraídas por las flores? El cráter refulgía de arbustos y plantas con grandes y llamativas flores tropicales. Su perfume dulzón, unido al calor y a la humedad que se respiraba en aquel trozo desconocido de la isla, resultaba asfixiante.

Nos abrimos paso muy lentamente hacia el invernadero. Se trataba de una estructura rectangular de metal blanco y cristal, totalmente fuera de lugar en un entorno alejado de la civilización. Era muy espaciosa, y el techo, también de cristal, había sido construido a dos aguas.

La entrada de aquella estructura estaba coronada por una arcada; recordaba a un invernadero de jardín victoriano. Desde fuera, las paredes se veían tapizadas de hojas verdes y flores pegadas en los cristales empañados. ¿Qué hacía un

invernadero inglés en medio de un volcán en una isla perdida?

Domen empujó la puerta con cautela.

Nos recibió una vaharada de calor y humedad. En el interior había largas hileras de mesas repletas de exóticas plantas tropicales. Centenares de mariposas de colores y formas aún más llamativas que las que habíamos visto aleteaban libremente por todo el recinto.

Contuve un grito de emoción al ver a un anciano de barbas blancas y túnica amarilla.

Se dirigió hacia nosotros con total tranquilidad. Acarreaba ágilmente un cubo con una sustancia viscosa. Al llegar hasta nosotros, lo dejó en el suelo y nos dedicó una pequeña reverencia.

No lo dudé ni un segundo: acabábamos de encontrar a Abraham.

Escruté su rostro, bronceado y surcado de profundas arrugas. Me pareció que tenía más de setenta años, aunque sus ojos oscuros, rematados por unas cejas peludas y escépticas, eran tan vivos que me hicieron dudar.

—Bienvenidos a la granja de mariposas —dijo a modo de saludo.

Miré a Domen, que parecía tan desconcertado como yo.

—¿Granja de mariposas? No sabía que existía algo así... —acerté a responder.

—Aquí crío varias especies tropicales. Para hacerlo tengo que recrear su clima, que es más húmedo y cálido que el de la isla, y cultivar las flores de las que estos animales tan delicados suelen alimentarse. Más que un granjero soy un jardinero, de flores terrestres y aladas.

Por segunda vez desde que había llegado a la isla, me invadió una fuerte sensación de irrealidad, como si contemplara la escena desde arriba: el cráter, el invernadero, la voz profunda y monótona de aquel hombre describiendo con todo lujo de detalles las distintas especies de unas mariposas que no dejaban de rozarnos con sus alas...

—Allí están los huevos, por ahí las orugas, y en esa zona más apartada, las

crisálidas —continuó el viejo, ajeno a mi turbación, señalando unas ramas en las que, colgados, intuí los capullos.

—¿Sabíais que las mariposas son animales milenarios? Las nocturnas convivieron con los dinosaurios. Aunque yo aquí solo crío ejemplares diurnos. Son animales heliófilos, de ahí que los cristales sean imprescindibles.

—¿Qué significa «heliófilo»? —preguntó Domen, fascinado.

—Significa que necesitan la luz del sol para vivir.

El anciano siguió hablando un buen rato acerca de las costumbres de las mariposas, las flores que más les gustaban, las especies más delicadas y el jardín que rodeaba el invernadero.

Entre otras cosas aprendí que la *Heliconius erato* o *Cartero rojo*, una especie de *nymphalida* negra y roja con delicadas alas de forma ovalada, puede llegar a vivir varios meses. Ni Domen ni yo nos atrevimos a meter baza durante su charla. Al final la curiosidad impidió que siguiera mordiéndome la lengua.

—¿Y quién es usted? ¿Por qué está aquí?

—Creo que ya sabéis quién soy. —El viejo sonrió, dirigiéndose a Domen en lugar de a mí—. Y estoy aquí para ocuparme de las mariposas, aunque eso también lo habéis visto.

—Pero ¿de dónde saca los alimentos que necesita? —lo interrogó Domen—. Aquí dentro no hay más que flores, y debe de resultarle muy difícil salir del volcán para buscar provisiones.

—No hago nada de todo eso —respondió Abraham, sonriendo de nuevo.

Cada vez que lo hacía, sus arrugas se tornaban más profundas y sus ojos brillaban con intensidad. No era una sonrisa de abuelo bondadoso, sino el gesto de alguien que espera justo la clase de preguntas que Domen y yo le estábamos haciendo.

—Aquí no me hacen falta los alimentos —prosiguió—. Solo necesito un poco de agua para refrescarme de vez en cuando, eso es todo.

—¿Y no se muere de hambre? —pregunté incrédula.

Yo había leído la historia de un hombre que decía vivir del sol y del aire, así que me dije que habíamos topado con un iluminado.

Abraham rió, y la pequeña nube de mariposas que nos rodeaba se estremeció con la vibración de aquel sonido cristalino.

—En esta isla comer o no comer es opcional. Si decides hacerlo, perfecto. Si dejas de hacerlo, el estómago se cierra y no vuelves a tener hambre. Ya no tienes que preocuparte más por ello.

—No lo entiendo —objeté—. ¡Nadie puede vivir sin comer! ¿Está intentando decirnos que usted tiene algo así como superpoderes?

—Nada de eso... Soy tan normal como vosotros. Esta es una de las peculiaridades de la isla. También vosotros podríais dejar de comer y de beber, y no os pasaría nada.

Domen y yo nos miramos con los ojos abiertos como platos. Aunque lo que decía era absurdo, aquella era la oportunidad que tanto había esperado para saber más cosas de la isla. Había dicho «una de las peculiaridades».

—Si lo que dice es cierto... ¿en qué clase de sitio extraño estamos?

—Mañana lo sabréis. Ahora es demasiado tarde —respondió, mirando hacia el cielo.

—¿Tarde? ¡Pero si aún no es mediodía! —protesté, muerta de curiosidad.

—Eso es tarde. Sé lo que me digo, jovencita. Debéis esperar a mañana.

Abraham puso a continuación un brazo sobre mi hombro. Olía dulce, a néctar de flores o algo así. Con el otro agarró el antebrazo de Domen y nos empujó con suavidad hacia la puerta.

—Yo todavía tengo trabajo aquí. Estaré ocupado hasta bien tarde, toda la noche incluso, pero mientras tanto podéis usar mi tienda para descansar.

Para provocarle, le solté:

—¿Es que usted tampoco necesita dormir?

—En realidad no, ni vosotros tampoco, aunque no estáis acostumbrados —declaró antes de volver al invernadero—. Solo duermo de vez en cuando para evadirme de la isla.

Mañana habrá amor

Totalmente confundidos, deambulamos por el jardín tropical que rodeaba el invernadero hasta encontrar la tienda de Abraham. Era un moderno refugio circular de lona plateada que contrastaba con el paisaje verde y negro del cráter.

Nuestro asombro aumentó al retirar la tela que hacía las veces de puerta. Dentro se estaba sorprendentemente fresco. El espacio era mucho más amplio de lo que parecía desde el exterior, y estaba amueblado como una vivienda convencional.

En el centro había una mesa cuadrada con una jarra de agua, fruta y unos vasos de cristal. Alrededor había cuatro sillas de madera noble. Arrinconada contra una de las paredes de tela, me llamó la atención una sólida cama de color caoba con una mosquitera que caía desde arriba. A los pies del lecho había un escabel gris, y sobre la mesita de noche, varios libros y una lámpara de gas. En la pared contraria, una alfombra muy mullida con grandes cojines de colores invitaba al descanso.

¿De dónde había salido todo aquello? No eran muebles fabricados de forma precaria. Tenían un aire rústico, pero parecían acabados de comprar en una tienda. De ser así, ¿quién y cómo los había llevado hasta allí? ¿Las mismas personas que habían construido el invernadero? ¿Quizá Abraham?

Domen y yo nos miramos sin saber a qué atenernos.

—No le demos más vueltas —dijo, dejando caer una mano mientras se sentaba en el borde de la cama y se quitaba los zapatos.

Sin pensarlo dos veces, me tendí de un salto sobre el colchón. El contacto con las sábanas, que olían a limpio, y las almohadas deliciosamente blandas me hizo suspirar de alivio. Lancé los zapatos al suelo, y mis músculos se relajaron al instante.

Domen alcanzó uno de los libros de la mesita para hojearlo. Era *Papillon*.* Empecé a rebuscar en mis archivos mentales, porque estaba segura de haberlo leído hacía tiempo.

—Abraham es un tipo misterioso, ¿no crees? —comenté—. Pero ahora mismo no cambiaría esta cama por nada, da igual de dónde venga.

Entorné los ojos, abatida por el cansancio acumulado durante la travesía. Movido por la curiosidad, Domen se levantó para recorrer el interior de la tienda.

—¿Y a qué viene todo eso de que no necesitamos comer, beber o dormir? —continué—. No sé si hemos topado con la persona más sabia de esta isla o con un simple loco —añadí, bajando la voz.

No quería que Abraham nos oyera si andaba por allí cerca. Domen también empezó a hablar en susurros:

—A mí me intrigan las mariposas. ¿Por qué tendrá un criadero, o una granja, como dice él? No tiene ningún sentido.

—Nada lo tiene aquí... —Una idea inquietante cruzó entonces por mi mente—. ¿Tú crees en el destino, Domen?

—Solo creo en las cosas que puedo ver, oler, tocar y sentir.

—Para mí las casualidades no existen. ¿Y si estamos aquí por algo que hicimos en el pasado... o quizá por algo que dejamos de hacer?

—¿A qué te refieres?

—Los libros, por ejemplo. A mí antes me gustaba mucho leer. No solo leía novelas, sino que las resumía, hacía fichas y me aprendía fragmentos enteros. Luego, sin ningún motivo, dejé de hacerlo. De la noche a la mañana. Aparte de mi familia, ¿adivinas qué echo de menos desde que estoy en esta isla?

Domen me miró intensamente.

—Lo siento, me explico fatal —me disculpé, confusa.

—Te entiendo muy bien. Entonces tú crees que esta isla es una especie de... ¿castigo?

—No estoy segura de nada, y menos después de haber conocido al viejo. En cualquier caso, puede que mañana lo descubramos.

Permanecimos un buen rato en silencio, tumbados el uno junto al otro sin que nuestros cuerpos llegaran a tocarse. Yo notaba la electricidad que circulaba entre nosotros, como si mi piel tuviera voluntad propia y quisiera alcanzar la suya a toda costa. Entonces Domen habló:

—¿Por qué no me recitas alguno?

Lo miré extrañada, sin saber a qué se refería.

—De esos libros que dices que te aprendías de memoria cuando eras pequeña...

Rebusqué en los archivos de mi memoria unos segundos hasta dar con algo que valiera la pena.

—¿Conoces *El Mago*, de John Fowles? —le pregunté.

—Creo que no.

—Es una novela un poco rara sobre la vida de un joven, Nicholas. Él es profesor de inglés en Londres hasta que se traslada a una isla remota de Grecia para dar clases en un internado. Allí conoce a un personaje enigmático, Conchis, «el Mago», un millonario excéntrico que lo hace pasar por una serie de pruebas extrañas. Nicholas tiene muchas dudas porque no sabe si Conchis tiene poderes paranormales, si es solo un loco o si es un psiquiatra que está haciendo experimentos con él... Es una historia fascinante.

Me entusiasmé al recordarla. Había leído aquella novela iniciática con quince años. En la sinopsis de mi petulante ficha había escrito algo así como: «contiene todas las verdades esenciales de la vida». Debía de haber sido una de las últimas novelas que habían pasado por mis manos y quizá por eso la recordaba con tanta claridad.

—¿Tú qué prefieres beber, Domen? ¿El agua o la ola? —bromeé al recordar una de las frases de Conchis que más me intrigaba.

Domen meditó un rato su respuesta mientras sus ojos verdes se desviaban sin disimulo hacia mi seno derecho, que casi escapaba del escote de la camiseta.

—La ola me parece mucho más interesante, desde luego.

Sin molestarme en recolocar la prenda, empecé a recitar el primer fragmento que acudió a mi memoria:

Yo siempre había creído, y no solo por simple cinismo, que un hombre y una mujer pueden decir en los diez primeros minutos si quieren o no acostarse con el otro; y que el tiempo que transcurre a partir de esos diez minutos es un impuesto que solo vale la pena pagar si el artículo promete un verdadero disfrute, aunque el noventa por ciento de las veces resulta excesivo.

—*Crasametquinunquamamavit, quique amavitcrasamet* —concluí, repitiendo los versos con los que acababa la novela—. «Mañana habrá amor para el que nunca ha amado, y para el que ama habrá mañana amor» —traduje.

—Para, por favor —suplicó Domen.

—¿Por qué?—pregunté, consciente de la proximidad de su mano, que se había detenido a medio camino antes de alcanzar mi rostro.

Acercó sus labios a los míos y susurró:

—Porque necesito besarte.

El cráter

La suavidad de los labios de Domen volvió a tomarme por sorpresa. Su boca se aproximó a la mía con cautela, apenas rozándola, y aquel primer contacto fue suficiente para que mi cuerpo recuperara la memoria del día anterior y lo deseara con todas sus fuerzas.

Le devolví el beso y sus labios se acoplaron a los míos por segunda vez, ya sin asomo de dudas. Me envolvió una lánguida calidez. Lo abracé por la cintura mientras apretaba mi pecho contra el suyo. Él me apartó la melena de la cara con delicadeza y se quedó así, con la mano prendida en mis cabellos, mientras cubría de besos mi rostro y mi cuello. Cada poco se apartaba e, incrédulo, recorría con la vista mi cuerpo.

—Nunca me habían mirado tanto como tú.

Y era cierto. Ni siquiera Tomás, que me quería más que a su vida, me había contemplado de ese modo. Los ojos de Domen destilaban ternura y sorpresa, como si se sintiera la persona más afortunada de la tierra por tenerme entre sus brazos.

—No te creo. Nadie que te tenga así de cerca podría apartar su mirada de ti un solo segundo.

Sentí una oleada de amor recorrer mi cuerpo, no había otro modo de llamar a aquel sentimiento. Luego volví a perderme en un torrente de besos y caricias.

Mientras me dejaba llevar, imaginé que aquella cama era una barca, una nave

pequeña en la que los dos, piel con piel, tratábamos de escapar de la isla. Me mecí, pegada a su cuerpo, como si las olas fueran las causantes de nuestro dulce vaivén.

Besé el cuello de Domen, que seguía bajo mi cuerpo, hasta que tuve ganas de morderlo. Lo hice con suavidad, y él gimió. Me incorporé muy excitada.

—Quítate la camiseta —pidió él—, quiero verte.

Me la arranqué, dejando a la vista mi sujetador negro. Domen suspiró con los ojos entornados y se incorporó impetuosamente para abrazarme y besarme aún con más brío.

Desabrochó con habilidad el sujetador, y pude sentir como contenía la respiración al contemplar mis pechos desnudos. Su dedo índice se deslizó en vertical sobre mi escote. Acarició con lentitud el contorno del seno derecho mientras con la otra mano cubría el izquierdo. Suspiré cuando se detuvo sobre las areolas y los pezones, sobre los que trazó círculos pequeños antes de besarlos.

Yo tampoco podía dejar de tocarlo. El contacto de mi piel contra la suya me hacía estremecer, mientras nuestras bocas se perseguían cada vez con más ardor. Era como uno de esos días de mucho calor en los que te asalta una sed infinita. Domen era mi agua, pero la sed no cesaba.

Atacado por la misma fiebre que yo, me besaba la frente, los párpados, luego las mejillas, la punta de la nariz, la barbilla, el cuello. Continuó bajando hasta los pechos. Cuando empezó a mordisquearlos grité, y él se detuvo asustado.

—¡Lo siento! ¿Te he hecho daño?

Pero yo no había gritado de dolor y así se lo hice entender con un beso apremiante. ¿Qué me estaba pasando? No recordaba haber sentido nunca tanto deseo por nadie. Ni siquiera por Guim y desde luego no por Tomás. Con los ojos cerrados me abandoné a las caricias y a la boca de mi náufrago.

Durante un segundo de lucidez me preocupé por si Abraham aparecía por la tienda, pero me olvidé de todo cuando Domen empezó a introducir sus dedos por debajo de mis pantalones cortos.

Mientras me los bajaba, yo aproveché para desabrocharle las bermudas. No llevaba ropa interior, y un latigazo de deseo puro recorrió mi espina dorsal al contemplarlo por fin gloriosamente desnudo.

Abrazados, rodamos por el colchón. Domen quedó tendido sobre la cama, y mis manos y mis labios iniciaron algo que llevaba rato deseando regalarle. Aspiré el aroma de su cabello y de su piel, que olía a sal y a algo particularmente suyo que me costaba definir.

Borracha de deseo, le acaricié el ombligo con la punta de los dedos.

—Creo que nunca me he sentido así —confesé—. Es irónico que esto haya sucedido justo ahora, en esta isla. Ahora y aquí soy feliz.

—Eso es exactamente lo que quería. Si puedo hacerte feliz, aunque solo sea un poco, ya puedo morir.

—¿De verdad quieres morirme justo ahora?

Me senté sobre sus caderas.

Domen se alarmó al ver lo que sucedía entre sus piernas y se incorporó para tumbarme boca arriba.

Muy lentamente abrió mis muslos y se detuvo un instante. Cerré los ojos. Me mordí el labio para no gritar cuando al fin lo sentí dentro de mí. Nuevas oleadas de goce me arrastraron en nuestra mullida balsa. Las olas y el viento nos mecieron hacia adelante, cada vez más lejos, hasta que por fin perdimos de vista la tierra.

La tela de la tienda se agitó cuando los dos nos abandonamos por fin, sumergidos en una corriente de placer azul y oscura como el mar que rodeaba la isla.

Al cesar aquel terremoto de sensaciones, entre las grietas de mi pensamiento se coló dulcemente un fragmento de Jack Kerouac que había memorizado en otro tiempo y —entonces podía decirlo— en otra vida:

Las únicas personas que existen para mí son las que están locas por vivir, por hablar, por ser salvadas, deseosas de todo al mismo tiempo, las que nunca bostezan o dicen un lugar común, sino que arden y arden y arden, fabulosos candelabros dorados que explotan como arañas a través de las estrellas.

El lago interior

Desperté de madrugada abrazada a Domen, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Al abrir los ojos, él ya estaba despierto. Me sonrió levemente, pero se incorporó enseguida, inquieto al oír unas pisadas fuera de la tienda.

Di un respingo al descubrir una sombra vertical proyectada sobre la tela plateada. El sol naciente recortaba la silueta de un hombre que, de pie, esperaba junto a la entrada.

Me cubrí con la sábana, y Domen corrió a ponerse los pantalones y preguntó:

—¿Eres tú, Abraham?

—¿Quién si no? He venido a buscaros: ha llegado la hora.

—¿La hora de qué? —pregunté yo con mi proverbial habilidad para plantear cuestiones obvias.

—La de descubrir la verdad sobre esta isla —respondió Abraham desde el otro lado—. ¿No es a eso a lo que habéis venido?

Me vestí a toda prisa, volví a ponerme las zapatillas de lona y salimos de la tienda. Abraham llevaba la misma chilaba amarilla y sonreía con una mezcla de serenidad y picardía. En la mano derecha sostenía un grueso cayado de madera.

—¿Es que vas a conducirnos a la tierra prometida?

Domen rió conmigo, pero el viejo nos dedicó una mirada tan seria e imperturbable que me arrepentí de haber bromeado.

Sin decir nada más, echó a andar delante de nosotros con grandes zancadas. Algo en su porte fiero y sabio me hizo pensar en Gandalf, de *El Señor de los Anillos*. Dejamos atrás la vertiente del cráter por la que habíamos bajado y empezamos a ascender con cuidado por la pared opuesta.

Caminamos muy atentos para que nuestros pies no tropezaran, bajo riesgo de caer pendiente abajo. Yo estaba nerviosa y expectante ante aquello que el hombre de las mariposas quería mostrarnos. Domen permanecía meditabundo.

Ayudado por el cayado, Abraham subía tan ágilmente que empecé a dudar de que fuera tan anciano. Al verlo sortear hábilmente los obstáculos del sendero recordé lo que me había contado Nelson: tal vez en la isla las personas no envejecían.

A medio camino de la cresta del cráter, llegamos a un gran saliente de piedra rojiza. Nuestro guía se detuvo ante lo que parecía una gruta. En efecto, el viejo guió nuestros pasos hacia la estrecha boca de una caverna.

Abraham, que no había hablado en todo el camino, entró en la gruta sin más. Domen me agarró de la mano y, agachados, seguimos al viejo con cautela. La cueva se iba ensanchando a cada paso.

Para nuestro asombro, el túnel natural desembocaba en una bóveda altísima de dimensiones extraordinarias. Era como una catedral excavada caprichosamente en la roca por aguas subterráneas a lo largo de milenios. Desde la gigantesca cavidad central partían pasadizos que serpenteaban en todas direcciones. Una tenue luz verdosa daba a la caverna un aire irreal y fantasmagórico.

—¿De dónde sale esa luz?

El eco hizo reverberar mis palabras en unas paredes que brillaban como la piel de un gigantesco reptil.

—No estoy seguro —explicó Abraham—, pero creo que procede de unos insectos que se esconden en las grietas de las piedras. O tal vez la luz del sol se filtre de algún modo entre las paredes porosas y provoque este efecto.

Admiramos la amplitud de la cueva hasta que nos dolió el cuello de tanto

levantar la cabeza para alcanzar con la vista la altura del techo, del que colgaban estalactitas finas como espaguetis.

Luego Abraham nos condujo por uno de los pasadizos. En su interior había menos fluorescencia, pero se podía apreciar la rampa ascendente del camino. El túnel giraba caprichosamente hacia uno u otro lado, siempre subiendo, y se iba estrechando de manera que las paredes estaban cada vez más cerca de nosotros.

A medida que nos adentrábamos en el corazón de la montaña, empecé a sentir las familiares punzadas del miedo. Domen me apretó la mano con fuerza, adivinando mi ansiedad.

Por fin escapamos del laberinto y llegamos a otra gran estancia natural. No pude reprimir una exclamación de alivio ante la claridad de la gruta. Era una nave enorme, iluminada por el sol gracias a un agujero que se abría en el techo. Su bóveda circular me hizo pensar en el Panteón de Roma, que había visitado en un viaje escolar años atrás.

Abajo, en medio de la caverna, había un lago de aguas profundas y oscuras. Me pareció intuir que, después de todo lo que habíamos subido, aquella cueva debía de encontrarse justo bajo una cresta del cráter.

—¡Es asombroso!— dije a Abraham totalmente admirada.

—Y ahora viene lo mejor: cada mañana, durante unos minutos, la luz del sol cae directamente sobre este lago.

—Debe de ser muy bonito.

Fascinada, imaginé el efecto evanescente de los rayos al reflejarse sobre el agua.

—Más que bonito resulta revelador... Porque cuando eso sucede, quien mira dentro del lago puede ver quién es en realidad. Y ya no falta nada para que llegue el momento justo.

Abraham escrutó el techo, como si valorara los cambios que se producían en la luz. Luego sus cejas se curvaron, acompañando una sonrisa enigmática, y preguntó:

—¿Os atrevéis a saber?

—Pues claro que sí —respondió Domen—. Las damas primero...

Por su expresión divertida adiviné que no creía una sola palabra de lo que acababa de contarnos el viejo.

Apenas faltaba nada, según Abraham, para que el haz solar penetrara en las aguas serenas del lago. Aun así, la espera se me hizo eterna.

Domen se apartó del lago para examinar una curiosa formación de estalactitas que parecían soldados de otro mundo.

Luego todo sucedió muy rápido.

Siguiendo las instrucciones de Abraham, esperé hasta que la luz se filtró verticalmente a través del orificio de la bóveda. El haz solar cayó como un fogonazo y encendió el lago interior como si alguien hubiera apretado un interruptor.

Maravillada, me incliné ante la explosión de claridad fantasmal que parecía surgir del fondo del agua.

La imagen que aparecía en la superficie me devolvió a una chica pecosa con una camiseta demasiado grande y la melena rizada encrespada por la humedad. El agua espesa se rizó un momento y entonces, bajo aquel primer reflejo, apareció algo más.

Me costó admitir lo que estaba viendo. Cuando finalmente lo hice, un sollozo surgió de lo más profundo de mi pecho, rebotando contra las paredes de la cueva y multiplicándose por todo el espacio. Mis lágrimas cayeron, cálidas y saladas, y se mezclaron con el agua del lago.

—¡Dios mío! —exclamé.

SEGUNDA PARTE

El otro lado

La luz del fluorescente parpadea tres, cuatro veces. Después emite un débil zumbido y, tras una corta agonía eléctrica, se apaga. Tomás enciende la lamparilla auxiliar junto a la cama y luego aprieta el botón rojo para llamar a una enfermera. Desde la ventana sin cortinas de la habitación puede ver como empiezan a iluminarse las ventanas de los edificios cercanos.

Pronto se hará de noche.

Acerca una silla, la misma en la que ha pasado largas horas dormitando desde hace una semana, hasta la cama donde reposa Ona. Se la ve tan serena que a Tomás le parece que vaya a despertar de un momento a otro. Todavía no puede creerse el diagnóstico de los médicos: coma de tercer grado. Acaricia su mejilla con el dorso de la mano y murmura su nombre una y otra vez. En alguna parte ha leído que no hay nada tan poderoso como pronunciar el nombre de una persona para hacerla reaccionar. Como si fuera un conjuro, sigue repitiéndolo a intervalos regulares hasta que la enfermera entra en la habitación con pasos rápidos y eficaces.

—¿Ocurre algo? —pregunta con el tono amable y distante que usa el personal médico para tratar con los familiares de los pacientes.

—La luz se ha fundido.

—Ahora mismo llamaré a mantenimiento, aunque es posible que no venga nadie hasta mañana.

Tomás calcula que debe de tener unos treinta y cinco años, pero las arrugas que nacen en las comisuras de su boca y alrededor de sus párpados atestiguan que ha visto demasiadas cosas tristes. Mientras habla lanza una mirada fugaz a la cama de al lado. Está separada de la de Ona por unas poco discretas cortinas de color verde. Sobre ella descansa un chico joven. Es moreno y lleva el cabello un poco largo, aunque no llega a tocar sus hombros.

La enfermera trata de disimular un suspiro de cansancio, se alisa la bata y echa un vistazo a las gráficas de los dos pacientes. Luego comprueba los goteros del suero.

—Volveré en dos horas para cambiar las botellas —anuncia antes de marcharse con los mismos pasos eficientes.

Tomás se alegra de estar de nuevo a solas con Ona. A veces incluso se siente incómodo por la presencia del paciente de al lado, aunque esté tan dormido como su amor. Ha intentado que les asignen una habitación individual, pero los recursos en el hospital público donde se encuentran son limitados. Los padres de ella tampoco quieren oír hablar de trasladarla a una clínica privada, pues confían ciegamente en los médicos que llevan su caso.

Él intenta hacerse a la idea de que, en realidad, están solos. Recoloca las sábanas con cuidado y sostiene la cabeza de Ona para acomodarle la almohada como le han enseñado a hacer. La melena rizada de ella le hace unas agradables cosquillas en la mano.

Vuelve a sentarse y saca de su funda gris un pequeño ordenador portátil. Es el netbook de Ona. Se lo ha pedido prestado a los padres de ella con una excusa poco creíble que, a pesar de todo, no ha despertado sus sospechas. Tomás los ha visto en el hospital o en su piso casi todos los días desde el accidente.

Enciende el portátil, introduce la contraseña —ROBINSON—, que no le ha costado casi nada deducir, y abre el archivo. El documento se llama como ella: eso fue lo primero que le impulsó a abrirlo hace dos días. Apenas leyó las primeras líneas se dio cuenta de que era su diario, iniciado tres meses antes de la fatídica noche en que recibió la llamada del padre de Ona.

«Ha pasado algo, Tomás. Tienes que venir al hospital.»

Con esas dos simples frases su vida se ha vuelto del revés. Tomás está tan desesperado que haría cualquier cosa, lo que fuera, por despertarla. Incluso leer su

diario.

Y por eso está con ella esta noche. Se lo va a leer en voz alta con la esperanza de que al oírle recitando sus propias palabras, sus pensamientos y sus deseos más íntimos, Ona despierte. No pierde nada por intentarlo. Las enfermeras le han dicho que los pacientes que regresan de un coma a menudo pueden recordar lo que se ha dicho a su alrededor mientras en apariencia dormían. Si eso sucede alguna vez, Tomás quiere estar seguro de que sea su voz la que ella recuerde.

Se aclara la garganta y empieza a leer justo donde dejó el relato la noche anterior.

4 de abril

He vuelto a hacerlo. ¿Cómo explicar esta compulsión, la necesidad de arruinar una tarde perfecta, de convertir en tedio lo que a otras chicas les parecería el paraíso, que me posee una y otra y otra vez? No entiendo cómo él es capaz de perdonarme, de dónde saca la paciencia y la buena voluntad para olvidar mis ofensas —terribles las de esta tarde— y pasar página como si nada hubiera ocurrido. No lo merezco. Quizá tarde en hacerlo, pero algún día se dará cuenta.

Al principio me ha parecido que todo iba a ir bien. Tomás ha llegado temprano para recogerme. Tengo que reconocer que cuando ha sonado el timbre, veinte minutos antes de la hora convenida, me he molestado. Es que siempre hace lo mismo... ¡Ni siquiera había empezado a arreglarme! Pero cuando lo he visto llegar con ese enorme ramo de rosas me he olvidado de mi enfado.

—¿Y esto por qué? —ha preguntado mi madre sin darme tiempo a mí de abrir la boca.

—Por nada. Y por todo. No necesito motivos para regalarle flores a la princesa de mis sueños —ha contestado él sonriendo.

Mi madre le ha devuelto la sonrisa y ha corrido a la cocina a buscarle un refresco. A veces no entiendo lo que le pasa con Tomás. Ni en sueños permitiría que nadie le hablara con esa ligereza. Una vez me enfadé mucho y le grité que, si tanto le gustaba, se lo quedara para ella.

El caso es que yo también me he ablandado con las flores y he salido de casa cogida de su brazo y dispuesta a pasar una estupenda tarde de domingo. Cine y cena, el plan universal

de las parejas estables de cualquier edad. ¿Qué más se puede pedir? Ojalá lo supiera...

Mientras Tomás compraba las entradas para una película en la que yo ni me habría fijado, he empezado a sentirlo de nuevo. Primero una leve opresión en el pecho. Luego una especie de inquietud que no puedo explicar, como si me hubiera olvidado de algo importante y no consiguiera recordar qué. He pasado toda la película, de la que no puedo hablar porque no recuerdo ni un fotograma, sumida en esa extraña inquietud. Me movía tanto en la butaca que Tomás me ha preguntado dos veces si necesitaba ir al baño. Al final he ido y me he pasado allí veinte minutos, contándolos uno tras otro en mi reloj porque no se me ocurría nada mejor para intentar tranquilizarme.

Hemos salido del cine, y él estaba tan entusiasmado... Comentaba la fotografía de la peli, lo maravillosamente bien que había actuado el protagonista, y yo... Yo he empezado a ponerme de mal humor. Le he contestado con evasivas y he cortado todos sus intentos de conversación. Necesitaba estar en silencio. Necesitaba huir de allí, echar a correr, gritar. Necesitaba... ¡qué sé yo! Ojalá fuera capaz de ponerlo en palabras.

La cena y todo lo que ha venido después ha sido un auténtico desastre. Me he esforzado al máximo por boicotear una tras otra todas las ideas de Tomás para que tuviéramos una noche agradable. Y, por supuesto, lo he conseguido. He odiado el restaurante que él había elegido con tanto mimo. He odiado los modales amanerados del camarero. He rechazado el vino porque me ha parecido ácido. Tras dejar intacta la ensalada, porque estaba demasiado aceitosa, me he sumido en un silencio furioso el resto de la noche. Ni siquiera he fingido que me interesaban las amables preguntas que Tomás me iba haciendo de vez en cuando para romper mi gélida muralla.

Él buscaba todo tipo de excusas para mi comportamiento, como si mis niñerías fueran lo más normal del mundo, y su actitud contemporizadora todavía me ha enfadado más. Por un momento he deseado que se levantara de la mesa y me montara una buena escena. Quizá si hiciera algo así me sería más fácil respetarlo.

Al final nos hemos saltado el postre y le he pedido que me llevara directa a casa. No me apetecía pasar por el pub para tomar la última y así se lo he hecho saber de malos modos.

En cuanto ha parado el coche frente a mi portal, he huido dando un portazo y sin dedicarle ni una mirada.

Y aquí estoy, dos horas después de nuestra cita desastrosa, sintiéndome como un trapo usado. Le escribo mensajes a su móvil para que me perdone, le agradezco que siga conmigo a pesar de que me comporto como una persona horrible la mayor parte del tiempo. Por supuesto,

él no ha tardado ni dos minutos en excusarme, dice que me quiere «tal y como soy». Y, claro, eso aún me hace sentir peor.

¿Por qué no puedo ser como los demás? ¿Por qué busco algo que ni siquiera sé nombrar? ¿Por qué no puedo limitarme a disfrutar del amor de Tomás, a quererlo como él me quiere a mí, a hacerlo tan feliz como se merece?

De camino a casa, en el coche, he estado a punto de sincerarme y rogarle que deje de perder el tiempo conmigo. Sospecho que lo que me pasa es que soy incapaz de demostrarle mi amor porque ni siquiera puedo quererme a mí misma.

Mi madre me llama, debe de haber visto luz bajo la puerta. Mañana, más experiencias patéticas de Ona, la peor novia de la historia...

El fluorescente se enciende de repente y Tomás levanta la vista de la pantalla, aturdido por la luz. Cuando sus ojos se acostumbran a la claridad, le parece observar algo distinto en la expresión de Ona.

Se acerca a su cama y lo ve. Una lágrima, una sola, ha brotado de su ojo derecho y surca su mejilla como una barquita voluntariosa en medio de una tormenta.

—¡Está llorando! —grita Tomás, agarrando la mano de Ona, mientras aprieta con insistencia el botón de llamada a las enfermeras—. ¡Está llorando! —repite incrédulo mientras la besa en los dedos, la frente y los labios.

El limbo

Me enjuagué las lágrimas sin comprender del todo lo que estaba viendo en el fondo del lago. Me temblaban las rodillas, la mandíbula y las manos, y mi corazón estaba desbocado. La luz que entraba desde lo alto de la bóveda cambió de posición en un momento, y las aguas se sumieron nuevamente en la oscuridad.

—¡No! ¿Por qué se ha apagado? —grité, impotente.

Abraham señaló la abertura de la bóveda y me dirigió una mirada triste.

—Apenas dura unos minutos cada vez.

—Pero... ¿qué ha sido lo que he visto? —pregunté llena de miedo y confusión.

—Tu reflejo en el otro lado, Ona. Esta caverna tiene mucho que ver con la que describió Platón en su alegoría.

—¿Qué tiene que ver la filosofía con esto?

—El prisionero de la caverna de Platón se enfrenta a la luz del sol después de años de contemplar sombras proyectadas en una pared de la cueva. Esas sombras son todo lo que conoce y, para él, son la realidad. Pero al volver la vista hacia el fuego y, más tarde, al salir de la caverna, por fin comprende la realidad del mundo tal y como es y deja de vivir en la ignorancia. Igual que tú al mirar en el fondo de este lago...

—¡Esa no puede ser la realidad! —negué con terquedad—. ¿Cómo es posible?

—Simplemente lo es. La primera vez siempre supone un golpe duro.

—Entonces ¿quieres decir que estoy casi muerta... en el otro lado?
—pregunté con voz ahogada.

—Todavía no. Estás en coma.

Abraham se acercó a mí con cautela, como temiendo que me lanzara a las aguas oscuras del lago de un momento a otro. Domen avanzó hacia nosotros, alarmado, pero el anciano lo detuvo con un movimiento severo de la mano. Continuó hablando en voz baja, como si no quisiera que él nos oyera.

—Esta isla es un lugar de paso para los que nos encontramos entre dos mundos. Y esta parte del lago es una especie de ventana hacia el mundo exterior. La descubrí hace algunos años por casualidad, aunque cada vez creo menos en las casualidades.

—Entonces... ¿significa que nunca podré salir de la isla?

—Niña, no creas que tengo todas las respuestas. —Abraham puso una mano sobre mi hombro—. Podrías abandonar la isla si murieras o si consiguieras despertar del coma. Pero eso nadie lo sabe con certeza.

Me asaltó el pánico, las mismas punzadas en el pecho que había notado antes en el pasadizo estrecho, solo que esa vez eran mucho más fuertes. Mi respiración se hizo irregular y sentí un hormiguelo en las puntas de los dedos de las manos, como si se me estuvieran durmiendo.

Instintivamente me di la vuelta y eché a correr hacia el túnel por el que habíamos llegado.

Necesitaba salir de aquella caverna cuanto antes o iba a ahogarme. Aunque eso no tenía sentido, porque, de hecho, ya estaba casi muerta... ¿O no? Aquella idea me mareó aún más, pero seguí adelante con los ojos anegados de lágrimas.

Domen me agarró con fuerza por la cintura, y su abrazo detuvo mi loca carrera.

—¿Adónde vas? ¿Qué demonios has visto?

—Ahora no puedo, Domen. Ni siquiera sé lo que he visto —intenté explicar sin resuello.

Cada vez me costaba más respirar. Tras librarme de sus brazos, me interné en el túnel.

Luchaba por perder de vista aquel lugar que había revelado mi destino maldito. Ni siquiera el peligro de las culebras y de los insectos letales en el camino de vuelta iba a detenerme. Sobre todo cuando ya sabía que nada que hiciera tenía importancia.

Con lágrimas en los ojos, entendí de golpe por qué era indiferente comer o dormir en aquel lugar. Me hallaba presa en un limbo a medio camino entre la vida y la muerte.

—Por lo menos deja que te acompañe hasta la salida de la caverna —me rogó Domen—. No quiero que camines sola por estos pasadizos... Si confundes el camino, no volverás a ver la luz del sol.

Agarrada de la mano de Domen, emprendí el regreso temblando de la cabeza a los pies. Enseguida agradecí que hubiera insistido en acompañarme, puesto que mi ansiedad estalló entre las paredes que serpenteaban en las entrañas del volcán.

Estuve a punto de abandonar en dos ocasiones, pero Domen me hizo caminar con los ojos cerrados y me sujetó con fuerza del hombro. Muerta de miedo, me reconforté pensando que, pasara lo que pasara en adelante, no podría estar peor.

Fuera de aquel limbo irreal de mar, arena y piedra volcánica, ya estaba prácticamente muerta.

Di grandes bocanadas de aire cuando llegué arrastrándome a la gigantesca caverna que nos había mostrado Abraham. Apenas presté atención a las paredes que un rato antes me habían maravillado por su monumentalidad. Solo podía pensar en Tomás, y las lágrimas volvían a mis ojos una y otra vez, nublándome la vista y dificultándome cada paso.

Me moría de vergüenza al imaginar su cara cuando el diario empezara a narrar los detalles de mis infidelidades con Guim y los demás. ¿Cómo se tomaría esa nueva humillación?

Esbocé una sonrisa triste al imaginar que lo más seguro era que también me

la perdonara. Su carácter conformista y pacífico, que tanto fascinaba a mis padres y a nuestros conocidos, siempre me había enfurecido. Tomás solía decir que me quería con todos mis defectos, pero a mí su falta de sangre me daba ganas de zarandearlo hasta provocarle un cortocircuito.

Mientras atravesábamos los tortuosos pasadizos subterráneos, recordé la vez en que, harta de no poder corresponderle como él merecía, había intentado dejarle. Él se puso muy serio —tanto, que me asusté— y me espetó que, si lo abandonaba, se suicidaría. Y yo no tuve ninguna duda que lo que me decía era cierto.

Fuera como fuese, verlo en aquella fría habitación de hospital, pegado a mi cama intentando despertarme a toda costa, me había conmovido hasta lo más profundo.

Y esa vez él había podido ver mis lágrimas al otro lado. ¡Era todo tan raro!

Salí de la gruta mareada. El sol de primera hora de la mañana me cegó. Domen se quedó junto a mí, en silencio, hasta que me serené.

Insistió en acompañarme de regreso hasta nuestra cueva, pero en ese punto me mostré inflexible. Necesitaba estar sola para asimilar lo que acababa de descubrir. Y él era el siguiente prisionero de la caverna: tenía que salir de las sombras cuanto antes.

Me besó en la frente y, desconsolada, lo vi desaparecer en la negrura de la cueva para ir en busca de Abraham.

Llevaba un rato bordeando el cráter para encontrar el camino de regreso, cuando me detuve ante un manantial. Bebí y me lavé la cara y las manos con el líquido fresco. Recordé nuevamente las palabras de Abraham acerca de que comer y beber eran algo opcional en aquella isla. Tenía lógica, aunque me costaba hacerme a la idea de que en cualquier momento podía dejar de aplacar mi sed.

Una mariposa de alas pequeñas y anaranjadas revoloteó cerca de la fuente. Ensimismada en su vuelo alegre, recapacité sobre lo que había revelado el viejo. No había escapatoria física de la isla. No podíamos construir un bote y simplemente marcharnos. Nunca vendría nadie a rescatarnos como yo había esperado desde el

primer día.

La única manera de salir de allí era morir en el otro lado o... regresar a la vida.

Pero... ¿cómo había sucedido? ¿De qué manera había entrado en aquel estado de semiinconsciencia? Como fogonazos, empezaron a aflorar a mi memoria retazos sueltos de la noche de mi fiesta de cumpleaños.

Recordé que yo había insistido en que entráramos en la discoteca, donde Guim me había contado que un tipo pasaba unas pastillas nuevas que muy poca gente había probado y que te llevaban «al séptimo cielo». Visualicé cómo sostenía dos píldoras de color rosa en una mano y un botellín de agua en la otra. Las había introducido en su boca para luego, con un beso profundo, pasarme una con su lengua.

Debía de haber sucedido algo entonces. Un mal viaje por culpa de la droga, una caída fatal, un accidente de coche... Por más que me esforzaba, no podía recordar nada más.

Coroné la cresta donde empezaba el camino descendiente hasta nuestra cueva en la orilla. Arrastré los pies pendiente abajo, sin que mi mente lograra encontrar la solución a aquel rompecabezas.

Me asfixiaba la idea de estar atrapada en una isla inexistente para siempre. Solo de pensarlo me entraba claustrofobia. Aunque... Poco a poco una nueva idea se abrió paso en mi mente. ¿Y si después de todo la isla no era más que una prueba? Ya había tenido alguna intuición al respecto, y en ese momento ese palpito cobraba todo su sentido.

Hasta entonces yo había vivido una existencia superficial y vacía. Había hecho daño a las personas que más me querían en el mundo mientras buscaba algo que me llenara, aunque ni siquiera sabía qué era lo que tanto anhelaba. Era una inadaptada, alguien incapaz de disfrutar de las cosas de las que todos disfrutaban, un espíritu inquieto, siempre deseando algo nuevo y excitante. La hierba siempre se ve más verde al otro lado de la valla, o así me lo parecía a mí.

¿Y si la isla era un campo de pruebas donde los naufragos tenían que demostrar algo para regresar a su vida de antes? Si eso era cierto, no debía de estar ganando puntos para mi supuesta salvación.

Un escalofrío recorrió entonces mi espina dorsal. ¿De verdad quería volver a mi vida de antes? ¿A mis ataques de pánico constantes, a la sensación de no estar a gusto en ningún lado, a mi eterno sentimiento de culpa por estar hiriendo a Tomás por más que me esforzara en no hacerlo?

Estaba tan absorta en mis pensamientos que cuando llegué a la cueva me sorprendí. Había completado el camino de regreso yo sola, sin perderme y sin dudar ni una vez. No me había detenido ni un minuto para preocuparme por los bichos ni por las plantas, a pesar de que, hostiles, habían vuelto a herirme las piernas.

Bebí un poco de agua —la fuerza de la costumbre— y me eché sobre la cama.

Antes de dormirme, agotada por el camino de bajada y por el exceso de adrenalina, pensé que en el fondo había sido una suerte para mí haber ido a parar a aquella isla. En su orilla me sentía libre, en paz, y más feliz de lo que había sido nunca antes.

Descubrí que estaba pensando como Linda. Abrí un momento los ojos, luchando contra el sopor, y me prometí olvidar para siempre lo que había visto aquella mañana en el fondo del lago. Me entregaría a mi nueva vida en libertad sin ninguna reserva, y no volvería jamás a aquel maldito cráter.

Antes de que me venciera el sueño me pregunté, con cierto desasosiego, si Domen pensaría como yo tras experimentar su propia visión del otro lado.

Hogar

Desperté con el cuerpo entumecido y una sensación de opresión en el pecho. Abrí un ojo y sonreí al ver el cabello desordenado de Domen apoyado sobre mi estómago. Los rayos de sol que entraban a raudales por la abertura de la cueva anunciaban que la mañana estaba ya muy avanzada.

Había dormido hasta tarde, y él debía de haber regresado poco después del alba. Estaba tan agotada que ni siquiera lo había oído llegar.

Me moví sin querer y se despertó. Observé el espectáculo de sus ojos color hiedra al abrirse por primera vez a la luz del día. Sus largas pestañas aletearon un momento y luego... allí estaba. Aquella mirada dulce y líquida que contenía todo mi mundo.

Lo besé impulsivamente, deseando capturar aquel momento para siempre.

—Buenos días, princesa de las olas —me saludó, apoyando la cabeza sobre mi pecho.

—Buenos días, Robinson —respondí, besándole la punta de la nariz—. ¿Cuándo has vuelto?

—En cuanto he visto lo que tenía que ver en el fondo del lago —respondió sombrío.

—¿Y qué has visto?

Me incorporé en el jergón. Domen me tomó de la mano para describirme una escena muy parecida a la que yo había visto. Él también estaba en coma, confirmando así lo que nos había contado Abraham. Se debatía entre la vida y la muerte en la cama de algún hospital, en cualquier lugar del otro lado.

Nos quedamos en silencio. Yo le acariciaba el cabello sin encontrar las palabras para consolarlo. Al final habló él.

—¿Sabes? Mientras regresaba a la cueva y luego, cuando he llegado y te he visto dormida, he empezado a pensar que quizá sea una bendición haber aterrizado en este lugar inexistente, después de todo.

—¿Qué quieres decir? —susurré, deseando que hubiera llegado a la misma conclusión que yo.

—Ha sido un shock verme medio muerto en ese hospital. Pero luego he pensado que para vivir según en qué lugar es mejor no vivir. Prefiero existir de cualquier otra manera, aquí, en este limbo.

Me sentí tan aliviada al oír sus palabras que lo abracé con fuerza. Domen pegó su boca a mi oído para decirme:

—Por cierto, estás preciosa cuando duermes, ¿lo sabías?

Nos besamos, y sentí crecer su excitación con la mía. Hicimos el amor medio vestidos, con la urgencia de dos náufragos que se aferran el uno al otro como si hubieran encontrado su tabla de salvación.

Al acabar nos quedamos abrazados, acariciándonos indolentemente mientras el aire fresco del interior de la cueva nos secaba el sudor.

En aquel momento de felicidad perfecta, Domen me acariciaba el pelo y tarareaba una melodía que yo no conocía. Con mi cabeza apoyada sobre su pecho podía oír su voz vibrando en el interior de su caja torácica. Me imaginé el aire entrando y saliendo de sus pulmones, la tensión de las cuerdas vocales, la garganta que se abría para dejar escapar el sonido. También el latido de su corazón.

Por un momento pensé que lo que habíamos visto en la caverna no era cierto. No podía haber más vida, ni otra Ona y Domen que los que estaban en aquel momento y lugar.

Suspiré, y él dejó de cantar para robarme un beso dulce y lento.

—Por favor, no pares.

Domen acercó de nuevo sus labios a los míos. No me cansaba nunca de besarlo.

—No voy a quejarme por esto —bromeé encantada—, pero me refería a la canción. Es una melodía preciosa, por favor, no dejes de cantarla.

Me tendí a su lado, entrelacé una de mis piernas con las suyas y volví a apoyar la cabeza sobre su pecho. Me gustaba oírlo así.

Come with me my love

To the sea, the sea of love

I want to tell you

How much I love you

Do you remember when we met

That's the day I knew you were my pet

I want to tell you

*How much I love you**

Me dije que podría pasar la vida entera oyendo a Domen cantar aquella balada tan sencilla y tan bella.

Al final el hambre y la sed nos vencieron —nuevamente la fuerza de la costumbre—, y tuvimos que vestirnos para salir a recolectar fruta. Todavía teníamos algo de pescado seco. Con eso y unas verduras organizamos un festín.

Domen se ocupó de encender el fuego para cocinar los vegetales y yo corté la fruta y la dispuse en grandes hojas planas. Trabajamos un rato en silencio, y me sorprendió comprobar lo agradable que era aquella intimidad doméstica. Sentí que nos conocíamos de toda la vida. Quizá se debiera a que en aquel lugar se vivía con más intensidad, reflexioné mientras disfrutaba de la visión de Domen concentrado en el fuego.

—¿Y qué haremos a partir de ahora?

—Haremos lo que queramos —repuso Domen echando un tronco seco a la hoguera—. ¿Tú qué deseas?

—Me conformaría con que siguiéramos así para siempre: pescar, buscar frutos, dormir aunque no lo necesitemos, beber para refrescarnos, bañarnos en el mar...

—Hacer el amor cuando nos venga en gana —añadió él atrayéndome hacia sí—. Incluso podríamos tener un bebé.

Me sonrojé al darme cuenta de que aquello ni se me había pasado por la cabeza, aunque lo cierto era que habíamos tentado a la suerte todo el tiempo.

—¿Quieres... quieres tener hijos? —pregunté con timidez.

Hasta el momento nunca había pensado seriamente en ello. Era joven y tenía toda la vida por delante. Pero en la isla las cosas eran diferentes.

—Podríamos trasladarnos al cráter —propuso él—. Allí el clima es mejor y todo crece con facilidad. Viviríamos allí como una familia y llevaríamos una vida sencilla, cerca de Abraham. Es un viejo extravagante, pero me gusta.

—A mí también me gusta, aunque no sé si habría preferido no ir en su busca...

—Somos la pareja más afortunada que pueda imaginarse. Vivimos en una isla donde el dolor y la enfermedad no existen. No tenemos que trabajar ni cumplir con obligaciones estúpidas, como hace el resto de la gente. Ni siquiera envejecemos...

—Seremos entonces como Peter Pan y los Niños Perdidos —añadí riendo—, nunca creceremos.

—¡Exacto! Podemos ser niños para siempre.

Tras un rato de silencio, mientras él removía las verduras con un palo de madera, le pregunté:

—¿Fuiste un niño feliz, Domen? Me dijiste que no recuerdas casi nada de tu

pasado, pero me gustaría saberlo, imaginar cómo eras de pequeño.

—Fui muy feliz... al menos hasta los siete años. Mi madre me crió sola, pero nunca eché de menos a un padre. Ella era de Liubliana, pero cuando yo era un bebé nos fuimos a vivir a los Alpes eslovenos. Aquello era el paraíso, rodeado de naturaleza, espacios abiertos, aire puro, animales...

Las verduras estaban listas, y nos sentamos alrededor del fuego para compartir la comida. Nos servimos mutuamente y luego Domen siguió contándome su historia:

—Todo se torció cuando ella se enamoró de mi padrastro. Él era viajante, y tuvimos que mudarnos a otro país, a una gran ciudad donde estaban las oficinas de su trabajo. Ahí empezaron los problemas. Mi madre y él peleaban constantemente. Ella no se adaptaba al cambio de casa, de idioma, de cultura. Y él siempre estaba de viaje. Yo agradecía que se fuera, porque cuando regresaba siempre encontraba algún motivo para montar en cólera. Se ponía a gritarnos y a romper cosas por cualquier motivo. Me sentía fatal... Yo estaba convencido de que todo aquello sucedía por mi culpa. Intentaba portarme bien, pero... Ya sabes, era un niño.

Le pasé el brazo por el hombro. Domen parecía trastornado, como si aquellos recuerdos siguieran muy vivos en su memoria.

—En cuanto me hice un poco mayor, empecé a escaparme de casa —siguió—. Quería ganar dinero para salir de aquel agujero y volver a la montaña. ¿Y tú qué? —preguntó de repente, dejando claro que no le apetecía seguir hablando de su infancia—. ¿Eras feliz en casa?

—Me da vergüenza decirlo después de lo que me acabas de contar... pero supongo que sí, fui una cría feliz. Un poco consentida, supongo.

—Creía que no te llevabas bien con tus padres.

—Eso fue después, cuando empecé a salir con chicos.

—Me dijiste que tenías novio en el otro lado... —añadió con una expresión indescifrable.

—Conocí a Tomás cuando yo tenía quince años. Él tenía diecinueve y ya trabajaba en la fábrica de helados de su familia. Nos conocimos una noche, muy tarde, una de las primeras veces que iba a la discoteca con mis amigas. Volví sola,

caminando de noche, cuando un tipo salió de un portal y me agarró del cuello. Luego empezó a sobarme. Yo estaba tan muerta de miedo que me quedé paralizada, como un animalillo delante de los faros de un coche —recordé con angustia—. Entonces apareció Tomás. Se abalanzó como una bestia sobre el tipo, que sin duda me habría violado en aquel mismo portal. Al recibir el primer puñetazo huyó corriendo como un cobarde.

Tomé conciencia de lo doloroso que me resultaba hablar del pasado. Había sido difícil, y el miedo y la ansiedad que había vivido regresaban a mí, atenuados, mientras hablaba.

—Fue entonces cuando empecé a tener ataques de pánico. Pasé algunas semanas recluida en casa sin atreverme a salir. Tomás se portó muy bien... Venía a visitarme, me hacía regalos y me entretenía todo el tiempo. Cuando cumplí los dieciséis, me pidió salir. Al principio le dije que no, porque lo consideraba sobre todo un amigo, pero rogó y suplicó hasta que le concedí una cita. Desde entonces...

Interrumpí mi relato al escuchar un grito desgarrador.

Domen y yo nos levantamos de golpe, muy alarmados. El alboroto procedía de la playa. Todo parecía indicar que alguien se estaba peleando allí abajo, en la orilla.

Aire

25 de abril

Hoy mamá me ha propuesto que visite a un psicólogo. Dice que está preocupada porque desde hace meses me comporto como si fuera otra persona. La he tranquilizado y le he dicho que ya se me pasará, que estoy así por los exámenes. Espero que me haya creído.

Ni yo misma entiendo lo que me sucede, solo sé que a veces me siento como una prisionera en todas partes, como si el mundo, mi propio cuerpo, fuera una cárcel de la que no puedo escapar. Me siento así durante las clases interminables, en los parterres que rodean el instituto, donde me escapo con la panda para fumar a la hora del recreo. También en casa, con Tomás... De repente me falta el aire, me ahogo y sé que algo no va bien. No sé explicarlo mejor, pero me niego a que un desconocido hurgue en mis pensamientos y trate de hacerme coincidir con un patrón. A lo mejor todo es más sencillo de lo que parece, como dice papá, y lo único que pasa es que me hago mayor. Aunque si esto es madurar, la verdad, menuda porquería.

26 de abril

Lo he decidido. Será mañana. Tomás tiene una cena con unos clientes de su padre, y yo le he dicho que saldré a tomar algo con un par de amigas. Se lo he explicado hace un rato por teléfono para ahorrarme su cara de ~~cordero degollado~~ pena al enterarse de que, por una vez, voy a salir sin él.

Me ha rogado que tenga cuidado, no sería él si no me hiciera una advertencia así... Y voy a hacerle caso: voy a tener cuidado de... ¡divertirme todo lo que pueda! ;-)

28 de abril

¡Uau, no siento los pies! Creo que no había bailado tanto en toda mi vida. Me duele el estómago de tanto reírme, y también los párpados, porque son las ocho de la mañana y todavía no me he metido en la cama. Lo malo es que estoy tan excitada que me va a ser imposible acostarme en un buen rato. Espero que mamá no me obligue a sacar a Callie cuando se levante.

Esta noche he aprendido un montón de cosas. La primera y la más importante: las discotecas gays son los sitios más divertidos del mundo. Tengo que reconocer que, cuando he entrado sola en Air, al principio me he sentido fuera de lugar. Había decidido ir allí porque decían que la música era muy buena, y el ambiente, tranquilo. Como lo que yo quería era bailar sin que nadie me molestara, me ha parecido el sitio ideal.

Pero cuando he llegado había muy poca gente, la música era un rollo y el local me ha parecido como cualquier otra discoteca. Me he ido derecha a la barra y he pedido una copa para quitarme los nervios. Poco a poco la cosa se ha empezado a animar. El DJ ha puesto un par de temas de Franz Ferdinand y me he lanzado a la pista a bailar. He cerrado los ojos y me he olvidado de todo excepto de la música. Por primera vez en muchos días me he sentido libre y feliz. Estaba eufórica cuando han pinchado «Every Day I Love You Less and Less», de Kaiser Chiefs. ¡Era increíble que pincharan a dos de mis bandas preferidas seguidas!

La pista se ha empezado a llenar, y un grupo de chicos con mucha pluma se me ha acercado. Eran muy majos y me han invitado a una copa. Enseguida hemos congeniado, y me ha parecido que les gustaba que fuera tan joven y que hubiera ido allí solo a bailar. Hemos hablado mucho rato de música. Ellos ya iban un poco «contentos», y a mí la segunda copa ha empezado a hacerme efecto. Nos ha entrado la risa tonta y nos hemos puesto a pedirle al DJ temas antiguos de Madonna y a bailar en plan locazas, como decían ellos. ¡No recuerdo haberme divertido tanto nunca!

Me han presentado a mucha gente y he hablado con un montón de desconocidos. Ha sido genial.

Luego me he puesto muy pesada con que me llevaran al cuarto oscuro. Quería ver con mis propios ojos si eran ciertas todas esas historias morbosas que se cuentan. Primero no me han hecho mucho caso, pero después de una copa más, Robert, el más simpático de todos, me

ha agarrado de la mano y me ha llevado hasta allí.

Lo de oscuro no es una manera de hablar, he podido comprobarlo. Se trata de una especie de pasillo con unas columnas en medio que sirven de escondite a las parejas. Me imagino que eran parejas, porque realmente no se veía un pimiento. Solo había una luz muy débil al inicio y otra a la salida. Robert me ha dicho al oído que muchos hombres entran solos y esperan a que alguien aparezca y les proponga rollo.

Yo le he preguntado en voz baja cómo se hacía y me ha puesto contra la pared y me ha besado. «Así», ha dicho mientras metía las manos por debajo de mi camiseta. Me he quedado de piedra. «Creía que no te gustaban las chicas», le he dicho sin aliento. «Eres una monada de niña y a mí me va todo», ha explicado.

Esto ha sido lo último que nos hemos dicho, porque a partir de ahí todo ha sucedido muy rápido. No sé si ha sido por la oscuridad, por el alcohol o porque Robert olía divinamente, pero el caso es que le he besado, y él ha seguido explorando por debajo de mi ropa hasta que me ha puesto a cien. Luego ha sacado algo del bolsillo y lo ha rasgado. Era un preservativo. Se lo ha puesto en dos segundos y hemos acabado haciendo el amor... ¡contra una columna!

Esto me recuerda que debo poner una contraseña para proteger este diario. Si mi madre leyera que me he entregado a un perfecto desconocido en un cuarto oscuro me llevaría derecha al loquero.

Ha sido... ¡Buf! No tengo palabras para describirlo. Robert me ha sacado de allí cuando hemos terminado y, aunque todos querían seguir la juerga, yo he preferido marcharme a casa caminando. He tardado dos horas y todavía me siento algo así como borracha, aunque creo que no es precisamente por el alcohol.

Ha sido salvaje, excitante, increíblemente peligroso y... me ha encantado.

Lo que me lleva a preguntarme: ¿¿¿qué diablos me está pasando???

Tomás cierra de golpe el portátil de Ona, espantado por lo que acaba de leer. Enseguida se abre la puerta de la habitación y entra un tipo desaliñado. Es un chico joven, con una parka de algodón gris, incongruente con el calor de finales de julio.

El recién llegado saluda a Tomás con un leve ademán y se queda mirando al

paciente de la cama de al lado con expresión desconcertada. Se acerca a él con pasos cortos, como si no acabara de decidirse, y finalmente se sienta a su lado en una silla de plástico.

Tomás decide entablar conversación. Es la primera vez que ve una visita del compañero de habitación de Ona. Una conversación casual quizá lo distraiga del terrible descubrimiento que acaba de hacer en el diario de su novia.

Guarda el ordenador en su funda, pensando que lo mejor sería devolverlo a sus suegros, y hace al desconocido un par de preguntas para romper el hielo.

—No somos parientes —explica el visitante—. Es solo mi compañero de piso, pero no tiene a nadie más aquí. La poca familia que le queda vive fuera del país, y ni siquiera sé cómo localizarla...

Tomás observa al paciente, su rostro moreno de frente noble, pómulos marcados, cejas altas. Parece el perfil de una escultura griega, tan joven, sin embargo.

—¿A qué se dedicaba? ¿Era estudiante?

Acaba de pronunciar esas dos frases cuando se da cuenta de que ha utilizado el pasado, y se arrepiente, pero el chico de la parka no parece haber acusado su falta de tacto.

—¿Este? —responde riendo—. Los libros no eran lo suyo. Llevaba tiempo metido en líos y últimamente le había dado por robar coches. Tuvo mala suerte, y un madero lo pilló intentando abrir el suyo. Le descerrajó un tiro en la cabeza, y desde entonces está así.

Tomás se queda sin habla. Decide que, al día siguiente, insistirá a los padres de Ona para que la trasladen de una vez a una clínica privada. Solo le faltaba estar rodeada de delincuentes comunes, piensa. Y a saber a qué dedica su tiempo el compañero de piso del robacoches.

Furioso, abre la funda del netbook, se lo pone sobre el regazo y vuelve a escribir la contraseña.

Montaña desolada

Domen y yo corrimos hacia la orilla cargados de malos presentimientos. Al llegar a la playa, descubrimos que se había desatado una guerra entre los habitantes de la isla.

Anna lloraba mientras limpiaba las heridas de la cara de Nelson. Unos pasos más allá, al borde del agua, Eric gritaba y gesticulaba, contenido a duras penas por Linda. Tenía las manos y los brazos cubiertos de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Domen al llegar a la altura del grupo.

Todos se pusieron a gritar a la vez. Distinguí varias veces las palabras «Abraham» y «barca», mientras Eric amenazaba desde la distancia a Nelson, alzando el puño hacia él. Anna se echó a llorar de nuevo.

—Eric ha ido a buscar al viejo —explicó Linda entre sollozos—. Le advertí de que no lo hiciera, que eso no nos traería nada bueno, pero él insistió.

—Si vosotros dos no hubierais ido a husmear por el cráter, yo no tendría que haber ido en vuestra busca —nos reprochó él escupiendo las palabras.

Linda le ignoró y siguió:

—Ese viejo loco le ha dicho que hemos aterrizado en esta isla porque estamos medio muertos al otro lado. También le ha advertido de que está a punto de llegar una barca a la orilla. Y solo uno de nosotros podrá escapar de aquí en ella.

—¿Quieres decir que...? —pregunté con los ojos como platos.

—Quien suba a la barca volverá a la vida en el otro lado —me cortó Linda.

A partir de aquí fue ya imposible contenerlos. Eric se puso en pie y trató de agarrar a Nelson, que dio un cauteloso paso hacia atrás.

—¡Maldito cobarde! Eso, vete a refugiarte con tu novia. ¡Ella tiene mil veces más agallas que tú! —le espetó el gigante mientras amenazaba al aire con su puño cerrado.

Nelson respondió a la provocación y, sacando pecho, avanzó hacia Eric con dos zancadas largas. A duras penas pudimos contenerlos entre Domen, las dos chicas y yo.

Finalmente Anna, que tenía el pareo manchado de sangre por las heridas de Nelson, se echó a llorar. Eso pareció calmar los ánimos de todos un tanto. Nelson la abrazó, protector, y al cabo de un rato Linda propuso que votásemos.

—Decidamos quién es menos necesario aquí en la isla.

Hubo un breve intento de seguir su iniciativa, pero Nelson se opuso con firmeza.

—¡Ni hablar! Vosotros siempre andáis diciendo que esto es el paraíso. Pues bien, quedaos con él. Yo voy a volver a casa, ¡mi hermano me necesita!

Linda no pudo contener a Eric por más tiempo, y este volvió a lanzarse como un ariete sobre Nelson. Rodaban y se golpeaban con tanta furia que temí que acabaran por matarse a puñetazos.

Tuvimos que forcejear un buen rato hasta que al fin pudimos separarlos. Le pedimos a Anna que se llevara a Nelson de allí hasta que la situación se calmara un poco. Tras mucho rogarle, al final lo consiguió, y ambos se alejaron agarrados estrechamente por la cintura.

Domen y yo nos miramos muy preocupados. Habíamos conseguido aplacar los ánimos por el momento, pero ¿durante cuánto tiempo?

Eric, con la nariz aplastada y sangrante, seguía lanzando maldiciones y juramentos.

—Tenemos que volver al cráter —me dijo Domen entre susurros mientras nos alejábamos en dirección a los árboles.

—¿Ahora? —pregunté extrañada—. ¿Para qué?

—Le diré a Abraham que queremos quedarnos a vivir allí arriba. Y de paso nos enteraremos de si todo eso que dicen de la barca es cierto.

Dudé un momento. Me temía que los demás encontrarían cualquier excusa para volver a pelearse. Pero tampoco podíamos pasarnos la vida vigilándolos.

Recogimos unas pocas provisiones de la cueva y nos pusimos de nuevo en camino hacia Montaña Negra. Me pareció que la senda era todavía más larga esa vez, las cuestas más escarpadas, las espinas de las plantas más puntiagudas. Aunque quizá fuera simplemente que estaba agotada, pues habíamos andado y desandado el mismo camino tres veces en dos días.

Hicimos el último tramo de la ascensión arrastrándonos a cuatro patas; estábamos tan cansados que nos resultaba muy difícil mantenernos en pie sin caernos. Un viento ardiente y salino nos azotaba a cada paso.

Una vez en lo alto del cráter, Domen me agarró de la mano y tiró de mí con fuerza.

El espectáculo que contemplamos desde allí arriba nos heló la sangre.

La vegetación que apenas un par de días antes nos había sorprendido por su frondosidad se había secado por completo. No quedaba ni una flor y todas las hojas se habían puesto de color marrón ceniciento. Las puertas del invernadero estaban abiertas de par en par, y soplaba un viento seco y desagradable que nada tenía que ver con el aire húmedo y fragante que recordábamos.

Un olor acre a tierra quemada y metal oxidado infestaba el ambiente del erial en que se había convertido el vergel del paraíso.

—¿Te has dado cuenta, Ona? —dijo Domen conmovido mientras me apretaba la mano—. Las mariposas se han ido.

Alas azules

Descendimos en silencio por el mismo sendero que dos días antes nos había llevado hasta el invernadero. Habíamos abandonado la orilla a todo correr y no nos habíamos concedido un solo segundo de pausa, deseosos de llegar cuanto antes al cráter para pedirle respuestas a Abraham. Sin embargo, nada más poner un pie en la cima, nuestros movimientos se ralentizaron como si nos halláramos en un planeta hostil.

Las puertas del invernadero, que se abrían y cerraban al compás de aquel viento insano, nos atraían como un imán. La grava crujía bajo nuestros pies, mientras aquel sonido chirriante rebotaba contra las paredes de roca negra.

¿Cómo era posible que un oasis de vegetación y color se hubiera transformado en un paraje muerto de un día para el otro? Me dije que por fuerza Abraham tendría una explicación para aquel extraño fenómeno.

Domen empujó la puerta y entró delante de mí.

Tras unos instantes paralizado, empezó a gritar horrorizado, y corrí tras sus pasos. Intentó detenerme sin éxito.

Entonces lo vi.

En mitad del pasillo central, junto a un cubo de metal vacío, yacía el cuerpo sin vida de Abraham. Su rostro se había congelado para siempre en una expresión de sorpresa no exenta de cierta alegría, como si en el último momento la idea de

abandonar al fin este mundo le hubiera parecido una broma.

Su cabeza descansaba sobre un enorme y viscoso charco de sangre.

Aunque su aspecto no ofrecía ninguna duda, Domen le tomó la mano a la altura de la muñeca.

—Es inútil, está muerto. —Mi voz sonó fuera de lugar, como el graznido antipático de un pájaro que rasga el silencio.

Era la primera vez que veía a una persona muerta y, a pesar de la sangre, para mi asombro no sentí ninguna aprensión. La piel de Abraham había adquirido un tono gris amarillento, y sus pupilas, fijas en algún punto del cielo, se veían más oscuras que nunca. Lo que había hecho de él la persona a la que habíamos conocido había abandonado ya su cuerpo, dejándolo atrás como un cascarón vacío.

Me agaché y le cerré los párpados helados con cuidado, mientras decía en voz baja:

—Tendremos que enterrarlo.

Domen me miró muy confundido, como si no alcanzara a comprender mis palabras. Luego se irguió con lentitud. Parecía muy cansado.

—¿Qué crees que ha pasado?

Me di cuenta de que los dos susurrábamos, como si Abraham todavía pudiera oírnos.

Nuestras miradas se encontraron y supe que él también lo sospechaba. Había sido Eric. Lo recordé cubierto de sangre junto a la orilla. Las heridas en la cara de Nelson no eran lo bastante graves para explicar su aspecto. Debía de haberse vuelto completamente loco al descubrir la verdad sobre la isla, al saber que había una única posibilidad de escapar.

Me estremecí al pensar en sus ojos enloquecidos y tuve miedo por nosotros. Pero se estaba haciendo de noche, y no podíamos quedarnos en el invernadero.

Dejé a Domen junto a Abraham y me dirigí a su tienda para buscar una tela con la que envolver el cuerpo.

En un baúl de madera encontré unas cortinas gruesas con el dobladillo a medio coser y me las llevé. Con ellas envolvimos el cadáver y luego lo transportamos entre los dos hasta su cama. Era sorprendentemente ligero.

Encendimos la lamparilla de gas y nos preparamos para pasar la noche en vela junto a los restos de Abraham.

El silencio en el valle era sobrecogedor. Eché de menos las mariposas, el festival de colores delicados de sus alas y su compañía discreta. No teníamos hambre, pero Domen preparó un pequeño refrigerio con algunas frutas que encontró sobre la mesa.

Salimos de la tienda para comer, porque nos pareció lo más decoroso, y tras mordisquear con desgana unos pedazos de mango nos quedamos abrazados mucho rato.

Con la nariz enterrada en el pecho de Domen, al fin me abandoné y fui capaz de llorar. Era horrible que Abraham hubiera muerto de aquel modo tan violento. Y era horrible que la isla fuera capaz de embrutecer a sus pobladores hasta aquel punto.

Domen lloraba conmigo en silencio. Pude sentir sus lágrimas calientes rodando sobre mis dedos. Me aferré a su espalda mientras él me acariciaba el pelo y la nuca, tratando de contener mis sollozos.

No había sentido tanta desesperación desde mi primer día en la isla. Parecía haber pasado una eternidad desde entonces.

Poco a poco nos fuimos serenando. Lo besé en las mejillas y en los labios, y me sentí más cerca de él que nunca. Luego nos cogimos de la mano y volvimos con Abraham para acompañarlo en su última noche en la tierra. O en el limbo. O en el infierno. O donde fuera que nos encontráramos.

La tienda olía a flores y a libros. Mientras Domen colocaba un par de sillas al lado de la cama de Abraham, yo me entretuve hojeando unos cuantos volúmenes de la estantería. Elegí un libro sobre mariposas ilustrado con grabados de estilo antiguo. El viejo debía de haberlo utilizado mucho, porque las tapas y algunas hojas se veían muy usadas.

Me senté junto a la cama con mi hallazgo y empecé a curiosear entre las páginas. Me gustaba permanecer cerca de Abraham con un objeto que le había

pertenecido y que seguramente había apreciado.

Al topar con la ilustración de una mariposa de color azul de alas perfectas me detuve. El borde de la página estaba doblado hacia dentro. «Morpho Azul», leí al principio del capítulo. ¿Sería la mariposa favorita de Abraham?

Se trataba de una variedad que, según el libro, suele vivir en los bosques. Al parecer pasa la mayor parte de su vida en el suelo recolectando alimento, excepto cuando busca compañero. Entonces despliega sus espectaculares alas y puede verse revoloteando en zonas más elevadas. Según el tratado, su vuelo es algo errático, por lo que es una mariposa fácil de atrapar.

Abraham había subrayado algunos párrafos referentes a la alimentación de la Morpho. Lo recordé acarreado cubos de un líquido dulce y viscoso, y sonreí débilmente.

Pasamos así la noche, a ratos leyendo en voz alta fragmentos del libro de las mariposas, a ratos compartiendo el silencio con Abraham.

Fue una velada extraña, triste y llena de presagios.

Al amanecer llevamos el cuerpo al lugar que habíamos escogido para enterrarlo.

Domen encontró una pala en el invernadero y con ella cavó un hoyo profundo junto a uno de los pocos árboles del valle, justo detrás de la tienda donde Abraham había pasado los últimos años de su vida.

El peor momento fue cuando empezamos a echar tierra sobre el cadáver. Era absurdo, pero aún me costaba aceptar el hecho de que no íbamos a volver a verlo nunca. Con cada palada de tierra se me encogía el corazón. Lloré todo el tiempo hasta que el hoyo quedó completamente cubierto.

Domen me pidió entonces ayuda para acarrear una piedras grandes que lo sellaran. Luego desapareció, y yo me quedé sola frente a la tumba, sintiéndome más vacía y apenada que nunca.

—¿Qué es eso? —pregunté intrigada al verle regresar con lo que parecía una guitarra pequeña.

—Es un ukelele —explicó, tañendo las cuerdas para afinarlas—. Estaba en la tienda. El otro día le pregunté a Abraham de dónde lo había sacado. Me contó que le gustaba su sonido y que algunas noches lo tocaba para entretenerse.

Tragué saliva al evocar aquellos momentos de soledad de Abraham con su pequeña guitarra.

Al poco Domen empezó a entonar una canción. Era tan triste que me hizo llorar otra vez, pero curiosamente también me sentí confortada al escucharla.

Por la blanda arena

que lame el mar

su pequeña huella

no vuelve más.

Un sendero solo

de pena y silencio llegó

hasta el agua profunda.

Un sendero solo

de penas mudas llegó

hasta la espuma.

Sabe Dios qué angustia

te acompañó

qué dolores viejos

calló tu voz.

Para recostarte

arrullada en el canto

de las caracolas marinas

la canción que canta

en el fondo oscuro del mar

*la caracola.**

Acompañada del delicado sonido del ukelele, la voz de Domen retumbó en el fondo del cráter y se elevó hacia el cielo.

Mientras seguía cantando, observé maravillada que una mariposa, una sola, aparecía de la nada y revoloteaba sobre nuestras cabezas. Volando en diagonal, como a trompicones, se posó sobre la tumba recién sellada de Abraham. Tenía las alas de color azul.

La canción llegó a su fin, y la mariposa, como si hubiera estado esperando justo aquel momento, agitó las alas y alzó el vuelo.

Domen y yo la observamos maravillados mientras se perdía en el cielo, azul sobre azul.

*Escapar***4 de mayo**

Qué poco dura la felicidad... Desde que me escapé la otra noche a Air, Tomás está más encima de mí que nunca. Dice que lo hace porque quiere asegurarse de que no echo de menos nada, pues tiene la sensación de que me estoy alejando de él.

¡No soporto tanta atención! Me llama a todas horas, me abrumba con regalos que no deseo, se presenta a la salida de la escuela por sorpresa y pone mala cara si me ve hablando con algún compañero. Insiste en venir a tomar algo con mis amigas, a pesar de que ellas no lo soportan y se burlan de él por lo bajo. Incluso ha empezado a opinar sobre mi ropa. Le parece que mis shorts favoritos son «vulgares» y que mi top verde es «un poco demasiado» para llevarlo a clase.

Me despierto casi todas las noches aterrorizada, con el corazón a cien y la certeza de que me estoy ahogando. ¿Es así?

A veces siento que Tomás devora toda mi energía. Me aniquila, me anula hasta que me olvido de mí misma y ya no sé distinguir mis deseos de los suyos. Esta noche, mientras dejaba que me besara en el portal antes de subir a casa, me he sentido tan mal que he estado a punto de decirle que lo dejaba. Pero en el último momento he callado. Luego me he sentido aún peor por no haberme atrevido a hablar, pero es que lo he intentado ya tantas veces... Y su reacción cada vez es peor.

La primera vez que lo dejamos, conseguí ser libre solo durante veinticuatro horas. Ensayé un buen discurso, busqué el momento adecuado y planteé la separación de forma muy

civilizada. Le expliqué que era demasiado joven para tener un compromiso tan firme, que necesitaba estar sola un tiempo, salir con mis amigos, hacer otras cosas.

Él lo tomó sorprendentemente bien, me dijo que me entendía y que me esperaría lo que hiciera falta. Yo le expliqué que no quería pedirle eso, que prefería que cada uno siguiera su camino conservando los buenos recuerdos que nos habían unido.

Cuando nos despedimos con un último beso, tierno, me sentí un poco triste, porque tenía la sensación de perder para siempre a un buen amigo, pero me pareció que mi decisión era lo mejor para los dos. No me sentía enamorada de él. ¿Es que alguna vez lo había estado?

Al día siguiente, al volver de la escuela lo encontré en el sofá de mi casa, junto a mis padres. Tenía los ojos rojos, la camisa por fuera y expresión de perro apaleado. Me gané una bronca tremenda de mis viejos, sobre todo de mi madre, que me echó en cara mi poco seso y que hubiera dejado al chico «en semejante estado».

Tomás me pidió que lo perdonara. Dijo que había estado caminando sin rumbo por la ciudad, pero que había tomado demasiados tranquilizantes. Al empezar a encontrarse mal, había decidido venir a casa para pedirme una nueva oportunidad.

Me impresionó mucho verlo tan mal y, aunque al principio me resistí a cambiar de opinión, las dos horas de machaque a las que me sometieron en casa hicieron mella en mí. Durante esas dos horas, Tomás se había agarrado de mi mano como un náufrago a un madero.

Entre todos pudieron con mi voluntad. Supongo que confundí la compasión con el amor... No me siento orgullosa de ello, pero en aquel momento no supe actuar de otro modo. ¡Me sentía tan culpable!

Tomás me prometió que las cosas iban a cambiar. Intentó despegarse un poco de mí, dejarme más a mi aire, pero se sentía tan inseguro que no lo conseguía. Yo me esforcé mucho por entenderle, pero, por más que trataba de ver el lado positivo de nuestra relación, seguía sintiendo que me faltaba algo.

La segunda vez fue mucho peor. Como no me atrevía a decírselo a la cara, le mandé un mensaje al móvil y le dije que no aguantaba más. Él me respondió que si no volvía a verme se suicidaría. Yo apagué el móvil, enfadada por lo que me pareció un chantaje en toda regla, y me fui a dormir. Por supuesto ni se me pasó por la cabeza que fuera capaz de cumplir su amenaza.

De madrugada me despertaron los timbrazos del teléfono de casa. Era el padre de

Tomás. Mi ex estaba ingresado en el hospital: le habían hecho un lavado de estómago después de que se tomara un bote entero de pastillas para dormir.

Volví con él, no tuve más remedio. Él me había ayudado en los peores momentos de mis ataques de ansiedad, y sentí que debía estar a su lado entonces. Me convertí en su enfermera. Adelgacé, apenas dormía y me sentía muy deprimida casi todo el tiempo. Me veía como un ser depravado, una niñata frívola que no era capaz de apreciar el amor que Tomás me profesaba.

Fue entonces cuando empecé a convencerme de que yo no lo merecía. Volví a esforzarme para estar a la altura de sus expectativas, pero algo se había roto ya dentro de mí.

Mi tercer intento fue hace solo dos meses. Estaba tan desesperada que empecé a acariciar la idea del suicidio. No veía otra salida, e incluso llegué a buscar en internet cuáles eran las mejores maneras de hacerlo.

El día que decidí hacerlo fui a pasear a Callie, como cada noche. Me despedí del perro, de mi habitación, escribí una nota para mis padres —no para Tomás— y me encerré en el lavabo. Salí al cabo de una hora, con la cara hinchada de tanto llorar y el convencimiento de que era incapaz de matarme.

Y entonces decidí lo que haría. Esa vez iba a ser la definitiva.

Fui a casa de Tomás y le expliqué que tenía un amante. Era mentira, pero eso a mí no me importaba. Quería que se indignara, que me repudiase y decidiera acabar él mismo con la relación.

En lugar de eso se puso como loco. Empezó a romper cosas, a golpear muebles y a gritarme que era una puta. Nunca lo había visto así. Tiró una silla contra el cristal de la ventana y lo hizo añicos.

Yo intenté escapar de su cuarto, pero se interpuso en mi camino y me cerró el paso, cogió un pedazo de vidrio y se lo pegó al cuello.

«¡Si vuelves a verme me mato ahora mismo, te lo juro!», gritó.

Paralizada por el terror, transigí de nuevo y le confesé que lo del amante no era cierto. Él me perdonó, como siempre, y las cosas volvieron a su cauce, al menos en la superficie.

Guim dice que conoce una discoteca donde pasan una droga de diseño nueva, algo muy especial. Le he prometido que convenceré a mis amigos para que vayamos allí el día de mi

cumpleaños. Necesito escapar, y esas pastillas rosas son, a día de hoy, mi único pasaporte para evadirme.

La guerra

Me había prometido a mí misma olvidar para siempre La Caverna, pero a la mañana siguiente de nuestro regreso al cráter me encontré volviendo a los túneles claustrofóbicos que conducían hasta ella.

Mientras caminaba con las manos pegadas a las paredes húmedas, pensaba en Abraham, frío y solo bajo toda aquella tierra. Luego miraba los pasadizos de la gruta con renovada aprensión. Estuve a punto de echarme atrás en dos ocasiones, presa del pánico, pero Domen insistió en que teníamos que mirar bajo las aguas una última vez.

—Necesitamos averiguar si es cierto lo que contó Linda acerca de la barca. Seguro que tiene que ver con lo que hemos estado viendo en el otro lado —repitió, apretando mi mano.

Yo estaba tan agotada tras pasar la noche en vela que al final consentí.

Cuando penetramos por segunda vez en la enorme bóveda de la Caverna, me asombró de nuevo la atmósfera de cuento fantástico que otorgaba el resplandor fluorescente.

Mientras esperábamos, inquietos, a que el sol penetrara por la abertura del techo, me aparté discretamente de Domen. Prefería que fuera él quien se asomara a la puerta del otro mundo, puesto que yo aún no me había recuperado de la impresión de verme casi muerta en el otro lado.

La luz del sol iluminó al fin las aguas del lago, tiñéndolas de un verde profundo e irreal. Domen se inclinó sobre ellas y frunció el ceño en un gesto de concentración, pero enseguida dio un respingo.

—¿Qué ocurre? —pregunté sin querer dar un paso.

—¡Rápido, acércate! Tienes que ver esto...

—Abraham dijo que las visiones son personales... No está permitido que yo vea la tuya.

—Te aseguro que esta sí puedes verla, créeme.

Me acerqué con precaución y planté los pies en el suelo antes de mirar en el interior del lago.

Ahí estaba. La misma habitación de hospital. La misma luz mortecina del fluorescente que colgaba del techo. Las sábanas con el escudo bordado de una clínica de mi ciudad y una silla vacía junto al lecho. Tomás no estaba a mi lado esa vez. Observé mi rostro mortecino, mis manos sin vida extendidas a los lados, mi cuerpo lánguido.

Tuve que apartar la vista porque empecé a marearme. Domen me sujetó con fuerza por la cintura, y reuní la poca voluntad que me quedaba para volver a mirar.

Entonces me di cuenta de lo que quería mostrarme.

En la cama de al lado —apenas había reparado en ella hasta entonces—, había otro paciente en coma. Tenía el pelo oscuro y largo hasta debajo de las orejas, la frente despejada y una nariz recta y elegante, como de escultura griega. Hubiera reconocido aquel perfil incluso a oscuras. Al igual que yo, parecía dormido, aunque la palidez grisácea de su piel dejaba claro que no estaba precisamente echándose una siesta.

Domen y yo nos miramos sorprendidos al descubrir que también en el otro lado estábamos el uno junto al otro.

La luz finalmente cambió de posición, y las aguas del lago se apagaron con un último foganazo de verde esmeralda.

Permanecimos un rato en silencio, tratando de entender lo que acabábamos

de presenciar. No habíamos averiguado nada acerca de la barca, pero el fondo del lago nos había escupido otros interrogantes para los que no teníamos respuesta.

Sentí la agradable calidez de su mano, todavía en mi cintura, e instintivamente puse la mía sobre ella. Mil pensamientos revoloteaban por mi mente a toda velocidad, como las mariposas del invernadero de Abraham.

¿Qué le habría pasado a Domen para acabar igual que yo, varado en aquel limbo de tierra, rocas y agua? ¿Y por qué yo había ido a parar justamente a una cama junto a la suya?

—No entiendo nada, Ona. Solo sé que estamos juntos en esto —murmuró con su especial habilidad para leerme el pensamiento—. Para siempre.

Sentí un escalofrío y supe que lo que decía era cierto.

Al salir de la gruta, agarrados de la mano, la luz del sol nos cegó por un momento. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la claridad, decidimos regresar a nuestro refugio. Yo hubiera dado lo que fuera por volver atrás, y no haber conocido jamás a Abraham y aquella maldita caverna.

Emprendimos penosamente el camino de regreso, pero, una vez en la entrada de nuestra cueva, distinguimos una enorme columna de humo negro que se alzaba en vertical. Provenía de la playa.

—Espérame aquí —pidió Domen—. Iré a ver si las chicas y Nelson se encuentran bien.

—¡Ni en broma! No pienso quedarme aquí sola ni un minuto. Iré contigo.

Domen abrió la boca para replicar algo, pero finalmente aceptó.

—Está bien, pero debemos estar muy alerta. Eric se ha vuelto loco y puede ser peligroso.

Asentí, tragando saliva, y los dos echamos a correr en dirección a la playa. El aire, ya caliente a primera hora de la mañana, me golpeaba el rostro y humedecía

mis cabellos.

A pocos metros de la arena, Domen tropezó con un enorme tronco y cayó de bruces en el camino. Me apresuré a echarle una mano, pero antes de alcanzarlo me detuve, paralizada por el horror.

Lo que había tomado por un árbol caído era una persona. O lo que quedaba de ella.

El rostro cincelado de Nelson estaba desfigurado, como si lo hubieran golpeado a conciencia. Su pecho, brazos y piernas estaban cubiertos de profundas heridas llenas de sangre seca. Tenía el cabello lleno de tierra y la boca abierta en una mueca de terror.

Era la segunda persona muerta que veía en mi vida, y mi estómago no pudo resistir más. Vomité sin poder remediarlo.

Me aparté del camino para perder de vista aquellos ojos hinchados por los puñetazos y me puse en cuclillas, boqueando de miedo. Domen se acercó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros.

—Ona, tenemos que seguir. El humo no se ve desde aquí, pero quiero saber qué ha pasado en la playa.

—Pero no podemos dejarlo ahí.

Sollocé con los ojos cerrados, incapaz de borrar de mi mente la imagen de Nelson con el cabello lleno de sangre y tierra.

—Ahora no hay tiempo. Tenemos que buscar a Linda y a Anna.

Me concentré en las pequeñas arrugas de preocupación que surcaban su frente. Domen me agarró entonces de la mano, y yo le seguí como una autómata.

Recorrimos la distancia que nos separaba de la orilla en completo silencio. Estaba tan aturdida que ni siquiera me sorprendí al no oír los sonidos habituales del bosque. Ni un pájaro ni un insecto, solo el roce seco de nuestros pies arrastrándose penosamente por el camino.

Dejamos atrás los últimos árboles, y la visión del mar, de un azul rabioso y exultante, se abrió ante nosotros.

En la orilla estaba la barca, tal y como Abraham había predicho. Era una especie de piragua, una pequeña embarcación alargada de madera oscura que se bamboleaba mansamente al compás de las olas. En la arena, junto a ella, había unos bultos tapados con una lona de color gris.

Domen me pidió que lo esperara mientras se acercaba hacia allí. Yo me quedé muy quieta bajo el sol abrasador, todavía en estado de shock. Me sentía tan extenuada que temí caer al suelo de un momento a otro.

Un grito de Domen me sacó de mi estado de estupor.

Lo vi correr hacia mí, como a cámara lenta. Al alzar la cabeza me di cuenta de que había destapado las lonas. Bajo ellas distinguí horrorizada un manojo de cabellos pelirrojos y castaños.

—¡No! —grité, tapándome la boca con las manos.

Domen me agarró con fuerza y me arrastró hacia los árboles. Estaba muy pálido y le temblaban las manos.

—¿Ellas también están... están...?

Nos agazapamos junto a un árbol, muy cerca del lugar donde Domen me había escondido la primera vez que Eric y los demás habían aparecido por la orilla.

—Están muertas, Ona. Sin duda Eric ha decidido que será él quien escape de aquí en esa maldita barca.

—Escondámonos en la selva y que se largue de una vez —dije, aterrorizada, al ver que el pánico empezaba a hacer mella en la habitual serenidad de Domen.

Él negó con la cabeza y apretó los dientes.

—No pienso permitirle que se salga con la suya después de lo que ha hecho.

—Pero, Domen... ¡No puedes enfrentarte a él! ¡Está loco!

—No voy a hacerlo, pero destrozaré la única posibilidad que tiene de salir de aquí —continuó con determinación—. Tú métete detrás de esa arboleda y no salgas hasta que regrese por ti, ¿me lo prometes? Necesito saber que estás bien mientras lo hago.

—¿Mientras haces qué?

—Lo único que se puede hacer.

Mi corazón bombeaba a mil por hora mientras me ocultaba en el lugar que Domen había señalado. Lo vi alejarse a grandes zancadas en dirección a la barca y a los cadáveres de las chicas.

Absurdamente, recordé mi fiesta de bienvenida bajo la luna llena: las risas, la música, las disculpas de Anna... Todo parecía formar parte de un pasado muy lejano, aunque había sucedido hacía apenas dos días.

Desde mi escondite vi como Domen alcanzaba la barca y se quitaba la camiseta y los pantalones con un gesto rápido. Agarró la piragua y empezó a arrastrarla mar adentro. ¿Qué pretendía?

Lo vi nadar con un brazo por encima de la embarcación, conduciéndola cada vez más lejos de la orilla. Finalmente apoyó ambas manos sobre la proa y empujó con fuerza hasta desequilibrarla. Entonces lo entendí. ¡La estaba hundiendo! Había decidido frustrar los planes de Eric para que nunca pudiera escapar de la orilla.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Se iba a volver loco cuando viera lo que Domen acababa de hacer.

Aterrorizada, vi como apoyaba todo su peso sobre un extremo de la barca, una y otra vez, hasta que al fin consiguió su propósito. La piragua se levantó casi vertical antes de hundirse en medio de un borboteo.

Domen hizo el signo de la victoria y, pese a que dudaba de que pudiera verme desde tan lejos, le sonreí animosa.

Esperé con ansiedad a que regresara, pero, en lugar de nadar hacia la orilla, cada vez parecía estar más lejos.

Me levanté asustada, sin entender lo que pasaba. Él me explicó con gestos que no podía nadar hacia la playa. Una fuerte corriente lo había atrapado y lo arrastraba mar adentro.

Estaba dispuesta a arrojarme al agua para tratar de salvarle —o correr su misma suerte—, cuando un movimiento a mi espalda cortó el aire. Antes de que tuviera tiempo de volverme, una mano enorme y áspera me tapó con fuerza la boca

y la nariz.

La canción de las olas

Aquellos brazos me arrastraron por la arena como si fuera una muñeca de trapo. Traté de zafarme, pues apenas podía respirar, pero cualquier resistencia era inútil. Finalmente me dejaron caer al suelo con violencia.

Aturdida, vi la cara de Eric a dos palmos de la mía.

—Maldita seas —siseó lleno de ira—. Os creéis más listos que nadie, ¿verdad?

Sus ojos inyectados en sangre me erizaron la piel. Sentí un acceso de pánico, por una vez plenamente justificado, y me sobrevinieron unas enormes ganas de vomitar. Volví la cabeza hacia los lados, tomando aire y buscando inútilmente a Domen.

—Estamos solos. Tú y yo, preciosa. El estúpido de tu novio se hundirá en el mar en breve, si es que no lo ha hecho ya. Nadie vendrá a ayudarte.

Abrí la boca para responder a su provocación, pero en el último momento reuní valor y decidí callar: no pensaba permitir que aquella bestia me provocara con sus andanadas. Eric me pisó el cuello con un pie, sucio y áspero, para que no me pudiera mover. La arena se me metía en la boca. Luego sacó un trozo de cuerda del bolsillo para atarme las muñecas detrás de la espalda. La fibra dura me hirió la piel, pero Eric siguió apretando hasta que me hizo sangre. Yo me revolví, si bien me esforcé por no gritar, pues temía que si lo hacía mi voluntad cedería por completo al pánico.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? ¿O es que a una princesita pija como tú le parezco tan ruin que no quieres gastar saliva conmigo?

Apuntilló estas palabras con un fuerte toque en mi hombro. Me encogí, temiendo más golpes, pero solo noté las manazas de Eric en mis tobillos. Sacó otro trozo de cuerda de su pantalón y me los ató del mismo modo que acababa de hacer con las manos.

—Voy a asegurarme de que nadie nos molesta —dijo antes de desaparecer tras un árbol.

La manera en que pronunció aquella frase me puso los pelos de punta. Al perderlo de vista, decidí que no iba a ponérselo fácil. Necesitaba ganar tiempo hasta que Domen regresara, porque tenía que conseguirlo... La posibilidad de que no lo lograra era tan aterradora que no me podía permitir pensar en ella.

«Todo va a ir bien, todo va a ir bien, todo...»

Me repetí aquellas palabras como un mantra mientras me arrastraba por el suelo pedregoso. Con las manos y los tobillos inmovilizados no era nada fácil avanzar, así que prácticamente rodaba sobre mí misma.

No había reptado más que unos metros cuando oí una risa cruel detrás de mí. Presa del pánico, volví la cabeza y encontré a Eric con sus enormes brazos cruzados y una sonrisa de suficiencia tensándole los labios.

Reprimí un grito de terror.

Sus pantalones estaban mojados, así que me temí lo peor.

—¿Dónde está Domen? —pregunté con un hilo de voz.

—Ya no tenemos que preocuparnos más por él. Ahora es imposible que nos moleste.

Sin dejar de sonreír, se acercó a mí muy lentamente. Era evidente que mi miedo le agradaba.

—No puede ser. Conseguirá volver, vendrá —balbuceé, incrédula—. No puede... no puede estar...

—Está muerto, princesita. Ya solo quedamos tú y yo. Como Adán y Eva en el paraíso —dijo abriendo los brazos y mirando a su alrededor con cinismo.

Oí a lo lejos la eterna canción de las olas y me pareció distinguir mi nombre en el chapoteo espumoso de su tonada. El mar se burlaba de mi pena. Un torrente de lágrimas calientes empezó a brotar de mis ojos. Domen. Había tardado toda mi vida en encontrarlo. Mi mente se bloqueó y me negué a creer lo que Eric acababa de decir.

—Y una mierda, el paraíso —escupí las palabras—. Esta isla es el maldito infierno, así que acaba conmigo cuanto antes.

La rabia me volvía inconsciente. Provocar a aquel loco era sin duda la peor de mis ideas.

Eric sacó un machete de su bolsillo trasero y, con un movimiento súbito, se sentó sobre mí y me lo puso en el cuello. Con la otra mano me agarró la melena con fuerza, como un salvaje que no deja escapar a su presa.

Apreté los dientes y le miré a los ojos, desafiante.

—Adelante, hazlo. ¡Mátame! —lo reté.

Estaba ciega de ira, la imagen del cuerpo de Domen en el fondo del mar me despedazaba. Aquel maldito mar que seguía riéndose de mí: «Oona, Oooooona...». Debía de estar volviéndome loca, pensé, porque era imposible que las olas y el viento empujaran mi nombre con su canto.

Eric dudó un instante, y la presión del cuchillo se aflojó.

—No tan deprisa, bonita. Dado que no puedo largarme de aquí por vuestra culpa, al menos voy a daros el gusto de vengarme de vosotros por hundir la barca. ¡Vamos a divertirnos juntos! Ya sabes que en la orilla lo compartimos todo...

Bajó el filo del cuchillo por mi barbilla hasta llegar a mi escote. Su respiración se aceleró, y vi que acercaba su rostro al mío. Me propinó un nuevo tirón de pelo y, a continuación, pegó sus labios resacos a los míos. Noté con repugnancia su aliento pesado y grasiento, su olor a sudor viejo. Intenté zafarme, pero me tenía completamente inmovilizada. Su boca contra la mía ahogaba mis gritos de miedo e impotencia.

Entonces se tumbó sobre mí y noté la excitación de su miembro duro, que pugnaba por escapar de los pantalones. Me tensé, aterrorizada, y Eric se apretó aún más contra mis caderas, riendo satisfecho.

Mientras con una mano me sujetaba el cuello para que no intentara morderle, con la otra quiso llegar a mis pechos, pero mi camiseta se lo impedía. Caviló un momento y luego llevó el machete a mi camiseta y la rajó de abajo arriba. Después cortó la cuerda que me ataba los tobillos.

—Así estaremos más cómodos —dijo mientras me arrancaba la camiseta rasgada de un fuerte tirón.

Sus dedos sucios me levantaron entonces el sujetador hasta liberar mis pechos. Tras contemplarlos unos instantes, empezó a lamerme los pezones con fruición. Grité y supliqué que parara mientras lo golpeaba con los pies y las rodillas, pero era como apalear una pared de hierro.

Una salvaje bofetada me traspasó un oído y mi cabeza rebotó con fuerza contra el suelo.

—La próxima vez te daré más fuerte. Eres una gata salvaje y necesitas que te enseñen modales —me advirtió mientras para mi horror se desabrochaba los pantalones.

—¡No!

Sollocé histérica, tratando de apartarme de él, que se lamía los labios a la vez que luchaba por bajarme los pantalones. Cuando finalmente lo logró, me arrancó mi última prenda y me abrió las piernas, sujetándolas con fuerza.

—Estoy seguro de que acabará por gustarte, princesita. Te dije lo mismo acerca de esta isla una vez, ¿recuerdas?

Mientras me revolvía inútilmente, las lágrimas bajaban a raudales por mis ojos. Llamé a Domen en silencio.

Eric trataba de abrirse paso entre mis muslos cuando oí un golpe sordo. Inmediatamente, dejó de hacer fuerza y se derrumbó sobre mí; un líquido espeso que brotaba de su cabeza empezó a manchar mi piel desnuda.

Pesaba tanto que, con las manos atadas a la espalda, no podía quitármelo de

encima. Sin entender qué había sucedido, solo me daba cuenta de que Eric se había convertido en un peso muerto que me aprisionaba el pecho.

Sentí que el nudo que aprisionaba mis muñecas se aflojaba un tanto. Forcejeé hasta que conseguí liberarme. Oí unos pasos vacilantes antes de que el cuerpo de Eric se despegara del mío como un latigazo.

—¿Domen?

Esperanzada, me incorporé todavía en estado de shock.

Me quedé sin aliento al descubrir que no se trataba de él. Mientras me subía los pantalones como podía, vi horrorizada el rostro deformado de Nelson. Abrí la boca, pero era incapaz de hablar.

—Creía que estabas... estabas...

Nelson me miró con ojos vidriosos, esbozó una sonrisa aterradora y se alejó tambaleándose. Llevaba en la mano la piedra ensangrentada con la que había acabado con Eric.

—¡Espera, estás herido! ¡No puedes irte así! —le grité mientras mi cuerpo empezaba a temblar sin control.

Nelson se detuvo y, tras mirarme alucinado, cayó al suelo como un plomo antes de llegar a la arena de la playa.

Corrí a su lado. Estaba muerto. Sus heridas eran tan graves que era ya un milagro que hubiera logrado llegar hasta Eric para ajusticiarlo.

Le cerré los ojos, como había hecho con Abraham el día anterior, y me quedé a su lado tomándole la mano. Las lágrimas brotaron otra vez sin freno. Lloré por Abraham, por Nelson, por Linda y por Anna. Por mi familia, por Tomás. Y por Domen, sobre todo por él.

Volví la cabeza hacia la orilla y me pareció que las olas guardaban un respetuoso silencio. El mar, libre de la fuerte corriente que me había arrebatado a mi amor, ya no pregonaba mi nombre.

La primera mañana del resto de nuestras vidas

Cerré los ojos con fuerza, en un intento infantil de borrar de mi mente todos los horrores que había vivido aquel día. El viento, al igual que la corriente, también se había detenido, y en el bosque solo se oían los latidos de mi corazón, que bombeaba sangre inútilmente. De nada me servía ya su esfuerzo: sin Domen ya no quería continuar en la isla ni en ningún otro sitio.

Deseé con todas mis fuerzas estar en el lugar de Nelson, cuya mano, cada vez más fría, todavía sostenía. Las piedras y la arena me arañaban las rodillas, pero no me importaba. El dolor que se abría paso en mi pecho era tan avasallador que no había lugar para ningún otro.

Dejé el cuerpo de Nelson sobre la tierra y me encaminé decidida a la playa. Aquel sería mi destino: me internaría en el mar para hundirme en la misma corriente que me había arrebatado el amor.

Nunca había creído en la vida después de la muerte, pero las visiones de la Caverna habían dado un vuelco a mis ideas y me hacían abrigar una tenue esperanza. Quizá si Domen y yo moríamos a la vez también lograríamos estar juntos en alguna otra parte. Ya lo estábamos en dos mundos, ¿por qué no en un tercero? Qué importaba si era en el cielo o en el infierno.

Caminé sin levantar la vista del suelo mientras intentaba acallar la aprensión que me atenazaba desde la garganta. Ahogarme siempre había sido uno de mis peores terrores, y en ese momento me dirigía hacia el agua dispuesta a acabar con mi vida de la manera más horrible.

Todavía sin mirar al mar, me pareció oír una voz que me llamaba. Aturdida, levanté la vista y lo vi. En la orilla, junto a los restos de Linda y Anna había un tercer cuerpo tumbado sobre la arena.

Corrí tan rápido como pude hasta llegar al borde del mar.

Una vez allí, estallé en un torrente de lágrimas de alivio.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —repetí entre risas y sollozos mientras le acariciaba la cara mojada, el pecho y las manos.

Domen tosió y trató de explicarse:

—He tragado mucha agua, creía que no lo contaba.

Estaba tan agotado que tuve que ayudarlo a incorporarse hasta que pudo sentarse.

—¿Qué ha ocurrido? Eric ha dicho que habías muerto. Me he vuelto tan loca de pena que iba a...

Lo abracé tan fuerte que le provoqué un nuevo acceso de tos. Al oír aquel nombre, me apartó alarmado.

—¿Has visto a Eric? ¿Te ha hecho daño?

—No te preocupes, está muerto —respondí, estremecida al recordar el cuchillo y sus manos sobre mi cuerpo.

Tardamos un buen rato en llegar hasta la cueva. Domen estaba débil y tuvimos que detenernos varias veces para reponer fuerzas. No dejaba de preguntarme cosas acerca de Eric, pero le pedí que esperara. Me sentía incapaz de relatarle lo que había pasado hasta encontrarme segura entre las paredes frescas de nuestro refugio.

Cuando al fin llegamos, los dos estábamos tan cansados que nos dormimos abrazados nada más caer sobre el jergón.

Despertamos varias horas después, en plena noche. Hicimos el amor en silencio, con la urgencia y la ternura de quienes han estado a punto de perderlo todo. Sentí que los besos de Domen curaban mi cuerpo y mi corazón maltrecho.

Le conté todo lo que había sucedido desde que él se había internado en el mar. Lloré y dejé que él me consolara, acariciándome el cabello con suavidad, hasta que me dormí de nuevo.

No nos despertamos hasta bien entrada la mañana.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo nada más abrir los ojos.

Le estampé un sonoro beso en la mejilla y sentí que el pecho se me inflamaba de felicidad. El sol brillaba ahí fuera, habíamos sobrevivido a la guerra y estábamos juntos. Era imposible imaginar algo mejor.

—¿Desayunar?

Domen guardó silencio. Algo rondaba por su cabeza. Al cabo de un momento, precisó:

—Me refiero a nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ahora estamos solos. Podemos hacer lo que queramos, vivir como nos dé la gana. Por ejemplo, esto ya no tiene sentido —dijo agarrando los jirones de mi camiseta, que estaba tirada al lado del lecho.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Ya no hace falta que la llevemos. Somos libres, Ona.

Excitados, empezamos a hacer planes. Luego salimos al exterior, completamente desnudos, y preparamos un desayuno a base de fruta, pescado ahumado y agua fresca.

Aunque no necesitáramos comer, lo primero que decidimos fue hacernos cargo del huerto de Nelson. Domen dijo que había visto semillas en el arcón que Abraham tenía en su tienda, por lo que iríamos a buscarlas para tratar de cultivar algo de cereal. Era una buena idea si íbamos a vivir en la isla para siempre.

Recordé que Linda me había hablado de las cabras que poblaban las montañas de la isla, y decidimos que intentaríamos atrapar algunas para formar nuestro propio rebaño, emulando a Robinson Crusoe. De ese modo tendríamos también leche. Con la eternidad por delante, podíamos aprender incluso a hacer queso y mantequilla.

Así de entusiasmados estábamos con nuestra recién estrenada libertad.

Por su parte, Domen propuso que construyéramos una cabaña cerca de la orilla. Vivir en el cráter quedaba descartado, pues se había convertido en un erial, pero tampoco podíamos quedarnos en la cueva para siempre, argumentó.

—Empecemos de cero, Ona. Además, si vamos a tener animales necesitaremos un espacio más abierto para resguardarlos.

Los rayos del sol me calentaban la espalda y lo alumbraban todo con una luz nueva, tan clara que árboles, plantas, arena y mar parecían recién estrenados. Incluso el aire era más diáfano y respirable.

Aquella era la primera mañana del resto de nuestras vidas, y Domen estaba en lo cierto: teníamos que empezar desde cero. Empecé a imaginar nuestra nueva rutina en contacto con la naturaleza, cultivando la tierra y cuidando de los animales. Teníamos todo el tiempo y el mundo, al menos el de aquella pequeña isla, a nuestros pies.

De entrada planeamos el mejor modo de cortar y trasladar hasta la orilla los troncos para construir nuestra nueva casa.

—Lo único que echaré de menos es oír las risas de algún pequeñajo que se me enrede entre los pies —dijo él de repente.

Me sentí un poco tonta al no haber pensado en ello de nuevo, tampoco después de hacer el amor con Domen. Pero él tenía razón. En la isla no podría nacer ningún niño, puesto que el tiempo estaba detenido. Por eso siempre conservaríamos la misma apariencia... y seguiríamos solos.

—Eso nunca se sabe, podemos seguir intentándolo por si acaso —dije, atrayéndolo hacia mí.

Domen liberó una risa clara y profunda que brotaba directamente de su vientre. Le acaricié la mejilla, eternamente agradecida de tenerlo junto a mí, y nos

miramos con intensidad, sorprendidos por una nueva oleada de deseo.

Me dejé caer en la arena fría mientras su cuerpo desnudo se tendía sobre mí y enredaba sus dedos en mi pelo.

Cegar el lago interior

Pasamos tres días trabajando de sol a sol. Impacientes por empezar desde cero, como había dicho Domen, queríamos construir nuestra nueva cabaña cuanto antes. Pero la tarea de cortar y transportar los troncos que necesitábamos, con las pocas herramientas que teníamos a nuestro alcance, fue mucho más larga y dura de lo previsto.

Cortamos y acarreamos tanta madera que acabaron por salirme ampollas en las manos. El sol me quemó la espalda desnuda, pero a pesar de todo disfrutaba del trabajo físico. Cuando apretaba el calor, parábamos unos minutos para bañarnos en el mar. Comíamos fruta directamente de los árboles, y Domen pescaba con sorprendente habilidad. Por la noche nos sentábamos cerca de la orilla junto a una hoguera y pasábamos el tiempo hablando y haciendo planes.

Decidimos no volver a nuestra cueva, así que hasta la tercera noche, cuando al fin completamos el techo de la cabaña, dormimos abrazados bajo las estrellas.

En la noche del cuarto día, tras celebrar nuestra primera cena entre las paredes de nuestro nuevo refugio, me desperté sobresaltada. Después de tantos días me sorprendí al notar la conocida opresión en el pecho.

«¿Por qué ahora?», pensé extrañada mientras ponía una mano sobre mi corazón, tratando de serenar sus latidos. Mis últimos días junto a Domen habían transcurrido como en un sueño. Inquieta, lo observé dormido junto a mí con el cabello cubriendo parte de su mejilla. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración, profunda y pausada. El aire de nuestra casita olía a madera recién

cortada y a nosotros. Aun así, me costaba respirar. Sentía que una amenaza invisible revoloteaba entre las paredes de la cabaña.

Sin hacer ruido, fui a sentarme al borde del mar. Me abracé las rodillas y dejé que las olas mojaran los dedos de mis pies. Sobre mi cabeza se extendía un manto de estrellas infinito y su luz titilante, en lugar de tranquilizarme, me inquietó aún más.

Entonces me vino a la mente un poema de T. S. Elliott que había memorizado años atrás:

Así se termina el mundo

Así termina el mundo

Así termina el mundo

*No con una explosión sino con un gemido**

Recordaba aquellas líneas porque aparecían en una novela que en su momento me había impresionado mucho. Era un volumen en inglés, con una cubierta de estilo *vintage* algo inquietante, que había encontrado por casualidad en

un cajón de la cómoda de mis padres. Se llamaba *On the Beach* y en la contraportada decía que era la historia del mundo tras la tercera guerra mundial. Había tardado mucho en leerla, pues mi inglés no era demasiado fluido entonces. Aun así, no había parado hasta terminarla.

El libro contaba la historia del capitán Towers, un oficial de la marina norteamericana que se encuentra en Australia al mando de un submarino, justo después de que una catástrofe nuclear haya acabado con las vidas de todo el mundo, incluida su mujer, más allá del hemisferio norte. La radiación nuclear se extiende poco a poco por el resto de la Tierra, y el oficial y todos los demás saben que pronto morirán. Mientras tanto, cada personaje se esfuerza a su manera por vivir su día a día como si el mañana no existiera.

«Uno tiene que vivir en el nuevo mundo y hacerlo lo mejor posible, olvidándose del viejo.»

Las palabras del capitán Towers, olvidadas durante años, acudieron a mi memoria, y entendí que si las recordaba justo en aquel momento era porque la situación de los personajes no era tan distinta de la mía y la de Domen.

Me incorporé para volver a la cabaña con una idea fija en mi mente. Sabía perfectamente cuál era el origen de mi inquietud. Me tumbé en el jergón junto a Domen, deseando que despertara cuanto antes. Cuando al fin abrió los ojos apenas pude esperar para contarle mi idea:

—¿Recuerdas la colina rojiza con la que topamos hace dos días, cuando buscábamos los troncos más grandes para los pilares?

—Sí, nos ensuciamos las manos con el pigmento rojo de la tierra y costó muchísimo limpiarlo —murmuró rascándose la cabeza, todavía medio dormido—. ¿Por qué lo dices?

—Quiero utilizar esos pigmentos para cegar el lago interior. No podré empezar desde cero mientras sepa que la ventana hacia el otro lado sigue ahí.

Domen me besó dulcemente en la frente y accedió a acompañarme, aunque para él las cosas eran más sencillas: le bastaba con no volver nunca a la Caverna. Sin embargo, yo necesitaba sentirme segura de que, aunque algún día regresáramos, jamás volveríamos a saber nada de nuestras vidas anteriores.

Emprendimos la marcha aquel mismo día, armados con una pala y dos grandes sacos de arpillera del huerto de Nelson. La colina rojiza no estaba muy lejos de la playa, así que no tardamos demasiado en llenar allí nuestros sacos con una gran cantidad de pigmento. El plan era volcar toda aquella tierra en las aguas del lago.

La ascensión hasta el cráter con los sacos a la espalda fue más dura de lo que esperaba. Aquel día no había viento y el sol parecía calentar más de lo habitual, por lo que cuando llegamos arriba estábamos empapados en sudor.

Domen tiró de mí y de mi saco, como solía hacer, para ayudarme a cubrir los últimos metros hasta la cima. Una vez arriba nos quedamos boquiabiertos otra vez.

El cráter había reverdecido de nuevo. Las flores y las plantas de hojas carnosas y alargadas habían estallado como una explosión verde, y una mullida capa de hierba lo cubría todo. Incluso el árbol bajo el que habíamos enterrado a Abraham tenía brotes nuevos. Eran tan perfectos que parecían de cristal.

Y ellas también habían regresado. Centenares de mariposas agitaban sus alas creando la ilusión de una nube multicolor sobre nuestras cabezas. Sonreí, contagiada por la despreocupada felicidad que se desprendía de sus movimientos, y extendí la mano. Dos mariposas de color blanco revolotearon alrededor de mis dedos haciéndome cosquillas.

—Démonos prisa —dijo Domen dándome una suave palmada en el hombro—. Falta poco para que el sol penetre por la abertura de la Caverna.

Agarré mi saco y lo seguí hasta la entrada de la gruta. Todo estaba exactamente igual que la vez anterior, aunque parecía que hubieran pasado siglos desde que habíamos traspasado sus paredes por última vez.

Al entrar en la Caverna me detuve un instante, sobrecogida. Mientras abríamos los sacos a toda prisa, un haz de luz penetró por la abertura y, sin poder evitarlo, clavé los ojos en el fondo del lago.

Lo que vi en su interior paralizó mi corazón.

La despedida

Asomado a la ventana de la habitación, Tomás mira hacia el edificio de enfrente. Una chica envuelta en una bata gris fuma en el balcón y observa distraída los coches que pasan. Tomás envidia su cigarrillo y la normalidad que se percibe en cada uno de sus gestos. Seguro que para ella no es más que una tarde cualquiera de un miércoles de mitad de verano.

Mientras espera la visita del médico, se palpa los bolsillos por enésima vez. Ahí está. La forma cilíndrica y el tacto suave del frasco le calma un tanto los nervios crispados. Vuelve la cabeza hacia la cama donde Ona duerme desde hace demasiado tiempo. Su expresión plácida no ha cambiado en lo más mínimo, pero su respiración cada vez es más trabajosa, y su piel ha ido empalideciendo con el paso de los días. Tiene los labios resecos, y a Tomás le gustaría darle un poco de agua, aunque sabe que es imposible.

Se acerca a ella y la besa en la mejilla. Al aproximarse puede notar su olor, perceptible incluso entre los aromas asépticos del hospital. Su cuerpo reacciona sin poder evitarlo, y Tomás se muerde el labio experimentando la familiar sensación de rabia y culpa. ¿Por qué diablos no despierta? ¿Por qué cada vez parece más apagada?

La puerta se abre, y Tomás ve aparecer al doctor Santos. Ya ha hablado con los padres de Ona por la mañana, pero él ha pedido estar presente en la ronda de la tarde para escuchar por sí mismo el diagnóstico, que se resiste a creer.

El médico le da la mano con un gesto blando y escurridizo que le desagrada

profundamente. Luego empieza a hablar demasiado deprisa, y Tomás se da cuenta de que tiene ganas de acabar. Quizá no le gusta dar malas noticias a los familiares. O quizá es solo que su turno está a punto de terminar y tiene prisa por llegar a su casa y abrir una cerveza fría. Apenas entiende nada de lo que le dice el médico, perdido en una jerga de tecnicismos incomprensibles, hasta que pronuncia unas palabras que lo sacan de su estado de estupor.

—¿Qué quiere decir que ciertos valores son incompatibles con la vida?
—pregunta Tomás con una voz que no le parece suya.

—Es lo que trato de explicarte. Sus constantes son débiles, y en las últimas analíticas han aparecido valores que...

—Ella no puede morir. Usted no lo entiende.

El doctor observa las manos crispadas de Tomás y retrocede imperceptiblemente. Tal vez teme que se ponga histérico o que se eche a llorar. En la expresión del médico se dibuja un leve deje de fastidio.

—Esto, hijo, es como si... como si su organismo ya no quisiera seguir viviendo. Podríamos mantenerla con vida. Pero ya les he dicho a sus padres que no recomiendo utilizar medios artificiales para ello: su estado es difícilmente reversible.

Tomás introduce la mano en su bolsillo y vuelve a palpar el tubo de plástico que esconde en su interior. Necesita calmarse, pues nota como una rabia sorda empieza a bullir en su interior y amenaza con desbordarse. Le están entrando unas ganas enormes de darle un puñetazo a ese medicucho patético. ¿Por qué no le han hecho caso sus padres y han trasladado a Ona a un hospital privado? Su familia habría corrido con los gastos sin ningún problema. ¿Y cómo se atreve ese imbécil a hablar con tanta ligereza acerca de la vida de Ona?

—Los padres de la paciente están de acuerdo en que procedamos del modo más natural posible —continúa el doctor—. En su estado es imposible saber si aguantará unas horas o varios días, pero deberías irte haciendo a la idea...

—¿Puedo quedarme con ella esta noche? —interrumpe Tomás al médico, que mira impaciente su reloj de pulsera.

—Ya sabes que en la UCI no está permitido.

—Quiero despedirme. Usted lo ha dicho, podría ser su última noche —suplica Tomás con un hilo de voz.

El médico accede, pues no cree que su paciente llegue a ver la luz del día siguiente. Antes de marcharse, se vuelve una última vez hacia Tomás.

—¿Sabes dónde está el familiar de este chico? —pregunta, refiriéndose al paciente de la cama de al lado—. Él también está muy grave y no encontramos a nadie a quien comunicárselo.

Tomás responde sin mirar. Ya solo tiene ojos para Ona, que respira cada vez más levemente en su cama immaculada.

—Es un delincuente común, no tiene a nadie —responde.

El médico se encoge de hombros antes de marcharse. Tomás corre las cortinas que separan la cama de Ona de la del chico de al lado. Le fastidia enormemente tener que compartir la habitación con él, sobre todo esa noche.

También el otro paciente respira de forma irregular. Le han colocado una mascarilla de oxígeno y su piel se ve incluso más pálida que la de Ona.

Tomás se tumba al lado de su chica, le acaricia la frente con ternura y saca el frasco de pastillas. Extrae un puñado del tubo, coge un vaso de agua de la mesita de noche y le susurra al oído:

—No te preocupes, mi amor, no te dejaré marchar sola.

El mensaje

Los rayos de sol que penetraban por la abertura de la Caverna resbalaron poco a poco por el lateral de la pared hasta desaparecer por completo. Las aguas del lago se oscurecieron de inmediato, y el fondo recuperó enseguida su tono verdoso.

Caí de rodillas junto al agua, demasiado aterrorizada para echarme a llorar. Instintivamente me agarré con las dos manos a mi colgante en forma de nube. El tacto helado de la plata me provocó un escalofrío.

Domen se agachó a mi lado y me sostuvo la barbilla. Yo intentaba hablar, pero apenas podía respirar. Mi cuerpo temblaba como una hoja, y él parecía tan noqueado como yo misma.

Me habló en voz baja, como si hablara a un animal asustado:

—Ona, mírame, estoy aquí.

—¿Podrías... abrazarme? —conseguí articular al cabo de un rato no sin dificultad.

Se arrodilló frente a mí y me rodeó con sus brazos. Hundí la cara en su cuello y traté de tranquilizarme. No quería creer lo que acababa de ver. Domen y yo estábamos muriendo en alguna parte, y Tomás...

—Tienes que contármelo —me imploró él.

—No puedo... nunca he hablado sobre él con nadie —repliqué, mientras una avalancha de recuerdos dolorosos caía sobre mí.

—A mí puedes explicármelo. Al fin y al cabo estamos a punto de morir —dijo con una sonrisa triste.

Me pregunté qué parte de verdad había en sus palabras. Todo era tan confuso... ¿Nos estábamos debilitando en el otro lado porque habíamos decidido no regresar a nuestras vidas anteriores nunca? ¿Y qué pasaría cuando nos apagáramos del todo, tal y como había pronosticando el médico?

También estaba Tomás... Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante la posibilidad de que él también cayera en coma por culpa de las pastillas y acabara apareciendo en la isla con nosotros.

—Es muy complicado, Domen. En el otro lado yo no era... En realidad no me conoces. Todo el mundo sabe que Tomás es un gran chico. —Tomé aire para continuar—. Él es atento, caballeroso, de buena familia. Y yo... yo nunca he estado a la altura. He intentado quererle, te lo prometo, pero me asfixia, me agobia hasta que acabo haciendo cosas horribles.

—Es imposible que sean tan horribles como dices —dijo él estrechándome un poco más fuerte.

—En serio, lo dices porque no me conoces —insistí, avergonzada, mientras me deshacía de su abrazo.

Pensar en Tomás y en nuestros últimos meses juntos me perturbaba. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y Domen me imitó. Parecía un indio, con la piel tan morena y el cabello oscuro cayéndole sobre el rostro.

—Yo creo que es imposible conocer del todo a una persona.

—Pero yo sí te conozco a ti —protesté.

—No, Ona. A veces ni yo mismo sé quién soy, y tú tampoco sabes nada de mi vida fuera de esta isla. Pero sé que te quiero, con eso es suficiente. Y creo que cuando amas a alguien puedes llegar a rozar su alma. Quizá es simplemente que nunca has estado enamorada de ese chico.

—A veces pienso que en realidad él tampoco me ha querido nunca

—respondí, asombrada ante el comentario de Domen, que parecía saber más cosas acerca de mí que yo misma.

—Al verlo pegado a tu cama del hospital nadie lo diría. Si incluso está dispuesto a quitarse la vida por ti.

—Este va a ser su tercer intento —respondí muerta de miedo y de vergüenza.

—Aunque si de verdad quisiera matarse ya lo habría conseguido, ¿no te parece?

Abrí mucho los ojos, sorprendida de oír lo que tantas veces había pensado y no me había atrevido a formular en voz alta. Entonces se abrió la espita y dejé salir todo el dolor, la rabia y la angustia que había acumulado durante mi noviazgo con Tomás. Sus intentos por controlarme, la impresión creciente de que nada de lo que yo decía o hacía le gustaba, de que tenía que adaptarme al papel que él había decidido asignarme en su vida, la complicidad de mis padres, que estaban demasiado deslumbrados por su posición social para preguntarme si yo era feliz.

Domen me escuchó sin interrumpirme, con el ceño fruncido y los ojos color hiedra observando cada uno de mis gestos.

—Incluso empiezo a tener dudas acerca de cómo nos conocimos —confesé finalmente—. No sé cómo lo consigue, pero siempre acabo por ceder a todo lo que me pide.

Me estaba ayudando mucho poder hablar por fin de todo ello con alguien. Al decirlo en voz alta, de algún modo desactivaba el poder que Tomás había ido desplegando sobre mi voluntad.

—¿Y de qué tienes dudas? —me animó Domen.

—Hace algunos meses nos cruzamos en un bar con un tipo que se parecía muchísimo al que me atacó en la calle. ¿Recuerdas que te conté que Tomás había espantado a un tío que quería violarme? El muy desgraciado se acercó a mi novio tan contento, para saludarlo, pero la expresión se le congeló cuando me descubrió a su lado. Se dio la vuelta y desapareció a toda prisa. Le pregunté a Tomás quién era y si lo conocía, y él se hizo el tonto, pero estuvo muy nervioso el resto de la noche. No me quito de la cabeza que quizá aquel intento de violación fue un engaño macabro para que él pudiera presentarse ante mí como un héroe.

—Si eso es cierto, te has librado de una buena. Pero seguimos teniendo un problema.

—Ya... Me da pavor pensar que puede acabar en la isla con nosotros. Viviríamos en un infierno por toda la eternidad.

—Peor sería si no lo consiguiera —continuó él, tomándome la mano.

—¿Por qué?

—Ona, tú lo has visto igual que yo. Quizá las otras veces solo lo hiciera para llamar tu atención, pero esta va en serio. Tienes que regresar y darle un motivo para seguir vivo. Si no lo haces, cargaremos toda la vida con el peso de la muerte de Tomás. Aunque sea un manipulador y un celoso patológico, ni tú ni yo podríamos vivir tranquilos pensando que estuvo en nuestras manos evitar que se matara.

—Pero ¿qué dices? —Mi voz angustiada rebotó en las paredes de la cueva—. ¿Es que te has vuelto loco? ¡No pienso dejarte aquí solo! No podría, no puedo... —Las lágrimas acudieron de nuevo a mis ojos.

—Ni siquiera sabemos si podremos quedarnos en la isla una vez muramos en el otro lado. Ya has oído al médico. Yo tampoco sé cómo voy a vivir sin ti, pero es lo correcto —insistió, mirándome con los ojos encendidos.

Sentí tanta rabia que me levanté y me puse a hacer la tarea para la que habíamos vuelto a la Caverna. Mientras desataba el primer saco con dedos temblorosos, lamenté haber regresado allí. Podríamos haber seguido en la orilla viviendo una existencia libre de preocupaciones.

Domen me ayudó a abrir el otro saco. Con las manos fuimos echando puñados de pigmento rojo hasta que no quedó ni un grano dentro de los sacos. Por si acaso, los sacudí dentro del agua.

Al terminar, las palmas de mis manos se habían teñido de rojo, y al mirarlas no pude evitar pensar en las palabras de Domen acerca de que la muerte de Tomás pesaría sobre nosotros el resto de nuestros días. Confusa, eché una última mirada al agua teñida de rojo y deseé que el pigmento fuera suficiente para cegar aquel maldito oráculo para siempre.

Salimos de la Caverna en silencio y dejamos atrás el cráter. Domen estaba muy serio y caminaba cabizbajo delante de mí. Yo no dejaba de darle vueltas, de

buscar argumentos para convencerle de que su idea era un completo disparate. Había tomado la decisión de dejarlo todo para vivir una vida sencilla, pero feliz, junto a él. Ni en broma podía pensar en regresar al mundo de angustia y fingimiento del que había escapado.

Al llegar a nuestra cabaña de la playa, me lancé sobre nuestra reserva de agua fresca. No había tomado nada de líquido en todo el día. Domen entró y salió con la ropa puesta. Luego se sentó en la orilla sin mirarme. Y yo me sentí tan perdida como en mis primeros días en la isla.

Aquella mañana el mar se veía tan transparente y sereno que parecía una piscina. Sin saber cómo abordarlo, pensé en invitarlo a bañarse. Quizá así se relajaría y podríamos hablar del asunto con otra perspectiva.

Pero cuando estaba a punto de hablar me detuve. Algo se acercaba desde mar adentro y se dirigía en línea recta hacia nosotros. Primero pensé que era un delfín, pero no, se trataba de algo más grande.

Domen también lo había visto, porque se había levantado y hacía visera con la mano para ver de qué se trataba. Crucé los brazos sobre el pecho, sin saber a qué atenerme.

Cuando la piragua de una sola plaza llegó a la orilla, Domen fue el primero en hablar.

—El mensaje está claro. Los dos sabemos lo que hay que hacer.

El ruido del mar amortiguó el sonido de mi corazón al romperse.

El último día

Después de muchas súplicas y promesas, cuando ya no nos quedaban más lágrimas que llorar, Domen y yo acordamos vivir nuestras últimas horas en la isla sin pensar en un mañana que ya no existiría.

Nos levantamos del suelo con gravedad y continuamos el resto de nuestra jornada tratando de concentrarnos en el presente. Aquel había sido nuestro modo de vida en la isla, y lo mejor era hacerle honor hasta el final. La única diferencia respecto a otros días era que nos manteníamos muy cerca en todo momento, como si nuestros cuerpos estuvieran imantados.

Lo primero que hicimos fue ir a pescar. Cogimos los bártulos de Domen y nos metimos en el agua hasta las rodillas. Yo ya le había visto hacerlo muchas veces, pero aun así no pude evitar maravillarme de nuevo ante su habilidad. Con una economía de movimientos elegantísima, ensartó en un palo largo y afilado un pez parecido al atún que abundaba en nuestra costa. Lo sacamos del agua, lo asamos junto a la cabaña y lo compartimos, acompañado de un poco del licor de Abraham.

Quizá porque sabía que aquella era mi última comida allí, disfruté como nunca del sabor fuerte y graso del pescado, del toque ahumado de las patatas y del calor que dilatava mi garganta con cada sorbo de alcohol.

Al terminar, nos retiramos a la cabaña para dormir la siesta. Yo sabía que no iba a ser capaz de cerrar los ojos ni un minuto, pero aun así me dejé conducir por Domen hasta nuestro jergón.

Protegidos del fuerte sol de la tarde por las paredes de nuestra choza, que todavía olía a bosque, lo besé como si quisiera bebérmelo de un sorbo. Sus labios se acoplaron perfectamente a mi boca y su lengua buscó la mía con urgencia. Me apreté contra él y lo abracé, entrelazando mis piernas alrededor de su cintura. Sentí que su virilidad crecía bajo los pantalones y los desabroché con movimientos torpes, casi con rabia. Había sido al ponérselos cuando había comprendido, aunque me hubiera negado a reconocerlo entonces, que nuestra vida en el paraíso había terminado.

Me aferré a su espalda y le supliqué que me hiciera el amor. Quería fundirme con su cuerpo, rozar su alma, como él había dicho antes, sentirlo tan dentro de mí como fuera posible.

Domen me penetró con fuerza y yo grité, clavándole las uñas en la cintura. Él me sostuvo la cara con las manos y me miró a los ojos mientras se hundía todavía más adentro, hasta que los dos nos perdimos en una tormenta de gozo desesperado.

Al terminar, lo abracé con fuerza, incapaz de dejarlo ir todavía, deseando alargar al máximo aquel instante irrepetible.

—Te quiero —susurré junto a su oído.

Domen esbozó una sonrisa que no le había visto antes, una mezcla de su gesto familiar de niño travieso unido a otro más triste y sabio. Sus ojos refulgían como dos lagunas oscuras.

—Es la primera vez que me lo dices.

Estuve a punto de romper nuestro pacto, de decirle que estaba muerta de miedo ante la posibilidad de no poder volver a pronunciar aquellas palabras, de no sentir nunca más la calidez de sus dedos acariciando mi cabello, de perderme la expresión infantil en su rostro al hacerlo.

Pero me contuve, puesto que no quería que el recuerdo de nuestros últimos momentos juntos quedara empañado por la tristeza.

En lugar de eso le acaricié los labios resiguiendo la suavidad de su sonrisa perfecta. Luego las mejillas, la barbilla, la frente, las cejas, el cabello... Quería memorizar su rostro con mis dedos para convocar su recuerdo cuando ya no lo tuviera delante.

Domen me imitó y me devolvió una a una las caricias. Y supe que lo hacía por los mismos motivos que yo.

Permanecimos mucho tiempo en la cabaña entre caricias y besos, sin atrevernos casi a hablar. En algún momento temí dormirme, y como no quería perderme ni un instante de aquella tarde le pedí que me cantara algo.

Él intentó levantarse para ir a buscar su guitarra, pero yo se lo impedí. No estaba preparada todavía —¿lo estaría alguna vez?— para desprenderme de su contacto. Domen empezó a entonar, casi susurrándola, «Sea of Love».

Me apoyé sobre su pecho para escucharla igual que la primera vez, mecida por su voz y por los latidos de su corazón.

Creo que no llegué a oír el final de la canción, porque mis párpados, cansados de tanta emoción, al final se cerraron.

Al despertar noté que había pasado un buen rato y me asusté. Domen seguía a mi lado, abrazado a mí, y eso me tranquilizó al instante.

—Gracias, Ona —dijo de repente con tristeza.

—¿Por qué?

—Por haber aparecido en la isla, por dejarme quererte. Aunque haya durado tan poco.

—Pero es que yo no quiero irme —gemí al comprender que nuestro tiempo juntos se había acabado—. Sube conmigo a esa barca, ¡marchémonos los dos, por favor! —supliqué.

—Abraham fue muy claro al respecto. Si lo intentamos, la barca desaparecerá por donde vino y no habrá salida para ninguno de los dos.

Dos lágrimas calientes contra las que no tuve fuerzas para luchar empaparon el hombro de Domen. Mientras lloraba, me di cuenta de que el sol se había puesto mientras yo dormía, y ya no quedaba nada de nuestra tarde perfecta, salvo los recuerdos.

—Debes hacerlo, Ona, los dos lo sabemos. Quién sabe, quizá volvamos a encontrar la manera de estar juntos.

Pegué mis labios a los suyos y deseé que nos quedáramos así para siempre. Pero él estaba decidido, y yo sabía que tenía razón, aunque el dolor fuera insoportable.

Tuve que contener las lágrimas mientras me vestía. Si Domen iba a quedarse solo, quería que conservara un recuerdo feliz de nuestros últimos momentos. Intuía que su voluntad empezaba a debilitarse y no quería que se viera obligado a luchar de nuevo contra sus sentimientos.

Caminamos hasta la orilla por última vez cogidos de la mano. La piragua seguía allí, esperando a que uno de los dos subiera en ella para no regresar nunca más.

Mis piernas flaquearon, y tuve que apoyarme en el hombro de Domen para continuar. Él me ayudó a acomodarme en el interior, sobre el único asiento, y casi inmediatamente la embarcación de madera empezó a alejarse de la playa arrastrada por la corriente.

Grité asustada, y Domen me alcanzó con dos pasos rápidos. Agarró la piragua con ambas manos y la detuvo. En sus ojos leí miedo y desesperación. Me aferré a su cuello y lo besé en la boca y en el rostro. Sus lágrimas se mezclaron con las mías, convirtiendo nuestros besos en una mezcla agri dulce de dolor y ardor.

—Te quiero, princesa de las olas —dijo esbozando una sonrisa desgarradoramente triste.

—Te quiero, Robinson —respondí, resistiéndome a soltarlo.

La piragua cabeceó como un caballo testarudo y, de improviso, mis manos perdieron el contacto con su cuerpo. Sentí un frío terrible cuando la brisa agitó mis cabellos y la embarcación empezó a alejarse y a cobrar velocidad. Crucé los brazos sobre el pecho y fijé mis ojos en los de Domen, cada vez más lejos. Nunca antes me habían mirado de aquel modo. Y nadie lo haría nunca más.

Mientras la piragua se perdía mar adentro, su rostro adorable, su cuerpo esbelto y elegante se hacían cada vez más pequeños.

Los ojos me escocían por las lágrimas. También porque me negaba a parpadear para no perderlo de vista ni un segundo. Era como si me estuvieran partiendo el alma en dos.

Poco a poco su silueta se convirtió en un punto minúsculo, apenas una sombra, hasta que finalmente dejé de verlo. Me incliné sobre la piragua y saqué la mano para tocar el mar infinito sobre el que me deslizaba. El agua estaba tan fría como mi corazón.

Por fin cerré los ojos. Si no podía ver a Domen el resto del mundo no me interesaba.

Sin abrirlos recordé, uno a uno, todos los momentos que habíamos pasado juntos: desde el primer contacto en el mar, cuando yo lo creía un salvaje peligroso, hasta el tacto ardiente de sus labios en nuestro último beso. Me llevé las manos a la boca, intentando encontrar los restos salados de sus lágrimas, pero estos ya se habían disuelto.

Desesperada, hundí el rostro entre las manos y gemí como un animal herido de muerte. Mis sollozos desgarradores se perdieron en la inmensidad azul que me rodeaba.

Epílogo

Un viento helado azota las calles de la ciudad, ya oscuras aunque apenas son las cinco de la tarde. Ona sale de un portal con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas, y se sube el cuello del abrigo para protegerse de las ráfagas heladas. No se ha cortado el pelo desde que salió del hospital, y lo lleva recogido en una trenza floja. Unos cuantos mechones escapan por los lados de su cara y le hacen cosquillas en el cuello.

Se cuelga la guitarra a la espalda y, con las manos en los bolsillos, empieza a caminar justo cuando las farolas se encienden con un parpadeo perezoso.

La tendera de la frutería que está junto a la escuela de música fuma un cigarrillo en la puerta. Parece aterida, a pesar de que cubre su delantal manchado con un grueso jersey de lana color burdeos. Tiene unos sesenta años y el aspecto de haber vivido una vida intensa. «Una mujer vivida», diría la madre de Ona. A menudo da la impresión de que le falta un tornillo, o bien sufre las consecuencias de haber tomado demasiadas drogas en su juventud, pero a Ona le cae bien y se somete a sus predecibles interrogatorios con paciencia. La frutera la ve, tira el cigarrillo y coge algo de la caja de madera que hay expuesta en la calle.

Cuando pasa por su lado le alarga una lustrosa manzana y empieza con el particular intercambio de frases de cada jueves.

—¿Qué tal tus clases, niña?

—Muy bien, señora. Muchas gracias por la merienda —responde Ona

frotando la fruta contra su pantalón antes de darle un mordisco.

—¿Ya sabes tocar «Like a Bridge Over Troubled Water?» —pregunta por enésima vez.

—No, todavía no.

—Voy a tener que hablar con ese profesorcillo tuyo. Seguro que te está enseñando a tocar «Para bailar la bamba» o alguna horterada así.

—No, señora, solo llevo cinco clases y todavía estamos repasando los acordes.

La tendera cree que las canciones de Simon & Garfunkel son la cumbre de la música contemporánea y no quiere ni oír hablar de otros intérpretes.

Ona la comprende. Seguro que asocia esa canción con un momento de su vida en que fue muy feliz. Algún día la aprenderá y se la tocará, solo por el gusto de verla sonreír. Por el momento se contenta con practicar los acordes y sacar por su cuenta unas cuantas canciones sencillas. Nunca se imaginó a sí misma tocando ningún instrumento, pero sus clases de guitarra y los ratos de soledad en los que practica en casa son ahora los mejores momentos de la semana. O casi.

Se despide de la tendera y sigue adelante, en dirección a su casa, dando mordiscos a la manzana. Podría tomar el metro en la calle paralela, pero, a pesar del frío cortante que se le clava en las mejillas, prefiere caminar. No hace tanto desde que ha podido andar de nuevo, y siempre que puede se recuerda a sí misma que hubo un tiempo en que las piernas no le respondían.

A menudo tiene pesadillas en las que se ve de nuevo postrada en la cama del hospital, rodeada de tubos y de máquinas zumbando como locomotoras. No es raro. Los primeros momentos tras despertar del coma fueron un verdadero infierno. No fue como en esas películas en las que el paciente abre los ojos plácidamente, dice algo conmovedor, y todos los seres queridos congregados a su alrededor lloran de alegría, llaman al médico y las cosas vuelven a la normalidad en cinco minutos.

En su caso, el retorno a la conciencia estuvo lleno de dolor, angustia y confusión. Regresó a un cuerpo rígido, con un corazón débil y unos pulmones que funcionaban como un par de fuelles estropeados.

Al abrir los ojos lo primero que recordó fue la piragua hundiéndose en alta

mar y arrastrándola consigo al fondo. Ona se había dejado llevar, hundiéndose hasta las profundidades, convencida de que ya no valía la pena luchar si no podía estar junto a Domen. Había sentido que sus pulmones estallaban y, en sus últimos instantes de lucidez, pensó que morir era un poco menos doloroso que vivir.

Pero no había muerto: estaba de vuelta en su cuerpo, en el hospital, y le seguía doliendo todo, incluso el roce de las sábanas contra la piel. Los brazos de Tomás descansaban sobre su pecho, dificultando aún más su respiración. Sintió que la asfixiaba y quiso apartarlo, pero no podía mover un solo músculo. Horrorizada, trató de gritar, pero la boca tampoco le respondió.

Sabía que Domen estaba en la otra cama, a menos de dos metros, y deseaba con todas sus fuerzas abrir los ojos y volver a mirarlo para sentirse menos angustiada. Aquella sensación de impotencia se fue convirtiendo en pavor a medida que pasaba el tiempo.

Tomás seguía inmóvil sobre ella, y Ona podía notar su respiración pesada. Al menos él estaba a salvo, pensaba, tratando de tranquilizarse.

Pasaron varias horas de ansiedad e incertidumbre hasta que al fin se hizo de día. Aún con los ojos cerrados, pudo percibir que la luz de la habitación cambiaba y calentaba sus párpados.

Estaba amaneciendo y, con la salida del sol, cambió el turno de las enfermeras. Ona oyó pasos y un crujido, y sintió un alivio inmenso al notar que Tomás por fin se levantaba.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —le riñó una voz femenina—. Te he dicho mil veces que está prohibido quedarse a dormir en la UCI.

—El doctor me autorizó, pregunte a sus compañeras del turno de noche. Él dijo que podría ser su última...

La frase de Tomás se quedó a medias cuando vio su mano crispada sobre las sábanas.

—Ha cerrado el puño. ¿Lo ve? ¡Lo ha cerrado! —dijo tomando su mano excitado.

Luego la soltó, y la mano cayó muerta sobre la cama otra vez.

—Debe de ser un movimiento reflejo —replicó la enfermera, incrédula.

Ona la oyó trajinar con algo de cristal —¿tal vez una botella?— y quiso gritar, decirles que estaba consciente, que lo oía todo, aunque no pudiera moverse. Y Domen estaba justo al lado, aunque lo sentía más lejos que nunca.

La intensidad de sus emociones provocó un leve estremecimiento en sus párpados, que esa vez no pasó desapercibido a la enfermera. Una pantalla soltó un pitido, y Tomás empezó a llamarla a gritos.

Por fin fue capaz de abrir los ojos, aunque la luz del sol que entraba a raudales por la ventana la deslumbró tanto que al principio no pudo ver nada. La enfermera corrió a llamar al médico, y a partir de ahí las cosas se precipitaron.

Un milagro. Es lo que siempre le dicen los médicos. Mientras sigue adelante hacia su casa, sorteando cochecitos de bebé y madres cargadas de meriendas que nadie querrá comerse, Ona recuerda los días posteriores a su despertar. La rehabilitación ha sido larga, y solo hace un mes y medio que le han dado el alta.

Su memoria regresa ahora al día de la vuelta a casa.

Tomás y sus padres se mueren de ganas de celebrarlo y, a pesar de que ella ha pedido expresamente que no le preparen nada especial, al dejar la maleta se encuentra con su habitación llena de guirnaldas y un cartel enorme con un BIENVENIDA A LA VIDA pintado en letras rojas y azules.

Le han preparado una comida especial, con un aperitivo al que están invitados todos sus amigos y compañeros.

Ona se marea en medio de tanta gente. Todavía le cuesta seguir las conversaciones largas, y el entusiasmo de su familia y de sus compañeros de instituto le resulta agotador. Hay caras que ni siquiera reconoce. Cuando al fin se marcha el último invitado, tiene ganas de meterse en su cuarto y dormir doce horas seguidas, pero aún tiene que comer con sus padres, con Tomás y con los padres de él.

Todos han tomado alguna que otra copa, excepto Ona, que por orden del

médico aún no puede probar el alcohol. Los ánimos son festivos, como si fuera Navidad o Año Nuevo.

Tomás, al que apenas ha visto en los últimos días de intensa rehabilitación, le pone una mano sobre el muslo y alza su copa.

—Quiero proponer un brindis por Ona, mi amor, que volvió a la vida justo cuando la mía empezaba a no tener sentido.

Las mujeres exclaman varios «ooohs» arrobados y todos brindan excepto ella, que se excusa diciendo que da mala suerte hacerlo con agua. Aprovecha la pausa para retirar la mano de Tomás de su pierna. El tacto de sus dedos le provoca una oleada de repulsión. Él no se da por aludido y, tomando impulso, continúa:

—Me gustaría aprovechar que estáis todos aquí para hacer un anuncio. Ona todavía no lo sabe, porque estos días ha estado tan concentrada en recuperarse que apenas nos hemos visto... —dice bajando la voz y guiñándole un ojo.

Ella da un respingo. Efectivamente, no tiene ni idea de lo que dirá. Ya hace días que le pidió a Tomás que no la visitara, pero él no parece darse por enterado.

—Durante estas semanas en el hospital he comprendido que ya no puedo vivir sin ti. Quiero recuperar el tiempo perdido cuanto antes. —Se arrodilla antes de continuar y carraspea—. Ona, ¿quieres casarte conmigo?

La madre de ella suspira soñadora y se tapa la boca con las manos, encantada de asistir a esa declaración. Los padres de él asienten satisfechos, orgullosos del aplomo de su hijo.

Ona se levanta muy seria luchando contra una sensación de náusea repentina. Mira los rostros a su alrededor uno a uno, anonadada y consciente de que está a punto de aguarles la fiesta a todos.

—Siéntate, mi amor, pareces mareada —dice Tomás tirando de su mano.

—No quiero sentarme, Tomás. Y no te equivoques, no voy a casarme contigo —dice con la voz crispada.

Está tan enfadada que tiene ganas de largarse y dejarlo con la palabra en la boca, pero quiere que todos oigan lo que tiene que decirle para que se acaben de una vez los malentendidos.

Tomás la mira estupefacto. Sus labios se tensan, y sus ojos se convierten en dos rendijas oscuras. Luego levanta la barbilla, y en su mirada Ona lee que la está retando. Cree que ella no va a ser capaz.

—Te lo dije la última vez que nos vimos en el hospital, pero no me escuchaste. No te quiero, Tomás. Y tú no me quieres a mí. Actúas como si fuera de tu propiedad, me controlas, me asfixias. Necesitas ayuda.

—Yo sé lo que es mejor para ti.

—Tú no sabes nada de mí. Ni vosotros tampoco —dice dirigiéndose a sus padres, que la observan con miedo—. Estoy aquí porque no podía soportar la idea de que te suicidaras por mi culpa. —Recuerda la decisión más dura de su vida—. Y no me arrepiento. Pero eso no quiere decir que vayamos a estar juntos a partir de ahora.

Tomás se levanta, derribando la silla tras de sí. Mira hacia los lados y, sin saber qué hacer, agarra el cuchillo de cortar el pan y se lo pone sobre el cuello.

—No voy a permitir que me dejes, Ona.

El padre del chico también se levanta, pero él retrocede y acerca el cuchillo un poco más a su garganta, aunque no llega a rozar su piel. Las mujeres gritan, y la madre de Tomás llora histérica.

—Puedes hacer lo que quieras —responde Ona con serenidad—. Yo ya no soy responsable de tus locuras.

Dicho esto, deposita sobre la mesa el colgante en forma de nube que Tomás le regaló hace tanto tiempo, coge su chaqueta y sale de casa. A su espalda oye los gritos de su madre llamándole, los llantos de Tomás, una algarabía de platos rotos.

Ya no le importa, y además está convencida de que Tomás nunca se matará. Se quiere demasiado a sí mismo para hacer algo así.

Han pasado seis semanas desde entonces. Ona continúa su camino, el viento arrecia. No se ve ni una estrella en el firmamento, en parte por las nubes plomizas

que han cubierto el cielo durante todo el día, en parte por la contaminación de la luz de la ciudad. Las echa de menos. En su isla las veía todas las noches y le hacían sentir que el mundo estaba lleno de posibilidades infinitas.

Al volver la esquina, llega al familiar edificio gris y blanco del hospital. Más que un centro de salud parece un búnker o una prisión, con las ventanas demasiado pequeñas y los muros demasiado altos.

Entra en el ascensor y sube hasta la quinta planta. Ha quedado con el médico de Domen, un hombre de mirada huidiza que tiene siempre mucha prisa. Las puertas se abren y Ona topa con Claudia, la enfermera del turno de tarde.

—¿Otra vez por aquí? —dice rozándole el brazo con cariño.

—Hoy vengo a por noticias.

Después de tantas semanas internada, ha llegado a cobrarle afecto. Ella se recoloca los cabellos rubios tras las orejas al preguntar:

—¿Y traes otro de tus libros?

—Hoy no, le he preparado una sorpresa.

Ona se ruboriza un poco. Todavía no está muy segura de que sea buena idea.

Al llegar a la habitación, encuentra al médico examinando su historial. Se acerca hasta la cama, besa a Domen en la frente y saluda al doctor, esperanzada. Le ha visitado diariamente desde la tarde en que le dieron el alta, y cada jueves espera que alguien le dé una buena noticia.

Mientras tanto, pasa sus horas libres sentada junto a la cama, contándole a Domen anécdotas de su día a día. Siempre termina las visitas leyéndole fragmentos de sus novelas favoritas. Ha rescatado sus ficheros antiguos y ya le ha leído *Robinson Crusoe* y *El Mago*. Ona tiene la esperanza de que los pigmentos se hayan disuelto y Domen pueda verla y escucharla en el fondo del lago.

—¿Hay algún cambio? —se atreve a preguntar al fin.

El médico tarda un segundo de más en responder.

—En realidad no, aunque esta semana hemos observado cierta actividad...

—Ona jadea entusiasmada y el médico enfría sus expectativas, cauteloso—. Es demasiado pronto para saber lo que va a suceder. Tenemos que seguir observándolo.

Cuando el médico se marcha, Ona ocupa la incómoda butaca del hospital. Se quita el abrigo y permanece en silencio unos instantes, cavilando. Finalmente alcanza la guitarra, que ha dejado apoyada en la barandilla de la cama, abre la cremallera y le quita la funda.

Afina las cuerdas como le han enseñado a hacer y empieza a entonar los acordes de una canción. Las primeras frases suenan un poco roncadas, pues no está acostumbrada a oírse cantar y no acaba de encontrarse a gusto en ese papel. Le tiemblan las manos y se equivoca al colocar los dedos un par de veces.

Entonces se concentra y recuerda la voz de él, dulce y espesa como chocolate caliente, y la firmeza de su pecho mientras ella se apoyaba sobre él para escuchar por primera vez «Sea of Love». Eso le infunde valor, y decide volver a empezar.

Justo cuando canta las últimas frases de la canción favorita de Domen, le parece distinguir en sus labios una tenue sonrisa.

Come with me my love

To the sea, the sea of love

I want to tell you

How much I love you

Do you remember when we met

That's the day I knew you were my pet

I want to tell you

How much I love you

THE END?

Agradecimientos

A José María de la Fuente, por regalarme su visión de la isla cuando esta historia estaba naciendo.

A mi agente, Sandra Bruna, por su ánimo incombustible.

A Sergi y a Emma, por aguantar con paciencia mis encierros y mis momentos de ensimismamiento, perdida en el limbo de la escritura de este libro.

A todos mis lectores, por ayudarme a seguir adelante con cada nuevo proyecto.

A Gemma Xiol, mi editora, por su paciencia y su buen juicio a la hora de pulir el manuscrito de la novela.

A Teresa Petit y el resto del equipo de Random House, por cuidar con tanto mimo de todos los detalles de esta edición.

A Francesc Miralles, mi *sherpa* literario y vital. Sin su imaginación, su afecto y sus amables empujones, ni esta ni ninguna otra de mis novelas existiría. Gracias por hacerme desear ser mejor.

* Novela de Ray Bradbury, escrita en 1953, que describe una sociedad donde la lectura está prohibida, y los libros son proscritos y quemados como objetos peligrosos. El título hace referencia a la temperatura a la que arde el papel. Los «hombres-libro» son personas que, arriesgando su vida, memorizan fragmentos de obras literarias para que perduren entre generaciones. (*N. de la A.*)

* Del inglés, «Exilio sin fin». «Déjame entrar en tu alma / Por favor, déjame entrar en tu mente / Déjame tomar el control / Creo que esta vez puedo ayudarte / En este sitio lejano hemos estado yendo a la deriva por algún tiempo / Tú y yo en sincronía / Algo así como un exilio sin fin / Siempre seré el último en marcharme / Si me dejas ser el primero en saber / Siempre puedes apoyar la cabeza y suspirar / Pero nunca le des la espalda a la vida.»

* «Quiero gobernar el mundo, quiero gobernar el mar. Pero si tú no regresas, dormiré eternamente. No quiero pesados diamantes ni perlas que compitan con mis dientes, tan solo quiero que mi marinero navegue de regreso a mí. El capitán tiene un tesoro y me dice que guarde la llave, pero los viejos manglares y los dulces vientos susurran canciones acerca de ti y de mí. Quiero gobernar el mundo, quiero gobernar el mar. Pero si tú no regresas dormiré eternamente.» (Cat Power, «Islands»)

* Novela de Henri Charrière publicada en 1969, adaptada al cine en 1973. La novela narra los intentos de fuga de un hombre apodado Papillon, que es condenado a trabajos forzados en una isla de la Guayana francesa por un crimen que no había cometido.

* «Sea of Love» («Mar de amor»), Cat Power. «Ven conmigo, mi amor, al mar, al mar del amor. Quiero decirte cuánto te quiero. ¿Recuerdas cuándo nos conocimos? Aquel fue el día en que supe que serías mi cachorro.»

* «Alfonsina y el mar», de Ariel Ramírez y Félix Luna, popularizada por Mercedes Sosa en su disco *Mujeres argentinas* (1969).

* *This is the way the world ends / This is the way the world ends / This is the way the world ends / Not with a bang but a whimper.* (T. S. Elliott.)

Premio Jaén de Narrativa Juvenil

PREMIO JAÉN 2010



Èlan está destinado desde su nacimiento a hacer grandes cosas. Su padre, descendiente de la casa imperial y embajador de los elfos para el Gobierno Unificado Multirracial. Sin embargo, un adivino le vaticina al poco de nacer que su camino transcurrirá en otra dirección... una que le llevará oscuridad pero también gloria: una que le convertirá en guerrero.

PREMIO JAÉN 2011



Cuando Eva sale de su clase en la universidad, encuentra seis llamadas perdidas de su compañero de piso, un anciano cascarrabias obsesionado con la tele. Preocupada, vuelve a casa para asegurarse de que el hombre esté bien; pero él la espera tan tranquilo y le dice que han intentado matarle. A Eva nunca le han gustado ni las bromas pesadas ni las historias policíacas, no se las acaba de creer...

PREMIO JAÉN 2012



En la corte, traidores vestidos de fieles servidores traman acabar con el rey y, para hacerlo, necesitan a Isabel, su única hija. Ella está ajena a todo, hasta que un día la reina, sin causa aparente, enferma hasta debatirse entre la vida y la muerte; la princesa, desesperada, hace llamar a Diego, el hijo del boticario. Basta una mirada para saber que un intenso sentimiento, desconocido hasta entonces, ha empezado a germinar en su corazón, un sentimiento para el que no existe ni remedio medicinal ni brebaje milagroso.

Si quieres saber más sobre *ellas.*

y estar informado permanentemente de cualquier

novedad, ahora puedes seguirnos en:

<http://www.facebook.com/ellasdemontena>

<http://www.twitter.com/ellasdemontena>

<http://www.tuenti.com/ellas>

Desde estas páginas podrás comentar los libros,

compartir opiniones, leer entrevistas de tus autores

preferidos, acceder en primicia a los primeros capítulos

y muchas sorpresas más.



Rocío Carmona nació en Barcelona en 1974. Es licenciada en Periodismo por la Univeristat Autònoma de Barcelona, donde también estudió Humanidades. Más tarde cursó un máster de Dirección de Marketing y Publicidad en la Universitat Oberta de Catalunya. Su trayectoria profesional siempre ha estado vinculada a la gestión cultural y a la comunicación; actualmente ejerce como directora editorial de Urano y Tendencias, así como de editora del sello Indicios. Además de *Robinson Girl*, ha publicado *El corazón de Hannah* y *La gramática del amor*.

El jurado integrado por Esther Sanz, Daniel Blanco, Ricard Ruiz y Gemma Xiol otorgó a esta obra el Premio Jaén de Narrativa Juvenil 2013, convocado y patrocinado por la Obra Social de CajaGRANADA.



Edición en formato digital: noviembre de 2013

© 2013, Rocío Carmona Fernández

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Judith Sendra / Random House Mondadori, S. A.

Ilustración de la cubierta: © Shutterstock

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-196-2

Conversión a formato digital: M. I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Robinson Girl

PRIMERA PARTE

Despertar

Rodeada de mar

Robinson Girl

Señales de vida

El salvaje

Domen

Los otros

Escrito en la arena

Exilio eterno

Linda

Nelson

Abraham

El tiempo de la isla

Full moon party

Fuego

Montaña negra

El hombre de las mariposas

Mañana habrá amor

El cráter

El lago interior

SEGUNDA PARTE

El otro lado

El limbo

Hogar

Aire

Montaña desolada

Alas azules

Escapar

La guerra

La canción de las olas

La primera mañana del resto de nuestras vidas

Cegar el lago interior

La despedida

El mensaje

El último día

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Otros premios Jaén

Si quieres saber más sobre ellas...

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori